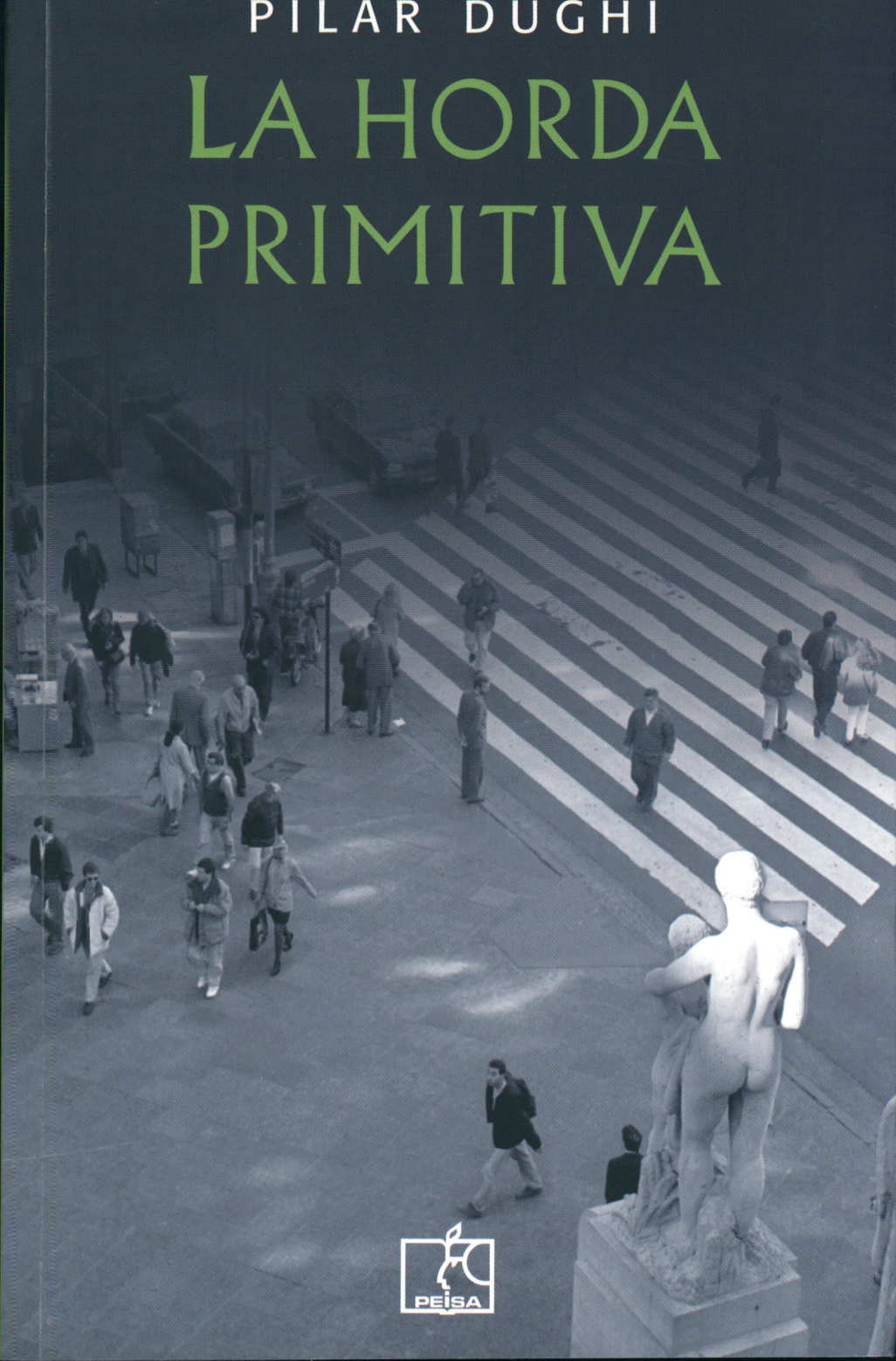
PILAR DUGHI

LA HORDA PRIMITIVA



PEISA



DANIEL GIANNONI

PILAR DUGHI MARTÍNEZ (Lima, 1956-2006) se graduó como médica psiquiatra en la Universidad Nacional Mayor de San Marcos y años más tarde como magíster en Literatura, por la misma institución académica. Hizo estudios de posgrado en La Sorbona de París.

Se inició como cuentista en 1989, con el sorprendente libro *La premeditación y el azar* (Lima, 1989). Su siguiente libro, *Ave de la noche* (Lima, 1996), obtuvo el primer premio en el III Concurso de la Asociación Cultural Peruano Japonesa. Con *Puñales escondidos* (Lima, 1988) ganó el Premio de Novela Corta que anualmente entrega el Banco Central de Reserva del Perú. Fue también galardonada en el Cuento de las Mil Palabras, de la revista *Caretas*, y en el concurso Juan Rulfo, convocado anualmente por Radio Francia Internacional.

Pilar Dughi dedicó su vida a las letras, a la psiquiatría y a la defensa de los derechos de la mujer. Fue directora de la Asociación Civil Manuela Ramos y consultora de Unicef.

LA HORDA PRIMITIVA

PILAR DUGHI

LA HORDA PRIMITIVA



LIMA

Primera edición

LA HORDA PRIMITIVA
© Heredero de Pilar Dughi, 2008
© Ediciones PEISA S.A.C., 2008
Av. Dos de Mayo 1285, San Isidro
Lima 27, Perú
editor@peisa.com.pe

Carátula:
A base de la fotografía *La vida en Diagonal,*
de Daphne Zileri (1996).

Diseño y diagramación:
PEISA

Tiraje: 1,000 ejemplares
ISBN: 9972-40-418-8 (antigua codificación)
ISBN: 978-9972-40-418-4
Registro de Proyecto Editorial N.º 31501310800448
Hecho el Depósito Legal
en la Biblioteca Nacional del Perú N.º 2008-06545

Impresión:
Forma e Imagen de Víctor Odiaga Franco
Av. Arequipa 4558 - Miraflores
Lima, Perú

Prohibida la reproducción parcial o total del texto y las características gráficas de este libro. Ningún párrafo de esta edición puede ser reproducido, copiado o transmitido sin autorización expresa de los editores.

Cualquier acto ilícito cometido contra los derechos de propiedad intelectual que corresponden a esta publicación será denunciado de acuerdo con el D.L. 822 (Ley sobre el Derecho de Autor) y las leyes internacionales que protegen la propiedad intelectual.

Este libro es vendido bajo la condición de que por ningún motivo, sin mediar expresa autorización de los editores, será objeto de utilización económica alguna, como ser alquilado o revendido.

LOS DÍAS Y LAS HORAS

Estrella desprendiéndose en el Apocalipsis
entre bramidos de tigres y lágrimas.
CÉSAR MORO

Se asoma a la ventana del pasillo, atraída por la luz que penetra con fuerza en aquella hora del día anunciando al sol, ese sol aplastante empecinado en agotar energías y exterminar buenos propósitos relampagueando sobre los techos de las casas, proclamando el comienzo del verano entre el calor y el vaho sofocante de cebollas, orines, limones y basura de las carretillas de comida alineadas allá abajo, en la calle, una tras otra, como un ejército desordenado de vendedores ambulantes en la esquina que forman el jirón Salmo y la avenida Buenos Aires, surtidas de tallarines, papas a la huancaína, cau cau, cebiche, en medio del barullo de las vendedoras de pollos destripados que ofrecen a gritos su mercadería; la gente camina, unos junto a otros, arremolinándose en el ruido ensordecedor de bocinas de automóviles y micros atiborrados de racimos humanos, que avanzan sobre las pistas, sorteando aquella masa de hombres y mujeres que marchan en una procesión sin rumbo fijo.

—Ayúdame a barrer las escaleras —dice su madre desde el fondo del pasillo—. Apúrate, muchacha, porque voy a comprar el pollo y quiero que vayas haciendo el arroz y preparando los fideos —continúa la voz con un tonillo urgido e imperioso.

—Está bien —responde ella.

Se retira de la ventana y se acerca hacia la mesa de la sala. Escoge la pequeña mata de geranios y floripondios esparcidos como cadáveres sobre el mantel de plástico. Algunos son rosados, otros blancos y tienen pequeñas manchitas rojizas que parecen

gotas de sangre. Como sangre. Será necesario que llegues puntual, le había dicho Víctor la tarde anterior. Y no había podido evitar aquel imperceptible temblor de voz que invariablemente lo delataba, y que había hecho que ella respondiera con energía, por supuesto. Coloca las flores en un pequeño recipiente de porcelana sobre la mesa.

—Por la tarde vas a hablar con don Julián, a ver si todavía quiere que lo ayudes a despachar en la bodega —ordena su madre al lado de ella, dando un pequeño resoplido. La mujer arrastra las sayonaras azules sobre las baldosas y mira de pronto, con curiosidad, su bata descosida—. ¡Tengo el bolsillo roto! —exclama fastidiada—, tantos años me ha durado esta tela y mira cómo está envejecida —dice con gran tristeza—. ¿La ves, hija? Bueno, ya está como para la basura.

—Como para la basura —repite ella automáticamente. Se dirige despacio hacia la escoba y el recogedor que la esperan en un rincón de la escalera.

La anciana baja las gradas pesadamente con la gran canasta colgándole del brazo.

—Debe ser como la una de la tarde —masculla desde el rellano del primer piso—. ¡Qué tarde es! —termina diciendo antes de desaparecer por la puerta de la calle.

Espera en silencio unos segundos. Ahora la casa está desierta. Solo ella, sus diecisiete años y el pálpito siniestro que a veces siente cuando está sola. Hace un gesto con la mano como ahuyentando malos pensamientos, y se dirige hacia la cocina.

Saca la bolsa de arroz. Abre un pequeño agujerito en ella, y deja que éste se derrame como un pequeño pero potente haz sobre el recipiente de metal. Entonces miles de granitos golpean la superficie de la fuente confundiéndose unos con otros, como pequeños seres sin destino, pero cuya fuerza es tal, tan intensa y tan violenta, que a pesar de su diminuto volumen logran horadar la estrecha abertura de la bolsa de plástico y la amplián, y la hacen

crecer hasta que se abre totalmente y el torrente de arroz se precipita con increíble velocidad hasta cubrir todo el recipiente, envolviendo la faz de la ciudad, como el partido, piensa. Luego, viene la purificación, se dice, mientras coloca la fuente en el lavadero bajo el chorro de agua cristalina. Los granos quedan sumergidos y transforman el líquido transparente en uno blanquecino y espeso. Escurre la masa varias veces con sus manos y comprueba que el agua vuelve a ser otra vez clara y pura y el arroz queda limpio, como el partido, piensa. Así está, distraída algunos minutos con la mirada fija y vacua descansando sobre aquella masa blanca, cuando es sorprendida de nuevo por sucesos recientes que aparecen como luces repentinas en forma de fogonazos que la aturden y oscurecen todo. Se ve de pie, en aquella noche azulada, bajo la luz tenue del alumbrado público al lado de Víctor, agazapada junto a él, pero lejana también. Porque estamos solos ahora, le había dicho él, porque tú harás lo tuyo y yo lo mío. Y aquel fue el primer instante de su vida en el que comprendió un futuro en el que nada ni nadie la acompañaría más.

Enciende la hornilla a gas y coloca sobre ella la olla ennegrecida. Un poco de aceite, ajos. Esperar que estén dorados para agregar el arroz, se dice, repitiendo la vieja receta que siempre ha escuchado de boca de su madre mientras extendía, en años infantiles, los cuadernos sobre la mesa de la cocina, aquella que se utilizaba para almorzar, comer, llorar, estudiar, para conversar con alguien o para estar sentada sola, esperando algo que no llegaría nunca.

—¡Aquí estoy! —la voz de la anciana rezonga desde las escaleras. Escucha sus movimientos torpes, el ruido de la canasta pesada golpeando las esquinas.

—Hay que preparar ese almuerzo —continúa la anciana—. A ver, aquí he conseguido el pollo.

Y arroja la presa grande envuelta en papel periódico sobre el fregadero.

—¿Has lavado el portaviandas?

—Sí, mamá.

—Hay que llevar el almuerzo a los obreros. Hoy les voy a cobrar veinte mil intis por menú —continúa mientras levanta la tapa de la olla—. Un pedazo de presa por cada plato, el arroz y los fideos ¿ya? Ah, me encontré con Margarita en la esquina, hija. ¡A esa vieja puta se le están cayendo todos los dientes, pero si la vieras! —exclama—. Tiene plata, como siempre. Es la suerte de las putas que andan bien vestidas y con dinero.

Ayuda a su madre con la canasta. La voltea y caen las zanahorias, las papas, los tomates, uno tras otro, atropellándose sobre la mesa.

—Hija, dicen que hay ratas en el primer piso. Jesús, con tal que no suban hasta aquí.

Clava el cuchillo filudo en una papa. La monda con cuidado y contempla cómo la cáscara se va desprendiendo suavemente, sin partirse.

—Haz el guiso, yo voy a limpiar el cuarto.

Asiente con la cabeza.

Alguien comienza a cantar cerca, muy cerca de ella. Levanta el rostro y atisba por un agujero que hay en la pared sobre el fregadero. Desde ahí puede ver el edificio vecino y un dormitorio con pequeñas ventanas abiertas. Es la chica que todos los días a la misma hora se coloca delante del espejo para vestirse. Se ajusta los pantalones, se desenrolla los ruleros, se pinta los labios de rojo mientras canta haciendo gestos y morisquetas con un desenfado que cultiva intencionalmente. Tiene la edad de ella y va a la universidad. La ha visto salir y encontrarse con el novio en la esquina. Toman el micro juntos. La muchacha lleva sus cuadernos en un brazo y la cartera en el otro. Luego buscará un empleo, piensa, hará cola en alguna oficina colmada de gente, esperará hasta que se aburra. Vagará de un sitio a otro y finalmente la titulada universitaria entenderá que no le queda otra que trabajar de cajera en una tienda. La gente es estúpida, se dice.

Termina de pelar las zanahorias. Las arroja sobre el guiso de pollo y la salsa roja salpica las losetas blancas. Agrega un poco de agua y disminuye el fuego. Por lo menos ella está tranquila. Sabe que nada nuevo le espera en esas calles, en esa ciudad que no escogió ni para nacer ni para vivir. Nada que no haya medido o premeditado. Lo ve de nuevo. En esa esquina del jirón Canevaro, nervioso, con la frente perlada de sudor. ¿El tipo lo sospechaba? No, no lo sabía. Y ella no vacila, sabe perfectamente que ya no sirven las palabras o el olvido.

—¿Ya está? —la cabeza gris de la anciana aparece en el marco de la puerta.

Ella pone el portaviandas sobre la mesa y va colocando los pedazos deshilachados de pollo en cada uno de los tazones.

—Sirve menos, muchacha, que no va a alcanzar —murmura la madre con cierta preocupación—. Ah, si ese desgraciado mal nacido de tu padre me hubiera mandado dinero. Pero no, nunca lo hará. Si yo no me hubiera armado este negocio, ahora estaríamos muertas de hambre.

Y parece tan normal el asunto, piensa, como si el jirón Canevaro estuviera muy lejos y Víctor se fuera borrando como una sombra en la noche y la luna brillante que iluminaba la vereda se hubiera ocultado poco a poco; pero ella está huyendo, alejándose de ese cuerpo yerto, extendido sobre la calle, con los ojos abiertos y los labios torcidos.

—Hija, ¿vas a ir a la bodega?

—Más tarde.

—Ya regreso —masculla la madre.

Ve la figura grande y gorda de la anciana descender lentamente por las escaleras. Escucha el ligero jadeo que arrastra esa lerda humanidad antes de perderse detrás del golpe habitual de la puerta de calle.

Camina hacia el dormitorio. Se recuesta sobre la cama a esperar que pase el tiempo. Faltan tres horas. ¿Cuándo fue? Es una

historia que se repite en sueños. Un muchacho pálido y esquivo que se había acercado a ella a la salida del colegio, dos años atrás. Su tono de voz fue solemne. El primer contacto. Si no hubiera sido por eso, nunca hubiera soñado más allá de la terca realidad que clausuraba sus puertas. Y estaba tranquila. Tanto que podía comer anticuchos en cualquier esquina mientras aguardaba pacientemente a que llegara su hora. Se vuelve lentamente en la cama. Los párpados se cierran, ella debe estar alerta para no abandonarse, intenta incorporarse, pero no, es mejor descansar, no hay por qué resistirse, está justificado, musita finalmente antes de perderse en las profundidades del sueño.

—¿Todavía estás aquí? —la voz de la anciana retumba desde el fondo del pasillo.

—Ya me voy —contesta levantándose sobresaltada de la cama.

Levanta el colchón.

—¿Vas a comer algo antes de salir? Ya es de noche.

—No, no tengo tiempo.

Escucha el correr del agua lejanamente, sobre los platos, los cubiertos. Su madre lava. Lo vio de nuevo, de pie, mil veces, encendiendo el cigarrillo, el último que fumaría en su vida.

—Mañana hacemos los frejoles que compré ayer, hija.

Vestido con el uniforme verde que era su mortaja. Ella se acercó por la espalda y sólo vio sus ojos en el momento final, repentino para él y para ella, porque la vida ahora era así, sin tiempos largos ni cortos, sin plazos, y aquel hombre no lo sabía, o si lo supo fue demasiado tarde porque cayó tan rápido que no se dio cuenta de que estaba muerto.

—¿Sabes que los trabajadores terminan la obra la próxima semana?

Y fue sólo arrebatarle el arma del cinto y correr, correr y sacarse la chompa, arrojarla, para que no te reconocieran, había dicho Víctor, es una medida de seguridad.

Saca el revólver.

—Pero después voy a hablar con la comadre de la ferretería. Ella me dijo que ahí quieren que les haga el menú. Trabajo no falta, ¿eh?

Lo coloca dentro del pantalón.

—¿Me escuchas?

Se pone una chompa sobre la otra.

—No quiero que regreses tarde, si no, cierro la puerta.

Sale del cuarto.

—Hay muchos borrachos por ahí, te puede pasar cualquier cosa, muchacha.

—Me voy, mamá.

—No te tardes.

Baja las escaleras. Abre la puerta. El cielo está gris. Ya no hay carretillas. Los bultos del mercado se amontonan sobre la vereda. Los ambulantes atan sus mercaderías con sogas. Cierran los puestos. Escucha un grito. Es un maullido, piensa. Es un gato. La noche está comenzando.

A MÍ NO ME IMPORTA

Mamá tenía el teléfono colgado del hombro y torcía el cuello para poder hablar mientras barría el rellano de la escalera.

—Te lo digo, Ricardo está insoportable, y cada vez peor, sólo lo aguanto por lo de la universidad, porque si no, ¿quién le va a pagar los estudios a Emilio? Y además se pelea todo el día con su hermana, con la loca.

Estaba hablando con su amiga Sonia, el insoportable era mi padre, y la loca mi tía Lola. Sonia vivía a tres casas de distancia, y era su amiga y confidente desde que mis padres eran novios o tal vez mucho antes.

—No, no lo sé, de veras, me pone unas caras, creo que cualquier día estalla. Por ahora no puedo hacer nada, sólo espero que Emilio ingrese a la universidad y se vaya con su hermano, es lo mejor.

Mi hermano Javier hace dos años que está en Canadá, tiene dieciocho años, es el mayor, y se supone que después de que yo ingrese a la universidad voy a viajar a Montreal y quedarme allá. Esos son los planes de mi madre y tal vez también de mi padre. Digo tal vez, porque mi padre habla cada vez menos en la casa, y ya no estoy muy seguro de lo que piense al respecto.

—Ya sabes lo que la loca nos dijo la vez pasada, y como no tiene trabajo, ni hijos, y no hay nada que le guste, no está atada a nada, no tiene ninguna pasión, nada, y una persona así es capaz de cualquier cosa, ya sabes.

Mi padre está preocupado especialmente desde que mi tía Lola dijo que se iba a suicidar porque él se quejaba de *todo* lo

que tenía que trabajar, y tía Lola está desempleada y gordísima, y aunque dice que se siente bien y que no le importa su obesidad, nadie se lo cree. Antes tía Lola era guapa, se vestía con pantalones ajustados y de colores y siempre andaba matriculada en cursos de inglés y de informática. También estuvo en cursos de alemán, y según mi madre, en muchos más cursos, porque ella opina que tía Lola es de las que siempre va a estar en academias e institutos con tal de no trabajar, y tía Lola dice que no encuentra trabajo por más que busca. Desde que se operó y le sacaron los ovarios y el útero, comió como nunca; incluso por la noche, cuando creía que estábamos dormidos, yo la escuchaba trajinar en la cocina, y a veces, por la mañana, faltaba uno de los sándwiches que mi mamá me dejaba preparados para llevar a la academia, o una presa de pollo, o habían desaparecido los paquetes de galletas. A mí me daba vergüenza preguntar, porque tía Lola lo tomaba bastante mal, ya una vez lo hice, y ella lo negó de una manera enfática y ofendida porque todos la miramos y ya sabíamos que ella era la responsable. Siempre lo hace. Además, no me importa que ella coma lo que desee.

—Ahora que todo el mundo se echa novios por Internet, no sé por qué ella no lo hizo en su momento. Pero si es muy fácil, ¿no te enteraste del novio de Teresa? Ella se registró en una de esas listas de interés, y después conoció a un tipo, creo que era un belga que quería practicar el castellano o algo así, y después comenzaron a escribirse por mail, y a los dos les gusta la música y los deportes, y ahora ella está de lo más bien con el tipo, vive en Bruselas. Lola pudo hacerlo, pero no, ella siempre está fastidiada y molestando a la gente que está alrededor de ella, qué carácter que tiene, qué carácter.

Mi madre ha comenzado a guardar el almuerzo que llevo a la academia en unos pequeños recipientes sellados en celofán que esconde debajo de las verduras en la nevera, pero esa estrategia no ha servido de nada porque igual los encuentra tía Lola y se

los despacha. Creo que tía Lola se ha vuelto un poco cínica, eso dice mi padre, que está más cínica que nunca y que se siente culpable, pero nadie debe decírselo porque está enferma.

—No, yo no quiero tener problemas, ¿para qué? Lo único que tengo que hacer es soportar un poco. Aunque cada vez estoy más convertida en enfermera porque Ricardo desde hace tiempo está con esos dolores de pecho, que no sé realmente si es una enfermedad cardiaca, o una úlcera, o sabe Dios qué, por eso le he dicho que tiene que ir al médico, pero no me hace caso. Y la otra, Lola, sí que no hay cómo tratarla, está muy difícil, y tengo que controlar que tome sus pastillas para la depresión, espero que las tome, pero tampoco puedo estar persiguiéndola, es denigrante estar en ese plan, ¿pero qué otra cosa puedo hacer?

Sonia es psicóloga y tiene mucha paciencia. Mamá y ella hablan horas, especialmente cuando mi padre no está, porque el último mes que nos cortaron el teléfono fue porque la cuenta era muy alta y él no la quiso pagar. Esa vez hubo una gran discusión entre ellos y mi madre amenazó con largarse de la casa, ya que quería hablar con Javier a Canadá, y mi padre insistía en que usara el teléfono de una cabina pública.

—¿Has oído hablar de esos buscadores de pareja? El otro día vi en Discovery Channel que facturan ciento ochenta y cinco millones de dólares en un año. ¿Y sabes cuánta gente ingresa por día? Pues cincuenta y cinco mil personas. Sí, cincuenta y cinco mil en un solo día. Tanto, que hasta yo creo que voy a ingresar y me consigo un novio, y dejo atrás esta mierda. Y con todas éstas, hay que estar mal para quedarse atrás, como Lola, sí, no tiene remedio.

Me fui al segundo piso y vi en The History Channel que estaban pasando un especial sobre los juegos romanos en el que el poeta

Marcial relataba la vida de Verus, gladiador romano, entrenado por Priscus, otro gladiador, hasta que un día Verus fue llamado por el emperador Trajano, quien le tenía reservada una sorpresa. Mientras tanto, los romanos acondicionaban el Coliseo, que en un principio se llamaba Anfiteatro Flavio, con todo tipo de bestias. Leones, osos salvajes del norte de Europa, tigres y lobos hambrientos. También capturaban cristianos para que fueran devorados por las fieras, ya que, según me enteré, ese había sido un espectáculo nuevo que había inventado Trajano, porque en esa época los romanos tenían noventa días seguidos de espectáculo y si no se inventaban juegos la gente se aburría y se la tomaba contra el responsable de los juegos, que era Trajano, y era muy fácil que los emperadores impopulares fueran envenenados por senadores que querían ocupar su lugar. Al parecer en esos tiempos mucha gente quería ser emperador y Trajano tenía que cuidarse las espaldas.

Luego apareció tía Lola en el pasillo del segundo piso, vestida con bata y con zapatillas, en medio de los cristianos que estaban semidesnudos, y algunos lloraban, pero en general se les veía bastante serenos a pesar del momento, y eso era porque tenían fe, y entonces la fe no era lo que es ahora, más bien la gente se ha vuelto estilo Galileo, que si a uno lo amenazan de muerte, cambia de opinión para salvar el pellejo, aunque sea sólo temporalmente. Tía Lola estaba con cara cansada y las cejas torcidas como cuando se despierta de una siesta y está de mal humor.

—¿No estás estudiando? Así no vas a ingresar a ningún sitio.

Eso me lo dijo porque eran las ocho, hora en que pasan en Discovery Channel *Detectives médicos*, que es su programa favorito.

—Todavía no son las ocho.

—Yo no voy a ver televisión, lo digo por ti, deberías estar encerrado estudiando.

—Estaba pensando, ¿hubieras hecho lo mismo que Galileo Galilei?

—¿Qué hizo?

—Renegar de sus principios, de sus postulados científicos, para que lo dejaran en paz, para no pasarse encerrado en la cárcel el resto de su vida o para que no lo quemaran vivo.

—Ah, pues claro, ni que fuera idiota.

—¿Por qué?

—Porque no me gustaría morir quemada. Es una muerte horrible.

—Esa no es la respuesta correcta.

—¿Cuál es?

—La vida es más importante que los principios. O conservar la vida es uno de los primeros principios.

—No estoy tan segura de eso.

A los cristianos ya los habían sacado al ruedo, y estaban todos apretujados en un círculo, las mujeres y los niños hacia adentro y los hombres y los viejos hacia fuera. Y en ese momento se abrieron unas compuertas de madera y salieron docenas de tigres y leones rugiendo, hambrientos, y se pusieron a dar vueltas y vueltas alrededor del círculo de los cristianos.

—¿Qué es eso?

—Un espectáculo en el Coliseo Romano, pero su nombre original es Anfiteatro Flavio.

—¿Cómo va a ser eso un espectáculo?

—Para los romanos era un espectáculo, ¿qué quieres?, ¿qué cambie de canal?

—No, déjalo.

—Emilio, ¿qué estás haciendo aquí? ¿No ibas a estudiar?

—Sí, mamá, ya voy.

—Pero el programa está interesante.

—Lola, él tiene que estudiar.

—Ya sé, pero este es un programa histórico.

—Qué histórico ni qué nada, anda, Emilio, no seas ocioso. Tú deberías tener tu propia disciplina interior y no esperar que

yo o nadie te diga lo que debes de hacer. Lola, ¿por qué no ves otra cosa? Eso es horrible.

—Tía Lola, ya está comenzando *Detectives médicos*.

—Emilio, mareas a cualquiera, no cambies tan rápido de canal. Lola, ¿no quieres ayudarme a hacer la comida?

—Estoy un poco cansada. Las pastillas me tumban, no puedo ni pararme.

—Entonces hay que reajustar la dosis, ¿cómo no vas a poder pararte? Vamos, estoy apurada.

—¿Vas a salir, mamá?

—No, voy a hacer la comida.

Mamá me lanzó una mirada inquieta. Desde hacía una semana estaba desconfiada y eso hacía que me sintiera incómodo, que no pudiera ser natural y hacerle alguna pregunta espontánea. Me da la impresión de que piensa cada respuesta. No sé cómo demostrarle que a mí no me importa que nos hayamos encontrado a la salida del cine y que ella estuviera con el señor Chávez Ackerman. Fue un miércoles por la tarde cuando yo debía estar en la academia y ella en el trabajo, pero ninguno de los dos estaba haciendo lo que debería, así que nos encontramos en un mal momento. Ella se dio la vuelta e hizo como que no me había visto, aunque los dos sabíamos que estábamos ahí y no donde deberíamos haber estado. Después, en casa, no hicimos ningún comentario.

—Hijo, ¿te llevo tu comida al dormitorio?

—El chico no debería comer en el dormitorio.

—Lola, eso él y yo lo podemos decidir, ¿no te parece?

—Lo dije porque Ricardo está por llegar y querrá cenar en familia.

—Lola, ¿vas a cenar con nosotros?

Esa sí que era una novedad porque a mi madre no le gusta ni cenar, ni almorzar, ni desayunar con la tía Lola y aunque hace esfuerzos por ser amable, no le sale bien y se la ve diforzada tratando de sonreír cuando no tiene ganas.

—No, ya sabes que no.

—Está bien, sólo te preguntaba.

—¿Para qué? Ya conoces mi respuesta.

—¿No podemos ser un poco más civilizados?

—Los romanos eran civilizados y echaban los cristianos a las fieras.

—En fin.

Traté de estudiar, pero no podía concentrarme. A las ocho vino mi padre, pero yo ya había comido, así que él cenó con mamá. Cuando bajé a la cocina estaban los dos, sentados frente a frente, bastante serios, parecían los jefes de dos ejércitos, en una parte estaba mi padre, representando a tía Lola, y con toda seguridad a Javier que no perdía ocasión de darle la razón a papá, y en otra mi madre y su familia, incluidos Sonia y Chávez Ackerman. La conversación entre los dos era del estilo de ¿me pasas el pan? Este guiso está bueno, ¿no quieres un poco de ají? Quise hacer un postre pero no tuve tiempo, no te preocupes, así está bien. Me serví un vaso de jugo de naranja, lo más rápidamente posible, porque me pone nervioso verlos así, intentando hablarse para no estar en silencio. Me pasa algo parecido con mi padre, a veces quiere conversarme de la universidad, de los estudios, de lo que quiero hacer en el futuro, de cuando él era universitario, de si tengo enamorada, y me da flojera explicarle que no me provoca hablar con él. No sé por qué, es por la edad, dice mi madre, a tu edad, a mí tampoco me gustaba hablar con mis padres. En ese sentido mi madre me comprende mejor y no hace mayores esfuerzos para que yo le haga confidencias, además, tampoco tendría que hacerle ninguna, no tengo ninguna. Y eso es lo que mi padre no entiende. La vez pasada los escuché hablando de mí. Yo había bajado por las escaleras y ellos estaban sentados en el comedor de la cocina.

—¿No crees que es poco comunicativo? —decía él.

—¿Por qué?

—No habla.

—A mí sí, me habla bastante.

—A mí no.

—Será porque eres el padre y él es hombre, ya sabes, a veces los chicos tienen más reparos en comunicarse con el padre.

—Javier no era así.

—Javier tenía otra personalidad, no son chicos iguales.

—De todas maneras me preocupa. ¿No estará ocultando algo?

—¿Otra vez? No sé por qué te ha dado por ahí. ¿Por qué crees que la gente te oculta cosas?

—¿No tengo razón?

—¿A qué te refieres?

—No hay mucha sinceridad de tu parte. Te veo medio extraña.

—¿Otra vez? Primero que yo te oculto algo, luego que Emilio también, sólo te falta agregar a Lola, aunque ella sí creo que tiene mucho que ocultar.

—¿No me ocultas nada?

—Ricardo, basta. No empieces de nuevo. Ya sabes que ese tema me disgusta.

—Contesta. ¿Me ocultas algo?

—Sí, sí te oculto algo, te oculto mi mal humor porque te has vuelto un pesado. Desde que se fue Javier estás de lo más pesado. ¿No puedes controlarte un poco?

—¿Por qué dices que Lola nos oculta algo?

—Mira, no sé, es una intuición. Ella sí que está más retraída que nunca. La veo como indiferente.

—Antes también era así.

—No, tengo la impresión que ahora ha tirado la toalla. Deberías dedicarle más tiempo.

Mi padre insiste en que somos una familia y que debemos hacer todas las comidas juntos, es decir, sentarnos en la mesa y mirarnos

las caras. Es una manía que tiene. Cuando estaba Javier era más fácil. Yo podía permanecer callado y nadie se daba cuenta. Javier es de los que no deja intervenir a nadie, sabe todo, opina, pregunta de todo. Desde chico era así, un preguntón. Por eso caía mal a la gente. Ahora, si nos sentamos los tres sin Javier, no se me ocurre de qué hablar con ellos. Aquella vez que los escuché hablando de mí, quise escabullirme pero me pescaron apenas llegué a la puerta.

—Hola muchacho.

—Hola papá.

—Me dice tu madre que ya comiste.

—Sí.

—¿Qué estás haciendo?

—Estudiando.

—¿Cuándo es tu examen de ingreso?

—Dentro de una semana.

—Uff, qué cerca, ¿cómo te sientes?

—Bien.

—¿Nada más?

—¿Cómo que nada más?

—¿No estás nervioso? Un examen de ingreso a la universidad es para ponerse nervioso.

—No, no mucho. A veces sí, pero si no ingreso, ¿qué voy a hacer? Volveré a postular.

—Qué bien que pienses así. A mí me pasó lo mismo, no ingresé la primera vez ni tampoco la segunda. ¡Ingresé a la tercera vez!

—Ah.

—Entonces el examen duraba tres días.

—Sí, ya me lo contaste.

—¿Te lo dije?

—Varias veces.

—Ah, bien. Hay mucha ansiedad. No conozco chico que no se haya puesto ansioso antes de ingresar. El hijo de un amigo se comió medio lápiz durante el examen de ingreso.

—Ah.

—Por eso te pregunto, es normal estar ansioso, ¿entiendes?

—Sí, papá.

—No debes angustiarte si te notas nervioso.

—No, papá.

—Más bien debes conversar un poco más con nosotros, de cualquier duda o pregunta que tengas.

—Sí, papá.

—Tu padre tiene experiencia, no te lo digo por gusto.

—Ya lo sé, papá.

—¿Me dejas pasar?

—Sí, mamá.

—Si quieres, ándate ya.

—Emilio está conversando conmigo.

—Es que ya es tarde.

—¿No puedo conversar con mi hijo?

—Como quieras.

—Ya me voy a estudiar, papá.

—Está bien, muchacho.

Arriba tía Lola se había quedado dormida en el cuarto donde estaba el televisor. Esa fue otra ocurrencia de Javier. Que el televisor estuviera en un espacio compartido. Esos son detalles de atmósfera familiar que le encantan a papá y que debe echar de menos con la ausencia de Javier. Poco antes de su partida había un ambiente raro en casa porque lo íbamos a extrañar, y papá y mamá lo abrazaban y le hacían engreimientos. Mamá le preparaba arroz con pollo, su plato favorito, y cada vez que abría la nevera había una jarra enorme de jugo batido de naranja y limón, su preferido, y cuando yo llegaba de la calle a veces encontraba pastel de manzana como si fuera un día especial, porque no suele haber dulces

en casa; yo también me beneficiaba, a decir verdad, aunque había comenzado a preguntarme qué iría a pasar en un futuro próximo, cuando se fuera Javier, y ellos ya no tuvieran a nadie para apachurrar y hacerle gracias, porque a mí no me gusta que me anden tocando y persiguiendo como si fuera el cachorro sobreviviente.

—Vamos a tener que acostumbrarnos con uno menos en la familia. No va a ser fácil, pero aquí estamos —dijo papá la víspera del viaje de Javier—, una familia siempre está, aunque no la veamos.

A mamá se le salían las lágrimas, tía Lola estaba mortalmente aburrida, aunque disimulaba, y Javier estaba feliz de que lo quisieran tanto. Se notaba. Él y papá son bastante parecidos físicamente. Los dos son altos y robustos, con espalda amplia y cuadrada. En cambio yo soy delgado, bajo, por lo menos una cabeza menos que Javier, mi madre dice que no sabe a quién he salido, y tengo granos en la cara. Muchos granos, especialmente en la frente. Estoy usando por las noches una crema astringente que me ha comprado mamá. En ocasiones tengo la idea de que no soy hijo de mi padre, sino de otra persona, de un desconocido. Creo que mi madre en algún momento me lo va a confesar. Será poco antes de morir, me tomará la mano y me lo dirá: tu padre es fulano de tal, encuéntralo. Y me dará una seña. Mi padre se opondrá a que lo busque. Entonces tía Lola puede que ya se haya suicidado, y Javier, Javier me preguntará si estoy loco, me dirá que me olvide de eso porque somos una familia. Esa es la frase de mi padre que él repetirá, para darle gusto. Ahora que Javier no está, he estado pensando que él jugaba fútbol para serle agradable a mi padre. También se metió al karate por lo mismo, y si se fue a Canadá fue no sólo para ser más libre, sino para que mi padre no descubriera que era gay, ya que tarde o temprano lo iba a saber porque ya lo comenzaban a buscar tipos. Él los citaba en la esquina, o más abajo, como a dos calles, pero son asuntos que se saben. Me enteré en el colegio. Ya ni me acuerdo si alguien me lo dijo, o lo escuché, no recuerdo.

—Tía Lola, ¿apago el televisor?

—Ah, sí, sí. Qué vida la que llevo, comiendo y viendo televisión.

—Podrías salir a dar un paseo alrededor de la manzana.

—Como un perro.

—No, no, un paseo para hacer ejercicios, como hace mamá.

—Ella no hace ejercicios.

—Hace *jogging*.

—No me digas, ¿crees que no me doy cuenta?

Apagué el televisor y me fui. Tía Lola quiere jalarme la lengua para que le haga comentarios de mamá. Tiene ese jueguito. Tía Lola es una persona que me cae bien. La semana pasada la acompañé al hospital para su cita con el psiquiatra. Es un policlínico del Seguro Social que queda a dos calles de la avenida Angamos. Hay que hacer cola al llegar, hasta que entregan un ticket, y después se sube al segundo piso donde hay una salita pequeña y están la secretaria y los pacientes que esperan. Ese día encontré a una señora de unos sesenta años, de cara triste, muy arrugada. También había un señor de apariencia delicada y de cara triste. La secretaria era otra cara triste y sumamente amable. Casi lloraba cuando hablaba con cada paciente. Pero el psiquiatra era un hombre alegre. Me dio un apretón de manos tan fuerte que pensé que no me iba a soltar.

—Ajá, ¿con que tú eres el chico engreído de Lola?

—¿Engreído?, no sabía.

—No te lo creas, le dice lo mismo a todos los familiares que vienen con los pacientes.

—Lola, no seas sarcástica.

—¿Acaso no es verdad, doctor?

—No es verdad. Yo sé que este chico es tu sobrino.

—No, fíjese que no. Es un catequista de la iglesia al que le pedí que me acompañara, es un chico servicial.

—¿Estás hablando en serio?

—¿No estoy seria?

—Lola, ya no se sabe cuándo dices la verdad. ¿Cómo has estado?

—Sin variaciones, doctor.

—¿Tienes sueño? ¿Cómo está tu apetito?

—Nunca me falta. No debería tener apetito.

—¿Pesadillas? ¿Miedos?

—Hay un miedo que no ha desaparecido.

—¿Cuál?

—El que le conté la vez pasada.

—¿Cuál?

—Ya ni se acuerda.

—Veo más de diez pacientes por día, Lola. A veces doce, hay días en que veo a quince.

—Miedo a tener catalepsia. A que me vayan a enterrar sin haber muerto.

—¿Cómo así? ¿Qué sientes?

—Miedo. Temor, angustia, me despierto.

—¿Con qué frecuencia aparece?

—Con qué, ¿qué?

—Frecuencia, una vez al día, dos, diario, una vez a la semana.

—Hasta ahora dos veces.

—¿Desde hace cuánto tiempo?

—Una semana, dos, no recuerdo.

Yo sí recordaba. Debió haber sido por un programa de Discovery Channel que vi con tía Lola. Era sobre un tipo al que enterraron vivo, uno famoso, Tomás de Kempis, un alemán. Muchos años más tarde, cuando lo exhumaron porque lo iban a canonizar, descubrieron que tenía la tapa del féretro arañada y con los dedos completamente despellejados de tanto que rascó y rascó la madera. Y como se desesperó, no lo canonizaron, porque perdió la fe en Dios. Salimos después de conversar con el psiquiatra, que es un tipo simpático, aunque no creo que luego de escuchar-

lo la gente tenga deseos de abrir la boca porque el tipo no para de hablar, detalle que le comenté a tía Lola, y que a ella no le pareció cierto, y fuimos caminando hacia la casa, haciendo un rodeo por el parque Borgoño, por la huaca Pucllana que es un lugar quieto, donde no hay gente, de esos sitios que sé que le gustan a tía Lola.

—Tía Lola, ¿por qué no le contaste a tu psiquiatra lo del programa del Discovery?

—¿Para qué?

—Porque debe estar relacionado con tu miedo.

—¿Crees que no lo sé? Tengo que inventarme algo, no puedo venir cada mes a repetirle lo mismo. Que estoy bien, que tengo apetito, tengo sueño, no quiero comer tanto, etcétera, etcétera.

—Es culpa de él, no debería hacerte las mismas preguntas.

—No es culpa de nadie. Es así. Es un asunto mío.

—Entonces, ¿para qué vienes?

—Para que tu madre y tu padre estén tranquilos. Si no viniera harían lío.

—¿No te dan los medicamentos?

—También por eso, claro, aunque da igual que los tome o no, es lo mismo.

—¿No te hacen bien?

—Otras cosas me harían bien.

—¿Cómo cuáles?

—Otras.

—¿No me puedes decir?

—No quiero repetir la historia, pero tú eres el único que ya conoce los detalles del asunto. El día en que me decida, no se lo pienso decir a nadie.

—No sé, tía Lola, no me parece.

—Te parezca o no, lo voy a hacer. Sólo es cuestión de tiempo. Esperar que llegue el momento.

—¿Cuándo llegará?

—No se puede determinar con exactitud. Ya tengo sesenta años, tal vez uno más, un par más. Tal vez una semana, tal vez un mes.

—Mi papá dice que se te ve joven, que pareces diez o quince años menor.

—Mentira. Esas son mentiras. Tú eres inteligente, no como el bobo de tu hermano.

—De veras, tía, yo también pienso que se te ve más joven.

—A estas alturas, qué me importa.

—Podrías hacer muchas cosas.

—No quiero. Ya no quiero hacer nada. Ya me cansé de este mundo. Ya lo vi y no me gustó. No me gustó nada.

—Lo dices porque estás deprimida.

—Quizás. Tú eres muy joven. Tienes derecho a pensar lo que quieras. Ya te digo, tú eres inteligente, tú tendrás tu vida. Yo tuve la mía. Cada uno tiene una experiencia distinta.

—¿Qué fue lo que te deprimió?

—No fue la depresión, eso vino después. Fue antes. Mucho antes.

—¿Qué ocurrió?

—Es difícil explicarlo. No fue un hecho concreto. No fue una decepción amorosa, que me separara de un tipo, no fue eso, eso es lo que piensa tu madre, que ve enamoramientos por todos los rincones. Le encanta estar enamorada. No hace más que sugerirme que entre a Internet, me cuenta historias de amigas suyas que han tenido novios, estupideces. Me dice que hay para todas las edades. Diferentes websites. No se trata de eso. Claro que tuve amores, ¿no crees que tuve amores?

—Sí, tía, claro.

—Claro, claro.

—De veras, tía, yo me acuerdo que eras guapa cuando yo era chico.

—¿Ahora no?

—Tienes que adelgazar un poco.

—Qué chico tan gentil, no me mientes. Eso es bueno, no eres un espejo de mentiras como el bobo de Javier. No es que esté contra las mentiras, pero no me gusta que me traten como tonta.

—Yo nunca te trato así.

—Nunca. Es cierto. Como te decía, no fue un asunto de amores, ni de trabajo, ni económico como piensa tu padre.

—Pudiste trabajar.

—Claro, si hubiera querido. Luego me di cuenta de que no era necesario.

—¿Por qué?

—Porque no. No era necesario.

—No sé por qué.

—No me gusta ser una jornalera. Levantarme, tomar desayuno, ir a trabajar, regresar, cenar, ver televisión, dormir. Luego levantarme, volver a tomar desayuno, etcétera, etcétera.

—Todos lo hacen, tía.

—No voy a discutir esto. No es un tema para un muchacho de tu edad.

Aunque nunca me lo ha explicado, yo entiendo algo así como que a su vida le ha faltado sal y pimienta, y simplemente acabó su plato de comida sin sazonarlo. En cambio, la gente que conozco, incluidos mamá y papá, están mucho más sazonados. No sé cómo ocurre esto, o por qué, pero es un tema interesante y lo puedo averiguar después, cuando esté en la universidad. Según mi madre, es un asunto químico no hereditario; según mi padre, es hereditario; según Javier, lo de tía Lola no es hereditario ni químico sino existencial, o sea, filosófico.

Habíamos llegado a casa y tía Lola se calló. A veces queda súbitamente en silencio, y es cuando uno ya debe imaginarse que no quiere seguir con el tópico. No necesita decírmelo. Pero puedo comprender. Ella y yo nos llevamos bien porque podemos caminar en silencio. Podemos caminar calles de calles sin tener que hablar.

Una noche los emisarios del emperador llevaron a Verus por unas calles oscuras hasta la residencia de un aristócrata que era enorme, con muchas columnas, y la gente se estaba dando una panzada como hacían todos los romanos, tirados entre cojines, y comiendo una variedad de delicias, no sé cuáles, pero los sirvientes pasaban bandejas y bandejas y la gente se servía una y otra cosa, y se servían con mucho gusto. Unas mujeres bailaban, semidesnudas, y ahí apareció Verus, y le retiraron la capa que lo envolvía, dejándolo con una especie de falda pequeña para que se enfrentara a un tipo que nunca había visto en su vida. Lo venció rápidamente, a punta de llaves, torciendo el cuerpo de su oponente, unas llaves rarísimas, y lo dejó tirado en el suelo. Entonces Trajano le dijo que al día siguiente le esperaba un espectáculo en la arena. Y Verus pasó las horas siguientes sin poder dormir, tratando de interpretar a Trajano. Cuando salió a la pista del coliseo, con armadura y una corona de rosas en la cabeza, descubrió que su contrincante era su amigo Priscus. Y esa era la sorpresa de Trajano. Pelear por su vida enfrentando a su mejor amigo. Pero no se le movió ni un pelo. Sólo se miraron uno al otro. Y cada uno de los dos, eso no lo decía el locutor del programa, eso me lo imaginé yo, ya sabía lo que debía hacer. Hay cosas que uno sabe que debe hacer sin que nadie se lo diga. En ocasiones, cuando regreso de la academia, subo las escaleras y me imagino que encontraré a tía Lola encima de su cama, muerta. Lo he pensado varias veces. Llamaré a papá por teléfono y a mamá también. Espero que tía Lola deje una nota escrita como hace la gente. Sobre todo porque después viene el fiscal, eso también lo sabe tía Lola, y se puede demorar horas en llegar. Y si la gente se suicida o muere de un accidente u homicidio, hay que hacer una autopsia. El año pasado una vecina se cayó de las escaleras y murió. El fiscal demoró como cinco horas en llegar y mientras tanto nadie podía tocar nada. Los hijos lloraban. Llegaron los de la funeraria y se sentaron en la sala. Después llegamos nosotros y también nos sentamos en la sala. Nos sirvieron café y unas galletas. Era triste. Y era raro, estar ahí sentados y el cuerpo a unos metros, cubierto con una sábana. Se lo dije a tía Lola.

—Mi papá dice que de todas maneras hacen autopsia.

—¿Y qué?

—¿Estás de acuerdo?

—No me importa.

—¿Vas a dejar una nota o una carta?

—No sé, me parece que sí.

—Yo creo que no deberías hacerlo.

—¿Dejar la carta?

—No, eso no. Digo que no está bien lo que estás pensando hacer.

—Esa es tu opinión. Sí, de todas maneras, dejaré una carta para evitar dificultades.

A veces tengo deseos de conversar sobre esta situación con mi madre y mi padre, pero otras veces estoy seguro de que si lo hago se van a angustiar no tanto por tía Lola sino por mí. Solo una vez quise explicárselo a mi madre pero no resultó. Fue hace meses, cuando tía Lola se había pasado como tres días en la cama sin levantarse. Andábamos de puntillas y cada hora alguien abría la puerta de su dormitorio para ver si estaba bien. Generalmente estaba dormida, según mi mamá, por efecto de las pastillas, porque el médico le había aumentado la dosis. Había que vigilarla, eso decían.

—¿Cómo está? —me preguntaba mamá, más molesta que preocupada.

—Duerme.

—Más tarde le llevo la comida.

—Debería irse de viaje.

—No le interesa. No tiene motivaciones.

—¿Y qué vamos a hacer?

—¿Hacer?

—Sí, cuando haga lo que dice.

—Ah, eso. No le hagas caso, lo dice porque está deprimida. No es cierto.

—Sí, sí lo va a hacer, me lo ha dicho.

—¿Te lo ha dicho a ti?

—Sí.

—Qué mierda de mujer, ¿y tú le has hecho caso?

—¿Cómo?

—Si le has hecho caso, si le crees.

—Claro que le creo. Lo va a hacer.

—Mira, tu tía Lola está enferma. Absolutamente enferma. Está deprimida. ¿Conoces a otra persona que te haya dicho lo que dice tu tía Lola?

—No.

—¿Ves? Es que está enferma.

—Ya lo sé.

—Y está muy mal. Está tan pero tan mal, que te habla de eso sin ningún reparo. Ella no tiene por qué conversarte eso. ¿Comprendes? Esa obsesión por sí misma es parte de su enfermedad.

—¿No lo va a hacer?

—No lo creo, bueno, verdaderamente, no lo sé. La gente enferma lo hace, quién sabe. Puede que sí lo haga.

—¿Y si lo hace?

—Espero que mejore.

—¿Y si no mejora?

—Yo creo que sí va a mejorar.

—¿Y si no mejora?

—Mira, es una enfermedad. Como en cualquier enfermedad algunos logran curarse, otros no.

Mamá se había puesto furiosa. Tenía ese tono de voz contenido que usa cada vez que está irritada y los labios contraídos

de tal manera que se le habían formado unas arrugas debajo de las mejillas.

—Tu tía es torpe. Verdaderamente torpe.

—¿Por qué?

—Porque no tendría que estar importunándote con sus problemas. No es sano.

—Ella no cree que sea una enfermedad.

—Es una enfermedad. ¿Qué es lo que tú piensas? ¿Es o no una enfermedad?

—Sí, es una enfermedad.

No, yo no creo que sea una enfermedad como dice mi madre. Es cierto que tía Lola toma pastillas y que está deprimida y eso sí es una enfermedad. Lo de su suicidio, sí que no sé. En todo caso no es un tema de conversación con mi madre. Por otra parte, estoy preparado. De tanto que uno lo piensa, es como si fuera una película que uno ha visto y ya sabe qué hacer cuando llegue el momento. Al menos eso es lo que uno supone hasta que lo vive. Hoy llegué más temprano que otros días y me encontré con papá en la cocina. Él estaba mirando la pared sin hacer nada.

—¿Te dijo tu mamá adónde iba a ir?

—No.

—Fui a buscarla al trabajo y no está.

—Estará con alguna de sus amigas.

—No, no está con ellas.

—Debe estar con alguna, papá.

—¿Por qué lo dices?

—Siempre está con sus amigas.

—¿Por qué tendría que estar de todas maneras con alguna amiga?

—No lo sé, papá, supongo, tal vez se fue a comprar.

—Ayer hizo el mercado.

—Se habrá ido a comprar cualquier otra cosa, no sé.

Subí a mi dormitorio y ahí recién me di cuenta de que la puerta de tía Lola estaba cerrada. Empujé un poco y la vi echada en la cama con los ojos cerrados y la boca entreabierta. Sus brazos colgaban a los lados y las piernas estaban estiradas y muy blancas. Tenía una apariencia bastante relajada. Desde la puerta traté de ver si estaba respirando. Era muy difícil estar seguro. Regresé a la cocina.

—Papá, creo que tía Lola no está bien.

—¿Qué tiene?

—Debes subir a verla.

Me miró y quiso decir algo, pero no lo hizo. Solo apretó los labios.

—Papá, debes ir a verla.

—Sí, ya voy.

No se movió. Nos quedamos sentados, uno frente a otro durante un buen rato. Noté que la luz de la cocina estaba apagada y ya estaba oscureciendo. Luego se levantó y escuché sus pasos sobre la escalera. Uno, dos, tres, y se detuvo.

—¿Puedes subir? —preguntó.

—Sí, claro papá.

Al acercarme vi su silueta en el segundo piso. No había avanzado por el pasillo y lucía estático como una estatua. Me di cuenta de que tampoco iba a entrar al dormitorio de tía Lola. En ese momento supe que estaba esperando que yo lo hiciera. Que fuera yo quien abriera la puerta y tocara a la tía Lola. Lo miré de tal modo que era como si le estuviera diciendo, de ninguna manera, no lo voy a hacer, papá, no lo haré. Entonces me senté en la escalera. Y me senté a esperar.

EL DESAYUNO

Por qué cantáis la rosa ¡oh poetas!
Hacedla florecer en el poema.
VICENTE HUIDOBRO

La mujer se despertó como todas las mañanas apenas escuchó el pequeño reloj despertador. Estiró pesadamente los brazos sobre las sábanas y observó el cuerpo quieto de su marido, su respiración acompasada. Se levantó sin hacer ruido y se dirigió hacia la cocina. Abrió el refrigerador, sacó mantequilla y jamonada. Las colocó en una bandeja. Sirvió el pan de molde en una canastilla. Buscó tazas, platos y cucharas. Lo llevó todo al comedor, corrió las cortinas y preparó la mesa: dispuso las tazas y las cucharas sobre los individuales de paja.

Escuchó el ruido de la ducha. Era él, que ya se bañaba.

Fue al dormitorio de los niños y despertó a los dos con un beso suave en las mejillas. Sonrió contemplando los rostros infantiles, sorprendidos e ingenuos.

—Levántense, es tarde —les dijo quedamente, observando a los chicos desperezarse.

Regresó a la sala, recogió el periódico por debajo de la puerta y leyó los titulares.

—¿Puedes alcanzarme mi ropa limpia, por favor? —preguntó su marido desde el baño.

Ella volvió al dormitorio. Sacó una camisa blanca, un par de medias, una casaca. Alisó el pantalón del día anterior que yacía enrollado sobre el piso. Depositó ordenadamente la ropa sobre la cama. Él llegó con la piel y el cabello húmedos.

—Todo está listo —dijo ella.

—Gracias —contestó él. Y empezó a vestirse—. ¿Qué hay de desayuno?

—Jamonada.

—¿Todos los días jamonada?

—Si quieres te hago un par de huevos.

—No, estoy apurado, déjalo así nomás.

Ella vio el cuerpo desnudo y velludo a través del gran espejo del dormitorio y se estremeció ante su propia indiferencia. Durante años sus manos habían recorrido todas las suferficies de aquellos músculos tersos y ya no había secreto alguno.

—¿Vendrás a almorzar?

—No, hoy no —dijo él.

—Este viernes es el cumpleaños de Nancy. Ayer hablé con ella por teléfono. Nos ha invitado a una cena en su casa.

—Iremos, como todos los años.

Como desde hace quince años, pensó ella. Y se dirigió hacia el comedor. Los chicos untaban la mantequilla en el pan. Debo arreglarme yo también para ir al trabajo, se dijo. Trató de imaginarse algún vestido fresco para aquel día que mostraba un sol tan brillante despuntándose nítidamente desde las ventanas.

—Hará calor —comentó en voz alta ya en el dormitorio.

—Sí —contestó su marido sin mirarla.

Él se contempló unos segundos delante del espejo y luego salió hacia el comedor.

Hasta el dormitorio llegaba el murmullo de una conversación lejana. Los cubiertos vibrando, el ruido de las tazas chocando contra los platos. Las sillas del comedor produciendo su chirrido habitual sobre el piso de madera. Sus hijos habían terminado de desayunar y se despedían del padre.

—¡Mamá! —gritó una pequeña cabecita desde el marco de la puerta.

Ella se acercó hacia ellos y le dio un beso a cada uno encima de la cabeza.

—Sean buenos y pórtense bien —les dijo—. ¡Y no se muevan de la vereda hasta que llegue la camioneta! —les gritó al verlos salir.

—Me voy —se despidió su marido con un beso en la mejilla.

Cuando se cerró la puerta, escuchó el goteo intermitente del caño de la cocina. Sacudió los individuales y recolectó las migas de pan desperdigadas sobre la mesa. Recogió las tazas y los platos, los colocó de nuevo en la bandeja y los llevó hacia el lavadero.

Se olió las manos. Olor a mantequilla, uñas brillantes de grasa.

Fue al baño y se lavó con jabón.

Vio el rollo de papel higiénico que dejaba caer una larga lengüeta enroscada como un acordeón sobre las losetas y un charco de orín alrededor del wáter. Sobre el lavatorio, la máquina de afeitar bañada con miles de pelillos nadaba entre restos de agua y pasta dental.

La toalla mojada estaba tendida sobre el piso.

La levantó y la dobló sobre el brazo.

Él había usado Aseptil y un hilo rojo recorría el espejo y caía sobre las losetas blancas del baño.

Lo limpió con fiereza.

Volvió al dormitorio y se vistió.

Reparó fijamente en los pijamas tirados sobre la silla y la alfombra. La ropa de cama revuelta. El cepillo de dientes al lado de un camioncito de juguete. El cenicero coronado de colillas encima del televisor.

Recorrió con la mirada todo aquel espacio y sintió que algo le atenazaba el cuello.

Levantó el auricular del teléfono y marcó un número.

Esperó.

—¿Aló?

Una voz masculina le contestó.

—Hola, soy yo —dijo ella.

—Hola.

—¿Tendrás tiempo hoy para mí?

—Claro, almorcemos juntos, amor, ¿puedes? —dijo él.

—Sí, hoy sí —respondió ella—. Pasa a recogerme a la oficina. Tengo muchas ganas de verte.

—Yo también.

Colgó. Respiró profundamente y dibujó una larga sonrisa mientras contemplaba su vaporosa falda veraniega.

DIME SÍ

Cuando la vendedora de la tienda vio a la mujer salir a la calle vestida con una blusa que no había pagado, corrió hacia la puerta de salida, pero por alguna extraña razón, no hizo nada para detenerla. Tal vez fue intimidada por la gente que cruzaba la acera, o quizás no sabía exactamente qué hacer. Si gritar o llamar al vigilante de seguridad del establecimiento. Esa noche, seguramente la reprenderían y le anunciarían que le descontarían de su sueldo el precio de la prenda.

La mujer que huyó con la blusa se introdujo en un automóvil rumbo a su casa. Ella sabía perfectamente lo que había hecho, y no tenía el menor remordimiento. Aquella tarde tuvo el súbito impulso de cometer un acto temerario que la sacudiera de la rutina. Consideraba que su vida era aburrida. Estaba cansada de salir con sus amigas al cine y luego tomar un invariable trago en un lugar conocido y monótono.

Pero también sabía que lo que la hacía languidecer era una funesta soledad. Sus amigas hablaban de los novios, los maridos, o de lo solas que se sentían por no tenerlos. Una vez una de ellas dijo que ya no había hombres disponibles en la ciudad. La mayoría de las amigas tenían treinta años, y decían que los hombres apropiados de acuerdo a edad ya estaban casados y tenían hijos. O eran divorciados o viudos, y en esos casos siempre existía la posibilidad de un trauma encubierto que aparecería en cualquier momento. O hijos insoportables o un pasado desdichado o una historia de infidelidad. Cuando la charla llegaba a este punto, las voces se apagaban y un clima de tristeza las invadía.

Había tenido varias parejas, pero ni se había casado ni había tenido hijos. Como ya llegaba a los treinta y dos años, suponía que si no se apuraba, las posibilidades de encontrar un novio adecuado se hacían cada vez más lejanas. Se sentía defraudada. Cuatro años habían pasado desde que terminó con su último acompañante. Pensaba todo aquello en lo más íntimo de sí misma, aunque exteriormente no lo manifestara. Cada vez valoraba más su trabajo como relacionista pública en una empresa de publicidad, pero aquello resultaba insuficiente. Consideraba que el trabajo, la familia o las amigas no tenían la misma importancia que una pareja.

A veces tenía ráfagas de mal humor y sus padres decían que su carácter se estaba agriando. Tenía dos hermanas casadas, con hijos, y los sobrinos ya la llamaban tía y aquello le desagradaba. Le gustaba tomar vino en las veladas familiares, lo que hacía que su madre la observara con desconfianza porque pensaba que una mujer soltera que bebía por placer podía inclinarse hacia una peligrosa curva de conducta que terminaría en el desorden. Existía un antecedente en la familia: una tía soltera se volvió alcohólica, y el recuerdo de sus últimos días en un hospital aparecía con cierta frecuencia en las pláticas familiares. Las salidas nocturnas de los fines de semana que se prolongaban hasta la madrugada también despertaban sospechas. Pero ella tenía la certeza de que la mayoría de las fantasías de sus hermanas y padres desaparecerían el día en que conocieran al novio oficial.

Una noche quedó en encontrarse con una amiga en el café Haití en Miraflores. Hacía calor, era verano, y le provocó sentarse en las mesitas exteriores al lado de la calle. Pidió una copa de vino y la tomó. Como su amiga no llegaba, pidió otra y también la tomó. Estaba ensimismada en la espera, cuando vio llegar a un grupo de gente en animada conversación. Eran sus hermanas con sus esposos, y unos amigos. Reparó soslayadamente que la miraban con compasión. Los ojos iban desde las copas vacías hasta ella y viceversa. Además era sábado por la noche, y podían

suponer que ella estaba sola y que estaría sola en las horas siguientes. Después de saludarla, el grupo se sentó en una mesa no muy lejana. Sintió las miradas clavadas en su espalda y tuvo deseos que su amiga llegase cuanto antes a la cita. Pero aquello no ocurría, así que tuvo que pagar la cuenta y marcharse. En el camino de regreso a su casa, reflexionó sobre lo absurdo de la situación en que se veía prisionera. Sentarse sola a tomar vino un sábado por la noche en un lugar céntrico despertaba algunas interrogantes y comentarios. Casi los podía escuchar. Qué sola está. ¿Por qué tomará tanto? Pobre, pasar así un sábado por la noche. Es que ha tenido mala suerte. Y a continuación, comenzarían los relatos sobre sus antiguas parejas, sus defectos, y claro, también se mencionarían los problemas de carácter que ella tenía. Alguna voz bondadosa sugeriría buscar un novio, y se entretendrían un breve tiempo eligiendo al candidato, y luego se olvidarían y pasarían a otro tema de plática.

Le gustaba el cine, y en ocasiones había ido a ver alguna película por la tarde. Había abandonado los horarios nocturnos porque temía encontrarse con conocidos. Veía a hombres solos eventualmente, pero muy rara vez vio a una mujer solitaria entre las butacas. Alguna vez pensó en irse del país a cualquier otra ciudad en donde no fuera extraño ver a una mujer sola en un cine los sábados por la noche. Pero no tenía ahorros para hacerlo, y sus motivaciones no eran muy sólidas.

Aquella noche cuando llegó a su casa, no tenía sueño. Estuvo leyendo algunas revistas en inglés y encontró algo que le llamó la atención. Una página de correo corazón. Los suscriptores eran de diferentes ocupaciones y edades. Algunos querían correspondencia con extranjeras, e incluso señalaban las nacionalidades posibles. Entre todos los propuestos, seleccionó tres que le parecieron convenientes. Inmediatamente escribió una carta en inglés bastante escueta, y tratando de ser lo más cautelosa posible en la información que brindaba.

Al día siguiente envió copias a las direcciones indicadas. Sospechaba que había hecho algo desatinado, pero en los días siguientes comenzó a entusiasmarse. Ella había escuchado historias de muy diversa índole sobre aquellos asuntos amorosos establecidos por carta. Desde trata de blancas hasta posibles psicópatas que buscaban mujeres con dinero para asesinarlas. Pero también conocía de uno que otro caso que había tenido un final feliz. El último que recordaba era el de una muchacha que se había carteado con un sueco interesado en coleccionar estampillas de todo el mundo. Un día el sueco llegó a Lima, conoció a la mujer con la que mantenía correspondencia, la invitó a Estocolmo, y ahora vivían casados con tres hijos en alguna ciudad del continente europeo. Aunque la historia había despertado ciertas interpretaciones escépticas entre sus amigas, algunas no dejaron de manifestar un encendido interés. Pero nunca se habló entre ellas si es que se habían atrevido a iniciar una correspondencia de tal naturaleza. Estaba segura, además, de que sus amigas se burlarían apenas les contase el hecho, así que guardó el secreto.

A las pocas semanas, recibió dos respuestas. Una de ellas era de un ingeniero de Boston, de cuarenta años, divorciado, dos hijos, con un empleo estable en una empresa envasadora de alimentos, al que le gustaba bailar, pescar, cazar, y los deportes de aventura. Afirmaba que estaba buscando una esposa y deseaba tener una familia. El segundo era un hombre de cincuenta años, divorciado, sin hijos, que laboraba en una empresa de transportes, viajaba mucho por Estados Unidos, le gustaba la música, el cine y conocía algunos países de América Latina. Señalaba que estaba interesado en cultivar una buena amistad básicamente.

Entre los dos, evaluó que el primero tenía pretensiones poco mesuradas. Además a ella no le gustaba ni pescar, ni cazar, ni los deportes de aventura. Sobre el segundo, le llamó la atención que a los cincuenta años no hubiera tenido hijos, pero luego supuso que los hombres no tenían una idea de la paternidad tan concreta como lo era la maternidad para las mujeres. Le pareció además sensible, y su lenguaje parecía ser más educado que el primero. Contestó la carta del segundo y se explayó sobre sí misma. Relató la historia de su familia, sus actividades cotidianas, algunas reflexiones sobre la vida, el futuro, la familia, y agregó algo sobre sus habilidades personales como cocinar y el confeccionarse ella misma su ropa. Tuvo especial cuidado en no mencionar la palabra *matrimonio* por ningún lugar.

En el transcurso de las semanas siguientes, la correspondencia se hizo regular. Recibía una carta semanal y contestaba inmediatamente. El norteamericano, desde las primeras cartas, le explicó que había llegado a una etapa de su vida en que sentía que había trabajado demasiado por acumular dinero, y ahora no lo disfrutaba. Deseaba volver a recuperar el gusto por aquellas actividades que hacían felices a los otros, como viajar, conocer gente, descansar en una cabaña en la montaña o recorrer una ciudad desconocida. Lamentaba haberse dado cuenta de esto bastante tarde, y añadía que si se hubiera casado entrado en años, no se hubiera divorciado. Tenía algunas propiedades que había comprado con mucho esfuerzo porque su familia era de origen humilde, y en la actualidad estaba constituyendo una gran empresa semejante a aquella en la que había trabajado gran parte de los últimos años. Pero ya no quería organizar su existencia en función del trabajo, y el deseo de conocer gente distinta lo había llevado a inscribirse en el correo de la revista en cuestión. Le avergonzaba un poco haber tenido que recurrir a este medio, pero le divertía saber que a ella le había pasado lo mismo.

Creyó distinguir entre líneas que la soledad de él era una falta de afecto que se hacía evidente a cierta edad. Quizás se trataba de esos hombres que viven libremente durante mucho tiempo, hasta que llega el momento en que desean descansar, tener una casa y una familia acogedora. Había escuchado muchas veces que la sociedad estadounidense era violenta y la gente vivía con mucho

estrés. Además ella conocía a empresarios que después de una larga soltería empedernida terminaban añorando el hogar de la infancia. Ella estaba en circunstancias algo parecidas, así que le pareció que ambos se complementaban.

En todo aquel tiempo él la había llamado numerosas veces por teléfono. Su voz era cálida y afectuosa y las conversaciones prolongadas estaban envueltas en una tenue atmósfera erótica. Su madre y sus hermanas no tardaron en identificar las llamadas misteriosas del extranjero. Aunque fue discreta desde el inicio, la impaciencia que demostraba ante cada timbre telefónico de larga distancia y la correspondencia ininterrumpida comenzaron a despertar conjeturas en la familia. Se barajaron ciertos comentarios sobre el peligro de salir con hombres desconocidos, sobre la facilidad con la que muchas personas mentían acerca de su vida, sobre las sorpresas que aguardaban a mujeres ingenuas. Estuvo entonces alerta respondiendo a cada frase malintencionada y aquello, lejos de desanimarla, la dotaba de renovado vigor para reiterar sus expectativas.

En el transcurso del intercambio postal, el tono de ambos se fue haciendo cada vez más íntimo. Se contaron sus respectivas historias afectivas, sus ilusiones y las decepciones de sus vidas. Aunque no hablaron del futuro, era implícito que el primer encuentro sería tal vez determinante. Seguían hablando de una buena amistad, del mutuo interés, del deseo de por fin conocerse, pero de ahí no pasaba ninguno de los dos. Ella hubiera preferido que él fuese más decidido, pero luego se alegraba de verlo tan prudente y cuidadoso.

A lo largo de aquellas semanas había ido meditando sobre los riesgos a los que podía estar expuesta comprometiéndose en una relación a larga distancia. Pero la tranquilizaba el hecho de que él parecía muy sencillo y natural en sus hábitos cotidianos, y le daba confianza el ver que la conversación entre ambos fluía espontáneamente. También había cavilado sobre las dificultades

del idioma –él nunca le había escrito en español–, de las diferentes culturas, de la decisión que tendrían que tomar alguna vez sobre si vivirían en Estados Unidos o en Lima, si él se acostumbraría a ella, si congeniarían. Aunque nunca había vivido con nadie, había pasado alguna semana de vacaciones con sus novios, y opinaba que en la intimidad era donde mejor se conocían las personas.

Sus amigas notaron en ella una conducta inexplicablemente reservada, y sin necesidad de insistir mucho lograron que les contara la historia. Las opiniones fueron encontradas, desde algunas que consideraban el asunto como una locura hasta otras, la mayoría, que apostaban para que el vínculo evolucionara felizmente. Leyeron la correspondencia y vieron las fotos. Poco a poco llegaron a la conclusión de que cuando el amor llegaba, no debía ser despreciado. Consideraban que ese empeño que él había demostrado de mantener una correspondencia sistemática no podía ser gratuito. Un hombre de esa edad no perdía tiempo tan fácilmente. Una amiga contó que la secretaria de la empresa donde trabajaba había conocido a su esposo, de nacionalidad mexicana, a través de un sistema de correspondencia. Después de un breve noviazgo de tres meses habían terminado casándose profundamente enamorados. Él era un buen hombre y ganaba mucho dinero. Entonces algunas señalaron que el desarrollo de los acontecimientos podía ser exitoso, e insinuaron que tal vez el candidato elegido tendría otros amigos que pudieran conocer. Les gustó la idea de que ella fuera a residir a Estados Unidos, pues así podrían ir a visitarla de vez en cuando. Le reprocharon que no hubiera averiguado cómo era la casa de él, y afirmaban que en las pequeñas ciudades norteamericanas las casas eran grandes, tenían sótano y desván, y tal vez piscina. A todas les preocupaba el problema del sida y también la importancia de descartar una vida sexual promiscua. Ella creyó notar cierta envidia en algunos comentarios, y aseguró que era más precavida de lo que se pudiera imaginar.

Tomó la decisión de ir a Estados Unidos a conocerlo. Había madurado la idea de viajar a Miami, comprar ropa de ocasión y luego hacer negocio con ella en Lima. De paso, ambos se encontrarían y podrían pasear y hacer planes para su corta estadía. Se sometió a una rigurosa dieta y se cortó el cabello. Solicitó un préstamo de dinero al banco para devolverlo en mensualidades, hizo una lista de mercadería que pudiera comprar a buenos precios, y adquirió un buen juego de maletas de cuero. Se despidió de su familia sin explicar las razones del viaje, aunque supuso que ellos las presentían.

El avión salía por la noche, así que la acompañaron al aeropuerto su cuñado y su hermana, y aunque no se habló explícitamente del cortejante, en la despedida hubo risas y bromas sobre los noviazgos sorpresivos. Durante el vuelo estuvo releyendo las cartas y contemplando las fotos. En una de ellas él estaba con una gorrita blanca vestido con ropa deportiva. Sin ser guapo, tenía el rostro delgado y una nariz larga y fina que le daba cierta apariencia de fragilidad y ternura. Ella no dejaba de pensar, sin embargo, que debía ser prudente en su conducta, y estar dispuesta a desaparecer ante el menor signo extraño que descubriera en él. Sin embargo, aquella posibilidad la sentía muy alejada, porque tal había sido el nivel de comunicación entre ambos, que creía conocerlo, si no bien, por lo menos lo suficiente como para confiar mínimamente en su sensatez. Él le había hablado de unos amigos que vivían en Miami a quienes quería que visitaran juntos, así como también de algunos familiares, en cuya casa podrían hospedarse.

El avión aterrizó en medio de un pesado aguacero que produjo fuertes turbulencias. Aunque era la primera vez que iba a Miami, sus amigas le habían informado al detalle cómo tenía que desplazarse y qué trámites debía realizar. Apenas descendió hacia los pasillos de espera del aeropuerto, distinguió la masa de gente que esperaba a los viajeros. Era imposible que ella lo reconociera en aquel tumulto, y era más fácil que él ya la hubiese ubicado. Ella le había dicho además que llevaría puesto un saco verde y unos pantalones azules. Para mayor seguridad, llevaba un pañuelo de colores en el bolsillo, señal distintiva que ambos habían acordado. Terminó de recoger su equipaje y pasar por los vistas de aduana, y se dirigió hacia el gentío que se distribuía entre los pasajeros.

Al cabo de una hora ya había paseado por los pasillos y las inmediaciones, y no lo encontraba. Esperó sentada al lado de sus maletas otra hora más y acudió a informaciones. Temía que él hubiera confundido los horarios de los vuelos. La encargada verificó los arribos y las llegadas programadas de los aviones, y comprobó que la mayoría habían aterrizado puntualmente, así que las posibilidades de equivocación eran remotas. Cuando ya habían pasado tres horas, decidió llamar al teléfono que él le había dado de la ciudad de Miami. Le contestó una voz soñolienta como llamada equivocada. Llamó también a Oklahoma, pero nadie respondió. Cansada por los ajetreos y emociones de las últimas veinticuatro horas, acudió a sentarse a un snack del aeropuerto. Pidió una copa de vino y se la tomó. A la cuarta copa notó en medio de la algarabía de niños que correteaban entre las mesas, a un par de ancianas que la miraban con curiosidad. Intuyó entonces, con luminosa claridad, que su historia era esa y ninguna otra.

LAS CHICAS DE LA YOGURTERÍA

—En esta ciudad no se puede ser alegre y bonita —rezongó Lucha—, porque la gente murmura.

La mujer pareció no entenderla.

—Olvídelo, estaba pensando en voz alta —continuó.

—¿Usted la conoce? —preguntó la mujer.

—Bueno, la he visto en la yogurtería.

—Ah, Luchita, mejor no se junte con ella —afirmó sentenciosa la mujer, que era una empleada de la municipalidad, muy habladora y conocedora de los chismes de la localidad. Le gustaba comentárselos a Lucha cada vez que la veía. Lucha sonrió débilmente y se despidió. La mujer le hacía perder tiempo.

Desde que llegó a Ayacucho, hizo algunas amistades sin mucho esfuerzo. Tenía cinco meses en la ciudad y ya era conocida como administradora de un proyecto de desarrollo rural. Se había presentado ante las autoridades locales con las que tenía que coordinar por razones de trabajo: profesores de la universidad, directores de instituciones afines, y hasta con el obispo auxiliar. El proyecto era de cierta envergadura, y le habían aconsejado en Lima que estableciera buenas relaciones con el Gobierno Regional.

Un día, a las pocas semanas de su arribo, se encontró con una antigua conocida, una psicóloga que, le explicó, vivía hacía un año en Ayacucho. Era originaria del lugar, y, como ella, desde que la zona se estaba pacificando, muchos habían regresado a establecerse de nuevo. El turismo se había incrementado, se inauguraban nuevos negocios y hostales.

—Mi marido ha puesto un restaurante en la Cámara de Comercio, ¿por qué no vienes? —le propuso la mujer.

Le daba pereza cocinar diariamente y se acostumbró a ir a almorzar al local de la Cámara de Comercio. Como el lugar estaba habitualmente vacío a partir de las dos de la tarde, entonces ella se compraba el periódico e iba ahí a leerlo y comer tranquilamente. Por las tardes, cuando estaba libre, daba una vuelta por la ciudad. Luego hacía un paseo por las inmediaciones de la plaza central, tratando de conocer las tiendas, las farmacias y los cafetines. Así fue que encontró un pequeño comercio donde se expendían productos lácteos y hierbas naturales, pero la especialidad de la casa era un yogurt natural que se preparaba con plantas aromáticas, a pedido de los clientes. La dueña, una mujer de unos treinta años, que atendía detrás del mostrador, llevaba el cabello largo y ondulado teñido de rubio. Sus ojos vivaces, acentuados con lápiz delineador de color negro, animaban el rostro redondo de piel sonrosada. Desde el principio fue muy amable.

—Tú no eres de aquí —le dijo con convicción.

Lucha se presentó como estaba habituada a hacerlo. Pensaba que en una ciudad donde la mayor parte de gente se conocía, una debía ser cordial. La tendera se llamaba Charito, y conocía bastante de productos naturales. Le habló del germen de trigo, mostrándole con orgullo una colección de infusiones medicinales empaquetadas, semejantes a las que se vendían en el mercado.

—La diferencia es que yo selecciono las mejores hierbas —le explicó Charito—, y si no conoces su uso, es mejor que compres los productos ya escogidos.

Hablaron de dietas y de cómo conservar mejor la piel en el clima serrano. El frío helado de la ciudad le había resecado a Lucha el cutis y los labios. En ocasiones había sufrido de gastritis y reacciones alérgicas de causa desconocida.

—Lo mejor para tu estómago son las flores de azahar —y

le alcanzó una bolsa de hojas y flores secas—. Lo preparas en infusión y bebes una taza diaria.

Lucha agradeció.

—Si lo mezclas con cáscaras de naranja, es bueno para el mal aliento —añadió Charito con picardía.

Desde entonces, Lucha se convirtió en una compradora asidua. El yogurt natural era lo único que tomaba durante el día cuando tenía apetito. La comida serrana le producía gases y la digestión se le hacía pesada.

Cuando caminaba por las calles, la gente la saludaba. Ella a veces no recordaba bien los rostros o los nombres, pero siempre respondía con una sonrisa. Poco a poco la fueron invitando a fiestas y reuniones. Conoció a músicos notables y participó en festejos y pachamancas. Alquiló una pequeña casita en Dos de Mayo, una calle colonial que serpenteaba cerca del río. Tenía un alto portón de madera, un pequeño jardín sembrado con jacarandás, tunas, girasoles y retamas. A veces llegaban bandadas de palomas que se posaban en los techos vecinos. Ella les dejaba pedacitos de pan que los animales picoteaban sin ninguna timidez. Como se sentía un poco sola, compró un televisor pequeño que mantenía generalmente encendido para escuchar el noticiero nocturno.

En la sala de entrada habilitó una oficina para recibir a la gente del trabajo. Colocó algunos taburetes sobre los cuales distribuyó publicaciones y documentos que el público podía consultar. Instaló un teléfono en el dormitorio y amplió las conexiones de luz. Cuando necesitaba a un carpintero o gasfitero, consultaba a los conocidos con los que se encontraba en las calles. El agua escaseaba, así que a partir de las once de la mañana, guardaba el líquido en grandes recipientes para poder lavar y asearse. Ese era un problema antiguo de la ciudad. La gente decía que la población aumentaba tanto, que ya las cañerías no se abastecerían hasta que culminara la construcción de una nueva represa, que era el sueño de toda la región.

A veces se aburría, así que adquirió una bicicleta, y por las tardes se dedicó a pasear a lo largo de la calle. Se vestía con unas mallas de gimnasia, y hacía invariablemente el mismo recorrido. Bajaba por la avenida hasta el río y volvía remontando la pendiente. Notó que al atardecer un grupo de vecinos solía sentarse en la vereda y conversar hasta caer la noche. Bebían cerveza y la miraban pasar. Uno de ellos, de unos cincuenta años de edad, con nariz prominente y piel enrojecida, la contemplaba fijamente cada vez que ella regresaba exhausta de su recorrido.

—Qué rica hembrita, mueve tu culito —le decía cuando pasaba.

Lucha le devolvía una mirada furiosa.

—Muévete, muévete —le contestaba el tipo.

Los otros hombres se reían y Lucha trataba de evitarlos, pero se sentaban muy cerca de su portón y era imposible.

—¿No quieres chupármela? —le dijo un día el tipo.

Lucha se le acercó.

—¡Huevón! ¡Cállate! —le contestó.

El hombre se puso rígido.

—¡Déjala! ¡Déjala! —le gritaron los otros. Uno le cogió el brazo y lo jaló hacia ellos.

—Puta de mierda —masculló el hombre.

Desde entonces Lucha redujo sus horas de deporte. Supo que el tipo vivía en la casa de al lado. No había reparado antes en él, pero ahora lo veía con frecuencia en la bodega y en el horno donde compraba el pan. El hombre parecía observarla con rabia. Lucha dejó de saludar indistintamente a los vecinos, porque ya no sabía cuáles eran los groseros que podían tener amistad con aquél. Cuando lo veía, evitaba su rostro, esquivándolo al cruzar la calle.

Para entretenerse, acudía a la biblioteca de la universidad. Ahí se encontró con un profesor bastante gentil, con cierta autoridad fundada en sus largos años de docencia. Intercambiaron libros y luego se encontraron en algunas reuniones. Conoció a su esposa, una mujer joven y pálida que la saludaba con cortesía. Una vez

el profesor le prometió un libro que supuso sería muy útil para Lucha. Ella lo fue a buscar varias veces a su oficina, pero no lo encontró. Una noche, el profesor tocó la puerta de su casa. Ella lo recibió con alegría y lo hizo pasar a la sala. El hombre parecía algo nervioso. Lucha no supo qué hacer y le invitó un café.

—Te has acostumbrado bastante bien —le dijo él.

—Más o menos —contestó ella—, la falta de agua me molesta. Es penoso tener que recolectarla todos los días.

A Lucha le complacía tener relación con la gente de la universidad. Sentía que podía conversar sobre las reflexiones que le despertaba su trabajo, de las noticias locales, y los libros que leía. La principal forma de enterarse de lo que pasaba en la ciudad era intercambiando opiniones con ellos. Ya que no había un periódico regional, la radio y los encuentros personales eran alternativas para estar informada.

—¿Y qué tal te parecemos los ayacuchanos?

—Oh, han sido muy hospitalarios conmigo. Lo único que no me gusta es que beben mucho en las reuniones y si una no quiere hacerlo, se molestan. Lo consideran una afrenta.

—Ah, eso es en toda la sierra —exclamó él—. El campesino bebe en sus fiestas patronales durante días. La comunidad entera, hombres y mujeres, hasta perder el sentido.

—Sí, ya lo sé, pero es excesivo.

—Es un pretexto para poder llorar —comentó él—, sin tener vergüenza.

Y a continuación contempló el techo alto de la sala.

—Esta casa es muy antigua, tiene techos de bóveda —señaló.

—Es muy fresca cuando hace calor.

—¿Puedo ver la casa? —inquirió él.

—Sí, claro.

Él se levantó y se dirigió hacia la cocina, que daba al patio.

—Bonita casa —dijo y luego se acercó hacia el cuarto que estaba al lado de la sala. Era el dormitorio de Lucha.

—Tienes una cama matrimonial —le dijo.

Y la miró con curiosidad. Lucha se sintió incómoda.

—¿No tienes frío? —le dijo él y trató de rodearle los hombros. Lucha se apartó rápidamente.

—No —contestó irritada.

—Es una cama muy grande para ti —respondió él, tratando de abrazarla de nuevo.

Lucha salió inmediatamente del dormitorio.

—Ya es muy tarde —le indicó—, es mejor que te vayas.

El hombre salió detrás de ella y se puso la casaca que había dejado sobre la silla del comedor.

—Anda a buscarme a la universidad cuando quieras —subrayó mientras Lucha le abría la puerta.

Lo despidió de un portazo. Estúpido, pensó. ¿Qué se ha creído este cirio? Se preparó un mate de coca y antes de acostarse ajustó los cerrojos de las puertas.

La época de lluvias había llegado y el clima se volvió húmedo. Por las mañanas se levantaba con la nariz congestionada y comenzó a toser en forma intermitente. Se encontró con Charito que conversaba con dos amigas en uno de los portales de la plaza.

—Yo creo que debes tomar canchalagua —le recetó Charito—, además de ser buena planta para el resfriado, facilita la digestión y la puedes preparar con limón como refresco.

La presentó a sus acompañantes. Eran dos chicas altas, algo gorditas, no pasaban de treinta años y lucían bastante guapas. Tenían el cabello largo, ondulado y suelto sobre los hombros.

—Son mis amigas —le dijo Charito—, cuando quieras podemos hacer *jogging* hasta el aeropuerto los domingos por la mañana.

Se había convertido una costumbre en la ciudad, correr a lo largo de la carretera los fines de semana desde horas muy tempranas. El camino hacia el aeropuerto era la distancia preferida por los deportistas. Jóvenes y adultos de ambos sexos enfundados en buzos de colores practicaban el deporte los domingos. Lucha

aceptó la invitación, pero no quedaron en nada concreto. Caminó hacia el mercado a comprar algunos quesos de cabra para enviar a Lima. En la calle distinguió al mayor de policía, un hombre canoso y fortachón, muy conocido entre los ayacuchanos. Cruzaron algunas palabras de simpatía. Lucha le estaba agradecida porque siempre le resolvía algunos problemas que no faltaban en el trabajo, como los permisos que a veces tenía que recabar para que los promotores del proyecto pudiesen viajar a la zona de la selva ayacuchana con algunos productos, como el querosene, que estaban restringidos por la presencia del narcotráfico en la región.

—Te he visto conversando en la plaza —le dijo el mayor.

—Ah, sí, con Charito y sus amigas.

—No es una buena compañía, Luchita —le contestó.

—¿Por qué? —objetó sorprendida.

—Yo sé lo que te digo, Luchita —insistió el mayor.

—¿Pero no era tu amiga? Yo también te he visto conversando con ella.

—Por eso mismo, Luchita, yo la conozco —respondió él moviendo la cabeza con cierto tono de censura.

Lucha se quedó callada. Se despidió de él y continuó caminando. Sintió que le invadía la cólera. ¿Y ahora de qué se trata? Es porque son bonitas, y si son alegres, peor, se dijo. Estuvo reflexionando en ello los días siguientes, y rememoró algunas escenas. Recordaba haber visto a las chicas en la yogurtería por las tardes, platicando entretenidamente con algunos parroquianos a la hora en que la gente salía a pasear por la plaza. Era un trío que no dejaba de ser llamativo en la esquina de la tienda.

Aquella semana llovió intensamente, y el muro de adobes que rodeaba parte del patio interior de su casa se desplomó con la lluvia torrencial. Tuvo que hablar con la dueña y contratar a un par de albañiles para que le reconstruyeran la pared. Una noche en que se encontraba cocinando, descubrió que se habían robado la ropa colgada en el cordel.

Asustada y provista de una linterna, revisó sus pertenencias y vio que además se habían llevado varias cajas con medicinas y alimentos. Como todavía no estaba reparada la pared derruida, tuvo miedo. Se dio cuenta de que era muy fácil entrar a la casa desde la calle. Llamó a la policía. Cuando llegaron los agentes, recorrieron las calles laterales y los vecinos se alarmaron. Lucha les explicó que le habían robado. Uno de los muchachos vecinos se ofreció a subirse a los techos a revisar si había huecos. Era el hijo del hombre grosero que le hacía comentarios vulgares cuando ella paseaba en bicicleta. Al poco tiempo llegó el tipo furioso.

—Esa mujer es una loca —les gritó a los policías, señalando a Lucha—. Se ha peleado con todos los vecinos.

Y llamó a su hijo dando alaridos.

—Oiga, ¡déjelo!—protestó Lucha—. Él me está ayudando.

El hombre cogió del brazo a su hijo y lo arrastró dándole empellones hacia su casa. Los policías tranquilizaron a Lucha.

—Ese tipo es un malcriado —les dijo indignada—. Es un descarado.

Una vecina le contó confidencialmente a Lucha que ese hombre era un antiguo policía dado de baja por comportamiento violento. Les pegaba a su mujer y a sus hijos y era un borracho. Lucha se despidió de la gente y se encerró en su casa. Inspeccionó los seguros de las puertas y ventanas y decidió comprarse candados grandes para instalarlos al día siguiente. La imagen del tipo exaltado alardeando en medio de la calle le molestó. Resolvió tener más cuidado. Los vecinos no eran todos de fiar.

Al día siguiente al atardecer, cuando regresaba de hacer las compras de la semana, vio a un grupo de chicos jugando en la acera de su casa. Entre ellos distinguió al hijo del vecino, el muchacho que había intentado ayudarla la noche anterior.

—Por culpa de ésa mi papá me ha agarrado a latigazos anoche —exclamó el chico, lanzándole una mirada cargada de violencia.

Los otros la miraron también. Lucha se sintió desnudada. Ingresó inmediatamente a la casa y cerró con fuerza el portón.

La habían invitado a una reunión por la noche y pensó que le convenía salir para despejarse un poco. Casi no había podido trabajar en la oficina apurando a los albañiles para que terminaran la construcción y buscando a un cerrajero que le reemplazara las bisagras oxidadas de las puertas. Siendo día de semana prefería acostarse temprano, pero la inseguridad de la casa producida por los desmanes del aguacero le generaba una cierta inquietud y temía no poder dormir. Se preparó una infusión de azahar muy cargada y se fue a la fiesta. Era un grupito pequeño, gente que trabajaba en algunas instituciones con las que se relacionaba y había también algunos desconocidos. A medianoche los invitados se convirtieron en cantantes improvisados, danzaban huaynos y bebían sin parar. Uno de los asistentes la enlazó por la cintura.

—¿Qué hace una mujer solita en Ayacucho? —le preguntó mientras bailaban.

—¿Me conoces de algún sitio?

—Aquí todos nos conocemos —contestó él desdeñosamente.

Alguien bromeó y dijo que Lucha no estaba sola sino que era amiga de los visitantes asiduos de la Cámara de Comercio. La gente estaba ya borracha y reía. ¿Cómo iba a estar sola Luchita?, repetían. Siempre estaba bien acompañada, decían jocosamente. Lucha comenzó a inquietarse. ¿Sabían dónde vivía? ¿Que estaba sola? El resto de la noche permaneció ensimismada, y pidió a una de las mujeres que la acompañara a tomar un taxi en la plaza. Una pareja de esposos se ofreció a llevarla. Las calles estaban bastante oscuras y la iluminación era muy débil. Al llegar a su casa abrió el portón y cruzó raudamente el jardín. Cerró las puertas y las aseguró con candados. Tengo que poner más luces afuera, pensó. Revisó su linterna y notó que le faltaba una pila. No sirve para nada, razonó, y la arrojó sobre la mesa. Recolectó velas y fósforos y los puso sobre la mesa de noche. Trató de dormir pero

escuchaba ruidos en el techo. Las paredes eran de quincha, al estilo de las construcciones antiguas, de caña empastada con barro y crujían permanentemente. Era imposible distinguir pasos humanos o pisadas de gatos. Al menor ruido, llamo a la policía, pensó. La puerta del patio era de listones de madera y de consistencia muy frágil. De una patada la pueden destrozar, se dijo. Pero ella escucharía los ruidos y correría hacia la calle. ¿Tendría tiempo de cruzar el jardín? Dio vueltas en la cama durante la noche sin poder conciliar el sueño. Se levantó en la madrugada al escuchar las campanadas de la iglesia vecina. Por primera vez desde que había llegado a la ciudad sintió que era una foránea. Aquel día decidió no comprar yogurt a pesar de que se le había acabado. No quería pasar por la tienda y que la vieran conversando con Charito y sus amigas.

Cuando iba a la municipalidad a recoger unos documentos, se encontró con una señora integrante de una antigua familia ayacuchana que trabajaba como directora de una institución.

—Ay, Luchita —le dijo afligida— no sé si ya sabes lo que ha pasado. Una desgracia, una verdadera tragedia.

—No, no sé nada —contestó Lucha.

—Quién lo iba a decir, aquí, en la ciudad, ya ha llegado la plaga.

—¿Qué ha pasado?

—La gente está comentando en todos los sitios, hijita. La semana pasada un paciente murió de sida.

—¿Cómo?

—Sí, de sida, imagínate.

—¿Cómo ha sabido usted?

—Me lo comentaron en el consultorio del doctor Capuñay. Era el dentista del hospital.

—Me lo ha dicho también la señora Rojas, la obstetriz —exclamó compungida la mujer— tenemos que hacer algo por nuestra juventud.

—Bueno, es una pena, así ocurre en todo el país.

—Pero tenemos que pararlo ahora, antes que sea demasiado tarde. Tanta corrupción, tanto alcohol —continuaba la mujer—, hay mucha vida indecente, demasiada inmoralidad.

Aquel día en la Cámara de Comercio, cuando Lucha fue a almorzar, la dueña se acercó a conversar con ella.

—Dicen que van a hacer campañas preventivas en los colegios —le explicó a Lucha— ha estado aquí el director de la Región de Salud con otros médicos y con el mayor de la policía. Van a hacer un despistaje.

—¿Un despistaje? Pero tendrían que hacérselo a toda la población.

—No, pues —alegó la mujer—, nada más a los sospechosos.

—¿Y cómo van a saber quiénes son sospechosos? Es imposible.

—Luchita, se sabe, eso aquí se sabe —afirmó la mujer con seguridad.

Lucha rió.

—Están locos.

La mujer la miró desconcertada.

—Pero el mal recién ha comenzado. Además en la ciudad nos conocemos muy bien y eso facilita la intervención, eso lo dicen los médicos —continuó.

Ella se alzó de hombros y pidió un menú. Comió sin mucho apetito pensando en el trabajo que tenía atrasado. Aquí son unos chismosos, caviló mientras intentaba pasar algunas cucharadas de sopa de verduras. De segundo había un estofado de pollo que se veía muy grasiento, así que apenas pudo comer el arroz con un poco de zanahorias guisadas, apartando cuidadosamente la carne y la salsa del resto del plato.

A los tres días fue a una de las bodegas más surtidas de la calle principal, que quedaba al lado de los portales de la plaza. Se encontró con uno de los abogados que trabajaban en el juzgado.

—¿Ha sabido ya, Luchita? —le preguntó él.

—¿Qué?

—Lo del sida.

—Sí, ya me han contado.

—Han detenido a varios sospechosos.

—¿Pero cómo van a hacer eso?

—Yo sé de nueve personas a las que se han llevado al hospital a hacerles análisis.

—Pero no puede ser —exclamó Lucha asombrada.

El abogado continuó distraídamente.

—Qué tal castigo. Es como la sífilis antiguamente, de noche con Venus y de día con arsénico. Porque se medicaba con arsénico, muchos se morían con la cura, ¿sabía usted?

Lucha ya no escuchaba.

—Es una llamada de atención para los muchachos, para la gente de vida ligera, digan lo que digan, es una verdadera muestra del abandono de las buenas costumbres. La sociedad ayacuchana de tanto sufrir con el terrorismo se ha relajado mucho —exclamó sombríamente.

Lucha se despidió precipitadamente y salió del local. Al dar la vuelta en una esquina se tropezó cara a cara con la empleada que trabajaba en la municipalidad.

—Luchita, Luchita, ¿adónde vas tan apurada? Hace tiempo que no te veo.

—Uf, he tenido mucho trabajo —contestó.

—Oye, se han llevado a las mujeres esas, a las de la yogurtería.

—¿Cómo?

—Sí, a varios los han llevado al hospital para ver si estaban contagiados de sida. A las tres mujeres también las han obligado a hacerse el examen.

—¿Pero por qué? ¿Cuándo?

La mujer abrió los ojos.

—¿Cómo que por qué? Por prevención, pues. Porque una de ellas trabajaba en el hospital y allá todo el mundo se ha enterado.

Ayer las obligaron a ir. Imagínate. Con el mayor de policía y todo.

—Ah, bueno, qué sorpresa —contestó Lucha automáticamente.

Continuó caminando sin levantar la vista de la calzada. Al llegar a la esquina vio a Charito que estaba parada en la puerta de la tienda, como siempre. Cruzó la vereda, pero no pudo evitar que sus ojos se encontraran con los de ella. Volvió entonces la cara sin saludarla y desapareció presurosa por otra calle.

APÚRENSE, POR FAVOR

Eran casi las siete de la noche cuando Milton Peña bajó la cortina de la sala y encendió el decimocuarto cigarrillo del día. Levantó el auricular del teléfono y vaciló unos segundos antes de volver a colgarlo. Se levantó inquieto y comenzó a pasear por la habitación.

—Papá, ¿por qué está todo oscuro? —preguntó su hija de siete años.

Milton echó una larga bocanada de humo.

—Vete a tu cuarto —dijo secamente.

—Tengo miedo. Todo está oscuro —repitió la niña.

Milton prendió una de las velas que estaban encima del aparador y se la entregó a la niña.

—Ahora ya no tendrás miedo —le dijo. Le acarició la cabeza y la empujó hacia el pasillo—. Anda, espérame en tu cuarto.

La niña cogió la vela y titubeó.

—¿Vendrás?

—Claro, espérame allá —contestó él.

Su hija caminó lentamente por el pasillo e ingresó a uno de los cuartos del fondo. Milton cerró la puerta de la sala que comunicaba con el pasillo y se dirigió de nuevo al teléfono. Marcó un número.

—¿Aló? —dijo en voz baja.

—¿Sí?

—Mamá, soy yo, ya terminé de cerrar las puertas.

—¿Terminaste qué? Hijo, no te entiendo, debe ser el teléfono, nunca te escucho bien.

—Todos vamos a estar tranquilos.

—Habla más alto. No sé por qué te empeñas en vivir en Cieneguilla. Las líneas telefónicas están pésimas.

—¿Recuerdas lo que te dije ayer?

—Estoy preocupada, hijo, no me gusta que estés allá, tan lejos y tan solo.

—Nadie nos va a molestar en el futuro.

—Hijo, ¿por qué no te vienes? ¿Dónde está Enriqueta?

—En su dormitorio.

—¿Y la empleada?

—Se fue, mamá.

—¿Pero por qué no me has avisado? ¿Estás solo con Enriqueta?

—Sí, mamá, ya te dije.

—Vente inmediatamente.

—No, mamá, estoy donde debo estar y nadie me va a sacar de aquí.

—Yo no digo eso, hijo, es que debes venir a vivir aquí conmigo.

—Estás equivocada.

—Pero si ya te han cortado la luz y el agua, es peligroso que estés allá. Hijo, por favor, escúchame, obedéceme. Tienes que venir.

—Adiós, mamá, quería despedirme de ti.

—Hijo, ¿aló?, ¿aló?

La mujer escuchó el clic del teléfono. Su hijo había colgado. Entonces ella marcó otro número.

—¿Aló? ¿Marina?

—Sí, ¿quién habla?

—Soy Edelmira —exclamó la mujer—. Estoy preocupada, no sé qué hacer. Milton ha despedido a la empleada y se ha quedado en la casa con Enriqueta.

—Bueno, ¿pero qué tiene de malo?

—Después del episodio de los cuadros me parece que no está bien. ¿Cómo va a vivir a oscuras, solo, con una niña de siete años? Además se ha comido todas las uñas de las manos.

—¿Quién?

—Milton.

—Ah. ¿Tienes el teléfono del médico que lo ve?

—Sí. Tengo miedo. Marina, ¿se estará volviendo loco?

—¿Sabes si lleva el arma?

—Claro, nunca la abandona.

—Llama al doctor y cuéntale. Él te puede decir qué hacer. Me llamas después.

—¿No puedes ir tú en el carro?

—¿Ahora? ¿A Cieneguilla?

—Sí, por favor, Marina, puede pasar una desgracia.

—Pero me va a echar de ahí, ¿con qué pretexto me aparezco?

—Dile que yo te mandé.

—Mejor primero llama al médico. Tal vez te estés precipitando.

La mujer comenzó a buscar en una agenda el número telefónico del médico. Recordaba haberlo anotado en un papel suelto.

—No encuentro el teléfono —dijo.

—Cálmate —contestó la otra—. Busca el teléfono, llámalo e inmediatamente me vuelves a llamar.

Colgaron. La mujer no encontraba el papel. Estaba sentada en una silla de ruedas porque sufría de artritis desde hacía más de quince años. Sus piernas, inutilizadas, estaban adelgazadas y encogidas. Hizo rodar la silla diestramente hacia un anaquel en el centro de la sala y revisó algunos cuadernos donde también solía anotar teléfonos. Encontró el número y regresó al teléfono.

—¿Aló? —¿El doctor Ruiz?

—Un momentito, por favor.

Esperó unos segundos y rogó que el doctor se encontrara en el consultorio. Sabía que atendía hasta tarde porque una vez su hijo había tenido una cita a las nueve de la noche.

—¿Aló? —una voz masculina le contestó.

—Doctor Ruiz, soy la madre de su paciente Milton Peña. Doctor, disculpe que lo llame para molestarlo, pero creo que mi

hijo está mal. Se ha comido todas las uñas de las manos. Ahora se ha quedado solo en su casa de Cieneguilla con mi nieta y están a oscuras. Después de lo que hizo la semana pasada, tengo miedo de que se esté volviendo loco.

—¿Qué hizo la semana pasada?

—Lo de los cuadros, doctor.

—Ah, eso. Sí, claro. No, no es conveniente que esté solo.

—¿Qué hago, doctor?

—¿Lo ha llamado por teléfono?

—Sí, me dice que todo va a estar bien. Pero me parece raro que me llame para eso.

—¿Qué más le dijo?

—Que quería despedirse de mí.

—Bueno, a ver, déjeme pensar. ¿Cuándo lo ha visto usted por última vez?

—Hace una semana, doctor, estoy desesperada, ¿llamo a la policía?

—Espere. Yo lo voy a llamar por teléfono.

—¿Se puede volver loco, doctor? Él tiene un arma, doctor.

—Hablaré con él y después la llamo, señora.

La mujer colgó. Empezó a dar vueltas alrededor de la sala con su silla de ruedas. Miró su reloj. Eran las siete y veinte de la noche. Había pasado ya demasiado tiempo. El timbre del teléfono repicó. Se dirigió velozmente hacia él y levantó el auricular.

—Soy el doctor Ruiz, señora. Acabo de hablar con su hijo. Dígame, ¿tiene usted algún pariente que pueda ir a verlo?

—¿Por qué? ¿Qué ha pasado?

—Nada, nada. Pero es mejor que no esté solo allá. No lo digo por hoy sino que en realidad me parece que no debe vivir en esa soledad por el momento. Y menos si está armado.

—¿Está loco? Por Dios, dígamelo.

—Señora, ¿tiene usted algún pariente con el que podamos contar?

—Una amiga va a ir. ¿Pero no sería mejor llamar a la policía?

—Su amiga, ¿no puede ir acompañada?

—Voy a llamar a la policía.

—Yo acompañaré a su amiga. Deme el teléfono de ella.

La mujer se lo dio.

—Usted espere. Yo iré con ella dentro de media hora.

—Pero va a ser demasiado tarde.

—Lo haré lo antes posible.

Colgó. El teléfono volvió a repicar.

—¿Edelmira?

—Marina, cuelga, por favor. Acabo de hablar con el doctor. Yo creo que Milton está loco. Cuelga porque el doctor te va a hablar enseguida.

—Ya. Pero Milton está armado. Nos va a disparar.

—Marina, cuelga. Anda con el doctor allá.

—Creo que hay que llamar a la policía.

—¡Marina! Son casi las ocho.

—Edelmira, llama primero a radiopatrulla. Después a Milton y entretenlo. Convérsale. Dile cualquier cosa para hacer tiempo.

—Está bien.

Edelmira colgó el teléfono y volvió a marcar el número de Milton. Nadie contestaba. Quizás me he equivocado de número, pensó. Volvió a marcar de nuevo.

—¿Aló?

—Enriqueta, hijita, ¿estás bien?, ¿dónde está tu papá?

—En mi cuarto.

—¿Qué está haciendo?

—Nada.

—¿Cómo que nada? ¿Cómo está?

—Sentado. Me lee un cuento.

—Enriqueta, llámalo rápido.

La mujer esperó. Estuvo así un buen rato, pero luego escuchó el clic del teléfono. Se ha cortado la línea, o él ha colgado, se

dijo. Malditas líneas, siempre pasa lo mismo, se corta la comunicación. Volvió a llamar pero sonaba ocupado. Colgó. El timbre del teléfono sonó de nuevo.

—¿Aló?

—Edelmira, el doctor no me ha llamado todavía. Dame su teléfono, yo lo llamo.

—Espérate un segundo, aquí está. Por favor, vayan inmediatamente.

—¿Has llamado a la policía?

—Voy a llamar en este instante. Aunque tengo miedo, ¿y si se pone mal si ve a los policías?

—¿Y si nos dispara a nosotros?

—No creo, acabo de hablar con Enriqueta. Dice que su papá le está leyendo un cuento. Voy a volver a llamarlo en este instante.

—Edelmira, llama a la policía, por favor.

—Pero creo que es mejor que ustedes lleguen primero.

—Cieneguilla está muy lejos y ni siquiera sé cuánto tiempo se va a demorar el doctor en venir. ¿Por qué no va él solo?

—Es que él no sabe cómo llegar a la casa. Tú, en cambio, conoces.

—Bueno, voy a llamar al doctor.

Marina colgó. Edelmira volvió a marcar el teléfono. Seguía sonando ocupado. ¿Lo habrá dejado descolgado?, pensó. Insistió y volvió a escuchar el irritante sonido. Abrió la guía telefónica y buscó. Patrulla de emergencias.

—¿Aló? Por favor, se trata de una urgencia.

—¿Sí? Dígame qué pasa.

—Mi hijo está loco, señorita. Está encerrado en una casa a oscuras con una niña y está armado. Por favor, tienen que ir inmediatamente. Puede ocurrir una desgracia.

—Espérese, señora. ¿Cómo se llama usted?

—Edelmira Quintana.

—¿Dónde vive?

—Señorita, mi hijo vive en Cieneguilla, por favor, no se demoren. Es de vida o muerte.

—Señora, tiene que llamar a la comisaría de Cieneguilla. Ellos pueden ir más rápido.

—¿Cuál es el teléfono?

—Espérese un ratito.

Edelmira miró el reloj. Ocho y cuarto. Qué estúpidos, siempre es lo mismo, se dijo furiosa.

—Tome nota, señora.

La mujer le dio dos teléfonos. Edelmira colgó y llamó inmediatamente. Estaban ocupados. ¿Y ahora qué hago? Marina debe haber hablado con el doctor. Ya estarán en camino. Por lo menos tardarán media hora en llegar hasta allá, pensó. Volvió a insistir con la línea telefónica.

—¿Aló?

—¿Sí?

—Señor, llamo por una emergencia. Mi hijo está loco, está armado y va a matar a su hija, a mi nieta.

—¿Quién es usted?

—Su madre, estúpido.

—Oiga, señora, no me insulte.

—Escúcheme, si no van inmediatamente, va a ocurrir una tragedia.

—Pero no le entiendo, señora. ¿Me puede explicar de qué se trata?

La mujer dio un largo suspiro.

—¿Señora? ¿Señora?

—Mi hijo vive en La Floresta, segunda cuadra, número trescientos quince. Vayan allá, por favor.

—¿Pero por qué?

—Porque está encerrado con un arma.

—Está bien, señora. Pero explíqueme, ¿por qué dice que está loco?

—Porque me lo ha dicho su médico. Y además está armado y yo acabo de hablar con él y me ha dicho que va a matar a su hija y él se va a matar también.

—Repita la dirección.

Edelmira volvió a darle las indicaciones.

—¿Van a ir ahorita?

—No tenemos ninguna patrulla en este momento, pero nos comunicaremos por la radio y en pocos minutos estamos ahí.

—Ya, gracias.

Colgó. El reloj daba las ocho y media de la noche. Volvió a llamar por teléfono. Esta vez escuchó el timbre habitual.

—¿Aló?

—Enriqueta, hijita, ¿dónde está tu papá?

—Se ha quedado dormido, abuelita.

—¿Estás segura?

—Está roncando.

—Qué raro —la mujer se quedó pensativa.

—¿Abuelita?

—Hijita, escucha, es muy importante lo que te voy a decir.

—Sí, abuelita.

—No tengas miedo. Pero vas a hacer exactamente lo que yo te digo. ¿Ya?

—Bueno.

—Tu papá tiene una pistola, ¿no?

—Sí.

—¿Dónde la tiene?

—Ya no la tiene, abuelita.

—¿Cómo?

—Sí, la semana pasada me dijo que la iba a vender porque ya no tenía plata. La sacó de la caja y la vendió al señor Martínez, el que vive al lado.

—¿Tú viste que se la entregó?

—Sí, yo fui con él.

—Ah, ya.

—¿Por qué, abuelita?

—Por nada, hijita, por nada. Escucha, van a ir a visitar a tu papá. Así que cuando lleguen, les abres la puerta, ¿ya?

—Ya.

—Chau, hijita.

La niña colgó. Se dirigió a su dormitorio. Su papá estaba sentado sobre un sofá. Ya no roncaba. Tenía la boca abierta. Al lado de él, sobre la cómoda, había dejado un vaso de gaseosa para ella. La niña terminó de tomar el líquido mientras contemplaba el frasco vacío de pastillas que su padre había echado en los vasos. La niña se echó en la cama. Su papá le había dicho que se acostara después de tomar la gaseosa. Iba a tener mucho sueño.

TOMANDO SOL EN EL CLUB

Estaban tirados sobre la arena de la playa. Hacía calor y Liliana no quería broncearse demasiado. Tenía la piel muy blanca.

—Alfredito, ponme un poco de aceite en la espalda.

—¿Más?

—Sí, si no, me salen pecas. ¿Has visto? Allá está Susana y se nos va a acercar. No le digas de dónde vienes.

—¿Por qué?

—No seas bobo, ya te he dicho mil veces que no me gustan tus comentarios macabros. Cada vez que regresas del servicio hablas tonterías y eso es lo que Susana está esperando.

—No voy a decir nada, Liliana.

—Está con la vieja de su tía, esa entrometida que anda diciendo por ahí que nunca nos vamos a casar. ¿Sabes?, se va a caer de espaldas cuado reciba la invitación.

Él le había untado aceite en los brazos y ahora le frotaba la espalda.

—Cuidado, no tan fuerte, no seas bruto. Trata de comportarte ahora, ya se están acercando. La tía se va, qué bien. Dile que vienes de Las Palmas. Que luego te destinan a Piura, dile cualquier cosa. No te atrevas a contar nada de la selva, ni de la zona de emergencia.

—Pero ya deben saber de dónde vengo.

—No importa. No abras la boca, por favor. Tu trabajo es tu trabajo, please. Ahí viene Susana. No te imaginas cómo está de envidiosa desde que supo lo de la boda. Bueno, todo el mundo

ya lo sabe en el club porque mi madre se lo contó a las señoras. Le enseñé a la mamá de Susana el brillante que me regalaste y se quedó boquiabierta.

El continuó dándole suaves masajes aceitosos en la espalda.

—Ya viene, claro, no se lo iba a perder. Susana estaría feliz si nos hubiéramos peleado. A ella cada enamorado le dura seis meses. Nunca ha estado con nadie de la Fuerza Aérea. Dice que los prefiere civiles porque los militares están locos. Imagínate. Si su papá la escuchara la haría callar. ¿Conoces a su papá? ¿Al coronel?

—Él ha sido mi jefe.

—¿Por qué nunca vendrá al club? Debe tener mucho trabajo. Mira, allá está la suegra del general Márquez, ¿has visto? Su hijo murió, ¿no? Qué horrible, fue en Pisco, estaban probando una nave y se estrelló. Déjame, me haces daño. ¿Qué tienes? Ya te he dicho que no me mires así, pareces idiota.

Alfredo se recostó en la arena y cerró los ojos.

—Hola Susana.

—Hola Alfredito, ¿de dónde vienes ahora? ¿De la selva?

Él abrió los ojos y pestañeó.

—No, de la base —contestó rápidamente Liliana.

—Liliana, qué quemada estás. Pareces un cangrejo.

—Ya nos íbamos —contestó Liliana, y comenzó a recoger su toalla.

Susana se sentó al lado de ella.

—¿Cuándo te casas?

—Dentro de un mes.

—Me voy a dar una zambullida —dijo Alfredo irguiéndose.

—No te tardes —exclamó Liliana.

Alfredo se puso de pie y corrió hacia el mar.

—¡Qué flaco está! —exclamó Susana contemplando la silueta de Alfredo—. Es repulsivo el trabajo que hacen. Qué peligroso, ¿no?

—No hay remedio —contestó malhumorada Liliana—. ¿Y tú cuánto tiempo vas a estar aquí, en el club?

—Hemos venido con mi tía, por una semana. Hay una fiesta con todos los oficiales el viernes. ¿Van a ir?

—¿Dónde? ¿Aquí?

—Claro. Oye, ¿y cómo lo ves a Alfredo?

Liliana miró hacia el mar y vio que la playa estaba vacía. Alfredo nadaba detrás de las olas.

—Muy bien —contestó.

—Pero ya lleva seis meses en zona de emergencia. ¿No le ha afectado?

—Está regio, y lo han ascendido.

—Mi primo está con pesadillas. No te imaginas. Con tratamiento psiquiátrico y ya lo van a dar de baja. Creo que debe haber sido insoportable.

Liliana hizo un hoyo jugueteando con la arena.

—No puedo creer que vivan normalmente después de haber estado matando gente —continuó Susana—. ¿Él no te ha contado?

—No hablamos de eso —respondió Liliana con una sonrisita congelada.

—¿Pero acaso no sabes cuál es su trabajo?

—No, no lo sé —afirmó con desdén.

—¿Nunca le preguntas?

Liliana hizo un mohín de disgusto.

—¿Para qué? Me basta con verlo tan contento, tan bien.

—Mi primo tenía temblor en las manos. Después se puso muy violento y terminó pegándoles a sus hermanas. Luego hablaba tonterías.

—A veces le pasa a algunos.

—Liliana, yo quería hablarte desde la vez pasada. Me encontré con Alfredo y se puso a conversar conmigo y luego me dijo que tenía la mente en blanco y que ya no iba a ir al cielo. Que a un hombre como él sólo le esperaba el infierno.

Liliana rió.

—Te estaba tomando el pelo —exclamó.

—¿Estás segura? ¿No te acuerdas que él era más conversador antes? Cuando ingresó a la escuela era muy alegre y hacía bromas. ¿Y la fiesta de promoción cuando fuimos con todos los cadetes? Era el que más se divertía. En cambio ahora lo veo demasiado serio y ya no habla. Está cambiadísimo.

—Te parece. Yo lo veo igual.

—Creo que eres valiente de casarte con él.

—Pero él es normalísimo, hija.

—Mi tía entró una noche al dormitorio de mi primo. La luz estaba apagada y él estaba sentado mirando fijamente la pared. Parecía en estado de trance, como esos hipnotizados de las películas, ¿has visto? Bueno, ella le habló y él no contestó.

—Alfredito duerme muy, pero muy bien y encima le faltan horas de sueño.

—El psiquiatra les dijo que apenas tuviera insomnio lo llamaran porque si no duermen se pueden volver violentos. Parece que es lo primero que les pasa. Mi papá les pregunta siempre a sus oficiales si duermen bien, ¿sabes? Ya es una regla.

—¿Ah sí? —preguntó distraídamente Liliana. Alfredo nadaba bastante lejos de la playa. Su cabeza se veía como un punto negro sobre las olas.

—Dice mi papá que los oficiales no deberían estar más de veinte días en zonas de emergencia, como la gente de la marina. Debe ser para que no se loqueen.

Liliana sacó de su cartera un pequeño estuche. Lo abrió y extrajo un espejo redondo.

—Qué secos tengo los labios —dijo. Se colocó el sombrero sobre la cabeza y a continuación se limpió la piel del rostro con un pedazo de papel higiénico.

—Pero en el ejército llegan a estar hasta seis meses. Es demasiado, yo creo. Es infernal. Los amigos de mi papá cuando se reúnen

y toman sus tragos cuentan unas historias espantosas. Él no quiere que nosotras escuchemos, por algo será, y se encierran en el bar.

Liliana se echó un poco de lápiz de labios.

—¿Te gusta este color? —le preguntó a Susana.

—Es muy fuerte.

—Está de moda, se llama bronce. Mira mis polvos transparentes. Son especiales para la piel irritada. Son antialérgicos —explicó Liliana. Y le mostró a Susana un estuche de carey marrón.

—Ahora que mi primo está loco hasta mi tía tiene miedo de quedarse sola con él en la casa. Dice que sube y baja escaleras sin ningún sentido. Una vez estaba en la cocina y de pronto él apareció a su espalda, y la miraba de una forma tan anormal, que ella temió que él cogiera un cuchillo y se lo clavase.

—Ya me voy, ahora sí que me voy. Y Alfredo no regresa, qué pesado —dijo Liliana recogiendo su cajita de maquillaje.

—Ocurre de la manera más imprevista. Todo parece normal y de pronto, ¡zas!, aparece la locura.

—Oye, ¿por qué no estudias psicología? —preguntó Liliana volviéndose bruscamente hacia Susana—. Te encanta pensar en todas esas cosas. Qué aburrido.

—Es que me preocupa mi hermano que quiere postular a la escuela. Ni siquiera mi mamá quiere, pero mi papá lleva lo de la Fuerza Aérea en la sangre. ¿Qué desgracia no? Ser militar para que te maten los terroristas. Y si no, te vuelves loco.

—Qué imbécil, ahora se ha vuelto a zambullir —exclamó Liliana haciendo señas a Alfredo.

—Mi papá ha estado trabajando con Alfredo, ¿ya te contó? A él le preocupa. ¿No te ha dicho nada?

—¿Alfredo? Él me cuenta todo —contestó Liliana incómoda. Y se puso de pie.

—Dice que se niega a ver al psiquiatra.

—¿Ah sí? No, no puede ser, porque los obligan a verlo. Siempre los evalúan. Permanentemente.

—No, dice mi papá que Alfredo no ha ido. Quería hablar con el coronel que lo tiene a su cargo. Dice que ha estado demasiado tiempo allá en la selva.

—Bueno, si él no viene, yo me voy a meter al agua a sacarlo. Ya es tarde —dijo Liliana fastidiada.

Susana se puso de pie.

—Chau —dijo Liliana y caminó hacia la playa. El agua estaba fría y tiritó un poco. Dio unos saltitos para esquivar las olas y corrió hacia el fondo. Se dio una zambullida y emergió inmediatamente. Vio que Susana se retiraba hacia las casetas.

—Siempre tan estúpida —murmuró.

Nadó hacia Alfredo.

—¡Vámonos, ya es tarde! —le gritó.

No quería perder piso. Sintió la arena mullida en la planta de los pies. Alfredo nadaba desde un extremo a otro de la playa. Parecía no escucharla. Ella se volvió. Susana ya había desaparecido. Apenas quedaba una mujer tendida de espaldas debajo de una sombrilla.

—¡Alfredo! ¡Alfredo! —gritó de nuevo.

Él le hizo una seña con las manos para que se aproximara. Ella se alzó de hombros. Nadó suavemente hacia él. El agua ahora estaba tibia.

—Alfredo, te he dicho que ya es tarde, deben ser más de las cinco. Ya se ha ido todo el mundo.

—Ven, aquí está delicioso.

—Estás muy adentro, ven, sal un poco.

—No, acércate.

—No me gusta nadar tan lejos. Ya sabes, hay corriente a estas horas. Además ya se ha ido el salvavidas.

—¿Tienes miedo?

—Por supuesto que no. Pero nos puede dar un calambre, ¿no?

Se acercó hacia él. Ya no tenía piso. A lo lejos, la sombrilla de la playa era un puntito rojo y amarillo.

—¿Sabes lo que dice la necia de Susana?

—No.

—Es una viborita. Esa debió haber estudiado psicología.

—¿Qué te dijo?

—Es pura envidia, ya sabes. No soporta que alguien se case. Como ella ya tiene treinta y cinco, se siente vieja. Anda buscando chismes con todo el mundo. Me contó lo de su primo.

—Ah, ¿Ramón?

—Sí, ¿lo conoces?

—Hemos estado en la misma patrulla.

Vino una ola y Alfredo se sumergió bajo ella. Liliana trató de mantenerse a flote.

—Bueno, dice que se loqueó. No dormía.

—Sí, a varios les ha pasado —contestó él— ¿Qué más te dijo?

—Toma pastillas, lo van a dar de baja.

—Tal vez a mí también.

—¿Qué? —preguntó Liliana—. ¿Qué te pasa?

Él rió.

—Basta de bromas.

Alfredo la miró fijamente.

—No me gusta que me mires así, ya te he dicho, pareces idiota.

Él no apartó la vista. Ella volvió la cabeza hacia la playa. Estaban demasiado lejos.

—Alfredo, háblame, dime algo, oye, ¿qué tienes?

Él no contestó. Estaba serio. Tenía una arruga en la frente que se hacía cada vez más profunda. Se acercaba lentamente hacia ella.

Entonces ella nadó y nadó. No paró hasta que llegó a la orilla de la playa. Se sentó en la arena y lloró.

LOS GUIÑOS DEL DESTINO

Yo estaba en Punta Sal, en Tumbes, con el firme propósito de terminar mi ensayo sobre Schopenhauer. Había avanzado el manuscrito, pero mi ritmo seguía siendo lento. Quizás porque la vejez me ha vuelto más prudente o menos temeraria y las dudas son tan frecuentes como sinuosos los meandros de la memoria. Quise decirle al editor de los textos que la publicación era una inutilidad, tal vez porque hace tiempo desconfío de las novedades que los ungidos creen encontrar en los antiguos maestros, pero no tenía trabajo, necesitaba el dinero y acepté.

Me alojé en un hotel bastante modesto, rústico y con la ventaja de que tenía algunas habitaciones frente a una amplia terraza de caña que daba al mar. Pasaba el tiempo contemplando el paisaje marítimo apenas interrumpido por algunas escuálidas efemérides. Las más importantes correspondían a las picaduras de raya. Digamos que en las semanas que ya llevaba ahí, se alcanzó el récord de tres bañistas heridos el mismo día. Otra efeméride ocurrió un lunes, cuando unos pescadores desembarcaron de su lancha un enorme pez espada de casi dos metros de longitud, de reluciente lomo negro y vientre abombado que causó sensación entre los huéspedes. Digamos también que los acontecimientos sorprendentes no eran la especialidad del balneario. Entonces ellos llegaron al hotel. Los Brondi.

Quizás sea demasiado formal llamarlos señor y señora Brondi, porque ninguno de los dos llegaba a los cuarenta años, y desde mi edad, puedo considerarlos jóvenes, pero ellos daban la impresión

de llevar sus años –o su matrimonio– con bastante pesadez. Se alojaron en una habitación contigua a la mía en la segunda planta del hotel. La misma habitación que acababa de ser abandonada días atrás por una madre acompañada de dos revoltosos niños casi púberes, convertidos en los reyezuelos de las dos hamacas de la terraza, las mesas, las sillas, el aire y el oxígeno de todo el segundo piso. Cuando partieron, el balneario se hizo más agradable y hasta el café y los panes del desayuno adquirieron otro sabor y otro olor. La pieza vecina limpia y vacía, con las camas cubiertas por sábanas tersas y mantas cuidadosamente estiradas, me anunció a los nuevos huéspedes. La señora Brondi, entrada en carnes, tenía una cara hermosa, pequeña y ovalada, aunque algo mustia. Su atención solícita hacia el marido era evidente y su humanidad ocupaba completamente el espacio que podría atribuirse a una pareja. "Coloca las maletas aquí, ¿quieres que movamos la cama?" "¿Dónde la prefieres?" "¿No necesitaremos una silla más?" "Deja que yo desempaque la ropa para que no se arrugue". Era de ese tipo de mujer que suele ocuparse de los asuntos operativos con bastante diligencia. No me extrañaría que además tuviera talentos para asegurar llaves eléctricas o detener inundaciones y reparar tuberías de agua. A mí, que soy terriblemente torpe en los menesteres domésticos, no deja de asombrarme la existencia de estos seres providenciales. Una vez observé a una amiga, quien con una diminuta pinza de cejas y una lupa hizo no sé qué maniobras en la caja del cable telefónico, de tal manera, que en menos de cinco minutos reparó la avería que había mantenido inutilizado el teléfono durante dos días. Son habilidades apreciables y no son puramente mecánicas. Es necesario tener finura en las manos y mucha paciencia. Esta mujer despedía dotes organizadoras por los poros de su piel. El hombre, de estatura mediana, musculoso, de semblante trivial, vestido casi a la perfección con el pantalón de pliegues impecables color hueso oscuro y una camisa verde oliva, se dejaba conducir como si

estuviera explorando un territorio hostil. Más tarde, cuando fui a encargarle a la dueña del hotel cigarrillos y pasta dental para que los incluyese en las compras semanales que hacía en el balneario vecino de Máncora, me enteré de que los recién llegados habían hecho su reservación anticipada desde Lima y esperaban a otra pareja más. Supe también que la mayoría de huéspedes ya estaba partiendo o a punto de hacerlo, con lo que el hotel y la playa quedarían solo para nosotros, los últimos.

Entre la habitación de los Brondi y la mía existía un delgado tabique a través del cual se escuchaba el menor movimiento. En el tiempo que yo llevaba alojada, había mudado la cama inútilmente de un lugar a otro de la habitación huyendo de los ruidos molestos. Por mis oídos habían desfilado peleas de niños, reprimendas, cuchicheos amorosos y ronquidos. Aun así, el lugar óptimo para la cama seguía siendo el mismo, al lado del tabique, el único sitio en donde podía evitar el frío de la madrugada que se filtraba por las ventanas del baño del cuarto. Poco antes de dormir, me invadieron las voces ahogadas de los Brondi a través del tabique, aun a pesar de mis esfuerzos por concentrarme en mi lectura nocturna.

—No te hace bien comer ese arroz con mariscos, es un plato pesado —dijo ella.

—Era lo único de la carta que me provocaba.

—Te puede caer mal.

—¿No podríamos dejar de discutir aunque sea en la hora de dormir? —respondió él.

—No estamos discutiendo.

—Deja de estar ordenándome lo que debo hacer.

—Nadie te ordena nada.

—¿No? Si ya me has dicho que mañana tenemos que ir de excursión a los manglares —exclamó él.

—Pensé que podríamos entretenernos.

—Eso no me entretiene —dijo él, enfatizando la última palabra.

Luego alguien presionó el interruptor de la luz. Hubo un ruido blando y sordo de ropa de cama –así de delgado era el tabique– y nada más. Por mi parte, apagué con cuidado la lámpara de mi mesa de noche.

El balneario lucía la gloria añeja de una temprana decadencia. Años atrás, el hotel Punta Sal promocionó la playa, entonces escasamente frecuentada, en la que se podía gozar de un mar azul de oleaje tranquilo, menos apetecible para surfistas que para cualquier persona que quisiera simplemente nadar o descansar en estado de nirvana. Sin embargo, el éxito no duró mucho tiempo. Todavía lo cuentan las mujeres artesanas, vendedoras de collares de coral y perlas de río. Deambulan por los arenales calcinados ofreciendo su mercadería a los escasos veraneantes que aún permanecen. Algunas vagan acompañadas de sus hijos que venden, como trofeos, caballitos de mar disecados y conchas de caracol. Llevan en el rostro abrasado por el sol la fatiga de los trabajadores que no tienen horario. Una de ellas dice tener cincuenta años, pero su afirmación despierta sospechas. En cualquier caso, la vida se ha encargado de envejecerla: la piel ajada, las mejillas colgantes, las manos encallecidas. Las preocupaciones o el agobio han cumplido su tarea. Me presenta a sus tres hijas y a sus nietos que también se dedican al comercio de collares. Antes ella trabajaba aseando las habitaciones del hotel, "ese", apunta, levantando el dedo índice hacia una colina del extremo norte de la playa en la que sobresale un edificio. "Limpiaba de lunes a domingo, sin vacaciones, sin beneficios sociales de ningún tipo", acentúa amargamente. "Y ahí no se podía protestar", asevera, "si decías algo, te echaban". Su sueldo no llegaba a los ochenta dólares mensuales. "Pero el turismo ha bajado", agrega con un aire de pequeña venganza hacia sus antiguos patrones. "Hace unos años recibían a más de tres mil huéspedes anuales, el año anterior no llegaron a setecientos". Las mujeres se sientan bajo el toldo que está frente al hotel. Descansan antes de continuar su jornada. "Me enfermé de los riñones", continúa la mujer, "y ya no podía hacer la hotelería. Con las ventas me va mejor, tengo mi propio horario", señala tristemente, sin creérselo demasiado. La comprendo. Nadie que tenga bocas que alimentar tiene paz. Ella tampoco. La mujer se levanta seguida por sus hijas y nietos y caminan de un lado al otro de la playa, y harán lo mismo el día siguiente y el otro. Se van con la promesa de que les compraré más adelante uno de los collares.

En mis paseos por la ribera me cruzaba con bañistas de Lima, universitarios mochileros, estadounidenses que trabajaban en las plantas de petróleo del noroeste y algunos otros turistas despistados que después de recalar en el ruidoso balneario de Máncora, entre discotecas y grupos de adolescentes inquietos en viaje de promoción, huyeron a las aguas tranquilas de Punta Sal. Conseguí la habitación en un momento en que el hotel estaba todavía completamente ocupado por unas cuantas familias y numerosas parejas en estado de romance. Una cuzqueña que desde el primer día andaba con malestares estomacales acompañada de un suizo aburrido a quien ella llamaba El Benefactor (nunca supe exactamente por qué, aunque pude entrever que gestionaba donaciones para niños del Cuzco), otra pareja de jóvenes enamorados que sostenían acaloradas discusiones respecto a qué universidades de Lima eran mejores escuelas de Derecho, o si había realmente diferencias entre la Coca-Cola y la Pepsi-Cola. Otra pareja formada por una estadounidense ruda, de cara grande, y un peruano de ojos adormilados, que vagaban prodigándose golosos arrumacos en la escalera, el comedor, en la hamaca, el pasillo o sobre la arena. Luego llegaron un par de mujeres que trabajaban en un banco de Tumbes y que habían ido a broncearse y a contarse mutuamente sus penas de amor. Casi nunca las vi comer, pero sí tomaban cerveza desde las primeras horas del día hasta el anochecer, y al parecer, sufrían o estaban decepcionadas. Eran de ese tipo de veraneantes peruanos, tan común en nuestro iletra-

do país, que jamás llevan un libro en la mano. A lo más, quizás distraídamente, leen un periódico, tal vez una revista, pero no un libro. Me ha ocurrido. Hay un culto desaforado hacia la oralidad. Existe la concepción que si uno *está con gente*, está *con gente*. Leer en presencia de un acompañante que no lo hace, se considera una especie de falta de consideración por el otro. El culpable puede ser tildado de arrogante o de insociable. Los veraneantes pasaban horas y horas en actitud de contemplación o llenando los silencios naturales del contacto humano con extenuantes intercambios verbales. Me observaban con curiosidad detrás de mi ruma de libros. Era probable que pensaran que un hotel no es el lugar que uno deba elegir para trabajar. También me ha ocurrido y supongo que la situación se repite. El mundo no ha cambiado demasiado. En Ayacucho, hace un par de décadas, me senté en el bar de un céntrico hotel a hacer unos resúmenes. Entonces, aquel era el único lugar de la ciudad en donde se gozaba de una vista envidiable de la iglesia de Santo Domingo, una de las más hermosas de la zona. Un grupo de comerciantes tomaba pisco en una mesa cercana. Me enviaron una copa de pisco, de saludo y como cortesía (así lo entendí yo, en aquella época). A los cinco minutos tenía a dos de los comerciantes sentados en mi mesa charlando –sin ambages ni preludio–, intentando flirtear e interrumpiendo mi trabajo. Cuando les pedí, gentilmente, que abandonaran la mesa para que yo pudiera continuar con mi labor, se comportaron con grosería. Uno de ellos me dijo: una mujer sola no se sienta a trabajar en un bar. Tuve que llamar al mozo para que los echara. Desde entonces siempre recuerdo la resignada lección de Voltaire: la Tierra está llena de personas que no merecen que se les hable.

Con el final de la temporada llegaba la tranquilidad verdadera, la que yo esperaba, y ya la avizoraba comenzar en la desierta explanada de arena y en un afectuoso perro que cada mañana jugueteaba a sus anchas persiguiendo a las gaviotas en la orilla.

Avanzo hacia el tramo final de la vida y ahora me sorprende lo que antes ni siquiera veía: un balneario abandonado tiene una belleza desnuda que alcanza la perfección. Sin música estridente, sin niños malévolos reclamando atención, sólo la presencia tranquila de las dos empleadas discretas del hotel, dos muchachas que fungen de recepcionistas-hoteleras-cocineras. El aire frío en la mañana y el sol radiante que aún no quema invitan a salir a dar una caminata entre las dunas y los pastizales que resbalan hacia las orillas del mar. La familia dueña del hotel mimetiza su vida doméstica con la de los huéspedes. Para todos ellos los días se deslizan felizmente como si la inquietud no existiera. La abuela es sorda y lee el periódico que llega con un día de retraso. La hija hace cuentas y se confunde con el dinero. Las operaciones aritméticas no le cuadran. Es joven, apática y plácida. No tiene las prisas de la gran ciudad. No la consume aún la codicia por los centavos. Deja en manos de las empleadas silenciosas cobrar el gasto de cada huésped. Ignora cuánto cuesta un café con leche; debe estar en la carta del menú, me contesta cuando le pregunto. El marido de la mujer se sienta en el restaurante del hotel a conversar con un inglés que bebe cerveza. Escucho que hablan de pesca. De una antigua y lejana pesca muchos años atrás, cuando no existía el balneario y la dimensión de los peces espada era el emblema más codiciado por los cazadores del mar. El mundo no existe en este hueco. Los hoteleros y sus amigos están para sí mismos y son parte del paisaje.

Las parejas y las familias fueron desapareciendo en los últimos días del verano. Las casas del balneario y algunos de los restaurantes aledaños se cerraron. Hasta los retorcidos y leñosos árboles de algarrobo que cubrían la ruta de la carretera ya habían deshojado sus últimas flores amarillas y rosadas. Los Brondi y yo nos encontrábamos inevitablemente cada día. Se levantaban temprano y a las nueve ya habían terminado de desayunar. A media mañana, invariablemente, yacían bajo el toldo del hotel frente al

mar. Ella daba largos paseos sola o se perdía entre los peñascos que coronaban el oeste de la playa. Él era el único veraneante que llevaba un grueso libro bajo el brazo como si fuera bastón. Una tarde los encontré en la bodega Mi Jesús, en la caleta de pescadores de Cancas, a quince minutos del balneario. Ella caminaba por delante, y él la seguía unos metros más atrás. Ella me saludó con afabilidad. Él tenía la cara tan pálida que parecía estar enfermo. Estuve a punto de preguntarle si se sentía mal. Arrastraba los pies y fumaba. No había en ellos la despreocupación de quienes están de vacaciones, más bien deambulaban como si hubieran llegado a Punta Sal a cumplir una tarea. Sin embargo, la señora Brondi deseaba disfrutar y se empeñaba en ello. Cada vez que me la encontraba en la terraza, ella repetía automáticamente las mismas frases. Estaba de vacaciones, hacía tiempo que no descansaba, un viaje era la única forma de liberarse del estrés y la playa era hermosa. A veces creí sentir un dejo de tristeza en sus palabras. Las cosas no marchaban bien en aquella pareja. No del lado de él, por lo menos, no con su cara agria. Una noche el intercambio entre los Brondi taladró el tabique. Discutían a viva voz.

—¿Quieres arruinarme las vacaciones ? —decía ella—. ¿No podrías ser un poco más amable conmigo?

—No sé a qué te refieres.

—Estás mudo, no hablas.

—¿Eso te molesta?

—Se suponía que habíamos venido a tener un poco de intimidad.

—¿No la tenemos? ¿No estamos todo el día juntos?

—Estamos igual que en Lima.

—De veras que no entiendo tus reclamos. En Lima te quejabas de que yo salía a las ocho de la mañana, que regresaba a las diez de la noche, que nunca me veías, pues bien, aquí me ves todo el tiempo.

—Querido, solo quiero que seamos más expresivos y cariñosos.

—Lo único que consigues es molestarme. Me aburres.

—¿Te aburro?

—¿Acaso no te das cuenta? Peleamos todo el tiempo.

A continuación era fácil imaginar a los Brondi, espalda contra espalda en un largo matrimonio en el que ya se ha dicho mucho o en el que las palabras se han acabado. Tuve la impresión de que estaban en esa fase decadente de las relaciones de pareja en la que uno de los dos ya estaba anticipando posibles salidas. Alguien me dijo una vez que en el juego humano del amor que declina sólo existe un visionario.

Llegaban las brisas frías del otoño y Schopenhauer me reclamaba. El solitario de Fráncfort desde muy temprana edad vivió inundado de amor propio. Creía que su primera obra sacudiría al mundo académico de su tiempo y tenía veinticinco años. La decepción a esa edad es amarga. Los grandes deseos presagian grandes sufrimientos y él tenía las condiciones. Me encontraba finalizando el esbozo del ensayo, cuando apareció la segunda pareja. Primero fue la mujer joven, algo regordeta, no más de treinta años, de largo y sedoso cabello negro atado en una cola de caballo. No era ni bonita ni fea, aunque sus ojos aterciopelados alegraban un rostro vivaz al que la indulgente belleza de la edad le había prestado temporalmente un poco de gracia. *No es lo que me imaginé*, dijo ella, señalando despectivamente la puerta de la habitación abierta. La acompañaba un hombre que le doblaba la edad y de quien luego escuché a las empleadas-hoteleras-cocineras llamarlo el Profesor, con reverencia. De cabello cano, alto y delgado, andaba con esa parsimonia que sólo he observado en mis congéneres, los que ya estamos más allá de las temeridades de este mundo. La cordialidad de la voz del hombre dirigiéndose a la mujer parecía la de un padre hacia una hija caprichosa. Ambos me hicieron un saludo breve y formal y luego desaparecieron por los pasillos del hotel sin prestarme mayor atención.

En la noche, el cuarteto de los Brondi, el Profesor y su mujer, cenaban en el restaurante en una atmósfera de familiaridad. No

sé si fue porque yo estaba sentada justo en frente del señor Brondi o porque la penumbra del ambiente impedía distinguir los demás rostros. El caso es que descubrí, súbitamente, a un señor Brondi auténticamente arrobado. La mujer del Profesor concentraba su completa atención.

Hice esfuerzos por no distraer mi trabajo y evitar dejarme ganar por el curioseo que me provocaban mis, ahora, únicos vecinos del hotel. Sho, sin embargo –revisaba su *Arte de ser feliz*–, me estimulaba. Me empujaba a la filosofía práctica. ¿No había sido él acaso un precursor de la divulgación filosófica? ¿Había banalidad en ello? Sus tiesos detractores así lo afirman. Yo no les creo porque soy absolutamente fiel al espíritu educativo de la filosofía clásica. Ya no tengo edad para creer en demasiadas cosas. Y ellos, mis vecinos, estaban ahí revelándome las verdades continuamente olvidadas del viejo orden filosófico, por lo que observarlos era un delicioso ejercicio práctico. Los Brondi y la joven esposa tomaban el desayuno. Decidían entre un *omelette* de queso, ensalada de frutas o simples panes con mantequilla. El Profesor se incorporó a la mesa poco después. Tenía la piel demasiado blanca y el cuerpo demasiado blando para ese grupo tan adecuadamente duro y bronceado en el escenario del balneario tropical. El Profesor podría estar vestido con terno y corbata ante un auditorio. Ante un aula universitaria. No pertenecía a la postal veraniega a la que acababa de llegar. Sin embargo, se sentó con ellos imponiendo la seguridad del que prescinde de los decorados externos. Lo escuché referirse a una pequeña pero constante lumbalgia. Supe que, debido a ella, el Profesor y su mujer habían arribado en avión a Tumbes y no en ómnibus como los Brondi. El comentario del problema de salud despertó palabras tiernas de la señora Brondi. Sus ansias protectoras se encargaron de seleccionar lo más idóneo

para el estómago del Profesor. Un desayuno simple, un Continental. La propuesta sonrojó levemente al Profesor quien pareció ofrecer con voz grave una débil resistencia; él se inclinaba por la ensalada de frutas con miel. Por lo visto, los cuatro se conocían hacía tiempo, hablaban de amigos, situaciones y lugares comunes. Se distinguía la voz aguda y cantarina –la reconocía casi todas las noches detrás del tabique– de la señora Brondi, y el tono grave y nítido del Profesor. Supuse que debía tener una voz muy agradable por teléfono. Su dicción era de una limpieza intachable.

El cuarteto se dejó seducir por la carta del hotel. En un universo cerrado no hay nada más gregario que el horario de comida. En las mañanas formaban un grupo diferente de la playa, acompañados de libros y sombrillas. Cargaban invariablemente una silla destinada al Profesor, quien, a diferencia del resto, solía estar semivestido con una camisa y la ropa de baño. Su mujer era la más activa del grupo. Cambiaba diariamente sus bikinis de colores, paseaba por la playa, hacía huecos en la arena con los escasos niños que aún quedaban en el balneario, correteaba detrás de los pelícanos que aterrizaban en la orilla, regresaba al toldo, daba vueltas o se estiraba sobre la arena exhibiendo su cuerpo dorado y prieto con inocultable satisfacción.

La escasa motivación que me producía mi manuscrito se iba incrementando a la par de la irritación de Schopenhauer con la Academia de la Universidad de Berlín. Sólo a él, siendo un imberbe docente no numerario, se le podría haber ocurrido plantear el horario de su curso, paralelo al que llevaba Friedrich Hegel. Por supuesto que su clase estaba vacía mientras que la de Hegel desbordaba de oyentes. Casi inmediatamente tuvo que abandonar, devastado, la docencia. Andaba yo en esas, acompañando la soledad de Sho, cuando un día, a la hora en que el sol quemaba ardientemente la arena, la mujer del Profesor se sentó en una silla cercana a mi mesa en la terraza. Llevaba un diminuto bikini amarillo y estaba sudorosa. ¿Sabía yo cómo evitar las

rayas?, me preguntó con mirada huidiza. Se quejó del pegajoso calor que había en los dormitorios, era una lástima que ni siquiera hubiera un ventilador. Ella había pensado que se alojarían en alguna cabaña, de esas que tenían televisión y bar, como en los otros hoteles del balneario. Y por las noches, ¿había visto yo la cantidad de mosquitos y polillas en el ambiente? Pasaba de un tema a otro. Su interés era volátil como la espuma. Era un balneario bonito, dijo *bonito* casi con desagrado. Ella hubiera preferido algo con más movimiento, con más playas, con mucha gente y discotecas, le gustaba Máncora. Me miró fijamente: ¿qué hacía yo, a qué me dedicaba? Le comenté el propósito de mi viaje y el ensayo que estaba elaborando.

—Claro que conozco a ese filósofo, lo estudié en la universidad, le encantaba a un amigo que me andaba enamorando. Era un cascarrabias, ¿no?

—En cierta forma se podría decir que sí.

—Me acuerdo —rió— que echó por las escaleras a una costurerita a quien hirió en el brazo y ella le metió un juicio, y al final el viejo tuvo que pagarle las costas del juicio y una indemnización a la costurerita.

—Es un episodio conocido.

—Era una vieja chismosa por lo que también recuerdo y el hombre escribió después algo desagradable sobre la mujer.

—*Obit anus, abit onus.*

—¿Qué?

—Muerta la vieja, se acaba la carga, eso fue lo que escribió en la partida de defunción.

—Qué chistoso. Algo de eso se me quedó grabado. Era un caso —exclamó distraídamente.

—También despreciaba a las mujeres. ¿Le interesa la filosofía?

—No mucho —se alzó de hombros—, era un curso obligatorio en la universidad. Dice usted que ese pez, la raya ¿es inofensiva?

—Responde sólo cuando cree que es atacada.

—Como la gente —rió, luego se puso un poco seria.

—¿La gente?

—Quiero decir, todos, ¿no? ¿Cómo ataca?

—Tiene una especie de aguijón que clava en el pie de la víctima.

—Debe doler horrible —agregó con cara de asco.

—Dicen que el dolor es exquisito.

—Encima eso, venir a este desierto lleno de rayas.

—¿No le gusta la playa?

—Más o menos —señaló con semblante desvaído—. Este es un lugar… un lugar, no sé, para gente más tranquila, mayor —añadió mirándome de pronto, a la vez que ensayaba una falsa sonrisa—. Quiero decir que en Máncora hay más animación, pasan cosas, no sé cómo explicarle, esto no es lo que me imaginaba, este es un balneario… en fin.

Para viejos, deduje. Por unos segundos me inundaron ráfagas de fantasías respecto a las imágenes abismales entre el Profesor y su esposa. ¿Qué hacían juntos ese par tan disonante? Le indiqué a la mujer cómo debería ingresar a la playa, arrastrando los pies sobre la arena. Generalmente las rayas estaban a ras del piso, en las orillas y en el fondo del mar; y su color se confundía con él. Pero ella ya no me escuchaba. Atisbaba la playa que se extendía ante nuestros ojos donde más abajo, a escasos metros, el señor Brondi se soleaba con el cuerpo relajado y abandonado sobre las toallas. Un par de horas más tarde vi a la esposa del Profesor con el señor Brondi. Por primera vez escuché las sonoras carcajadas del señor Brondi. No divisé a sus respectivos consortes. La señora Brondi debía estar resolviendo asuntos operativos: arreglando alguna cortina descolgada, ordenando la ropa o haciendo cuentas de los gastos. El Profesor estaría envuelto en especulaciones académicas o durmiendo. Fue entonces que pensé que la joven esposa ya había encontrado la animación que buscaba. Y el señor Brondi, bueno, el señor Brondi necesitaba reír un poco.

Más tarde la silueta del Profesor caminaba en la orilla del mar, bañada por la luz dorada del crepúsculo. Iba ensimismado, con la cabeza erguida y la estatura de un venerable caballero marchando entre bandadas de gaviotas y pájaros marinos. Su soledad me despertó una pequeña añoranza. Mientras tanto, ¿dónde estaría su agitada esposa? Poco después escuché que alguien subía penosamente las escaleras hasta la terraza. La señora Brondi había ido al pueblo de Cancas a comprar un par de botellas de vino y maní. Transpiraba.

—Disculpe —dijo ella, apoyándose en una de las sillas alrededor de mi mesa—. ¿La interrumpo?

—Oh, no —contesté.

—Estoy tan cansada, traté de regresar a pie, pero no pude. Al final tuve que tomar un taxi. No me imaginé que el hotel estaba tan lejos.

Vista de cerca, una alarmante estrella de arrugas bordeaba sus ojos y avanzaba peligrosamente hacia las sienes. Me pregunté si ella era naturalmente así o las vacaciones la estaban envejeciendo prematuramente. Comentó que me había visto bañarme en la madrugada. "Oh, usted lo hacía con tanto gusto", dijo, casi con envidia. "Ah, sí", respondí, "a esa hora el mar aún estaba frío y a una buena temperatura para hacer ejercicios". Me explicó que había tenido que ir hasta el pueblo en busca del maní que le encantaba a su esposo. La mujer tenía deseos de hablar y sé que mi cabello blanco despierta una confianza casi virtuosa en otras mujeres, así que esbocé una sonrisa hospitalaria. Lo cierto es que en ese momento la señora Brondi resultaba más estimulante que las peleas entre el joven Sho y su madre. Ya había llegado al punto de las conflictivas relaciones entre la atractiva viuda Schopenhauer y su hijo, un muchacho demasiado rebelde y celosillo

con los pretendientes que la visitaban. Tres horas seguidas con Sho eran más que suficientes.

Supe que los Brondi llevaban más de veinte años de casados y sus dos hijos ya eran mayores y vivían fuera de casa. Después de muchos años de no viajar juntos, el señor Brondi había decidido hacerlo para celebrar su aniversario de bodas. En el estudio donde trabajaba, un compañero le había hablado maravillas de los balnearios del norte. Ahora sin embargo, ella estaba arrepentida. Comentó desanimada que quizás hubiera sido mejor ir a una ciudad de provincias, donde se pudiera pasear en grupos turísticos y descubrir lugares históricos.

—¿Querían pasárselo bien, no? Tal vez una segunda luna de miel —dije. Su rostro era tan infeliz que pensé que sería mejor evitar rodeos.

—Así lo creí —respondió, y se quedó en silencio.

Ella dudaba. Traducir sus sentimientos en palabras probablemente implicaba reconocer una derrota aún no aceptada.

—Él se aburre —afirmó—. ¿Usted es casada?

—Estuve casada dos veces.

—Entonces debe saber de qué hablo. Lo veo de pronto como un desconocido.

Le tendí un puente con la sinceridad que tal vez puede ofrecer una desconocida.

—¿En qué sentido? —pregunté.

Todo había empezado meses atrás, cuando una mañana se despertó y no encontró a su marido en la cama. Se desconcertó luego al verlo vestido con un buzo correteando en la calle. Su marido nunca había hecho deporte, no le gustaba y alegaba que no tenía tiempo. Ahora no sólo hacía deporte regularmente, sino que rechazaba las frituras, las harinas y los pastelillos de crema que siempre habían sido su predilección. Luego ella descubrió unos frascos de tabletas para la ansiedad que él tenía guardados en uno de los cajones de la cómoda del dormitorio, como si

tomara las tabletas a escondidas. Eso le llamó aun más la atención. Comenzó a contarlas diariamente y determinó que él tomaba tres pastillas al día. Y él no le había comentado nada. Entonces supuso que su marido estaba en problemas. Quizás tenía demasiado trabajo. O tendría deudas. Sin embargo, las cuentas y los presupuestos domésticos parecían estar bien, o por lo menos ella no percibía cambios notables.

—¿No le preguntó qué era lo que sucedía? —inquirí.

—No, fue una tontería no hacerlo. Me imaginé que si no me lo decía era por algo. He actuado como una tonta, ¿no?

—Si no le pregunta, no tiene cómo saberlo.

—No sé qué decirle, tiene razón, en realidad es absurdo —dijo.

No, ella no quería ver la verdad. Es muy difícil para la gente abandonar sus cadenas.

—Hace mucho tiempo que él y yo no estábamos solos fuera de casa —agregó— y ahora que estamos aquí, la situación no ha variado. Casi no habla conmigo.

—Sí, tal vez necesitan un respiro —comenté. Aunque no era muy difícil suponer que ya estaban afixiados.

—Nos falta un poco de emoción, y todo aquí es de una quietud que me estremece.

—Pero la quietud también puede ser conveniente —dije—, una puede pensar, se concentra mejor.

—Y sin embargo, no espero nada mejor de él —exclamó, sin escucharme—. Es lo único que tengo, no sabría qué hacer estando sola.

—¿Por qué lo dice? ¿Acaso ha pensado en separarse?

—No, no —contestó casi aterrada.

—Entonces quizás sea una crisis pasajera.

—Es terrible —exclamó—, pero no podría separarme de él. A pesar de todo esto, aun a pesar de todo, nunca encontraría a otra persona con quien me sienta igual de cómoda.

Hubiera querido decirle que ningún amor era cómodo y que

sólo lo hallaría si fuera capaz de aceptarlo, pero no me atreví. A mi edad una ya está lejos de los sueños y tal vez más cerca de la verdad, entonces puede ser más fácil comprender.

—Y no tengo fuerzas para luchar —agregó—. Aunque ya veremos, tal vez, como usted dice, solo es una crisis pasajera entre él y yo.

O quizás ya era demasiado tarde. Si ella no luchaba estaba perdida. Y si luchaba no ganaría gran cosa, a lo mejor recuperaría los restos, pequeños escombros de compañía malquerida o migajas de compasión.

—Es usted joven —respondí simplemente.

Ella se alzó de hombros con resignación. Comentó que más tarde se irían con el Profesor y su esposa a tomar unos tragos y a bailar a una discoteca de los hoteles cercanos. ¿Conocía yo alguno recomendable? No, yo no había ido a ninguno. "¿No hay mucho que hacer por aquí, verdad?", dijo antes de entrar a su habitación. Más que una pregunta, parecía una desengañada constatación. "Tal vez", respondí, "pero pueden darse una vuelta por Máncora o Puerto Pizarro". Al cabo de unos minutos volvió a salir de la habitación. ¿Había visto a su marido? No, señalé. Hizo un gesto de desaliento y cerró la puerta. No, no lo había visto, pero podía imaginarme con quién estaba. Ya en su pieza, la señora Brondi podría continuar con uno u otro detalle doméstico útil: quizás ajustar alguna maleta o llevar la ropa sucia a la lavandería del hotel.

A lo lejos, en medio de un cielo azul y medio ceniciento, la imagen del Profesor se había reducido a una mancha negra que se iba disolviendo en el horizonte. Horas más tarde reapareció en el descanso del primer piso aledaño al restaurante donde me encontraba trabajando. Me echó una mirada amistosa que dejó caer con simpatía sobre los libros esparcidos sobre la mesa. Abrió la boca y pensé que iba a decirme algo pero sólo escuché la voz de su mujer. ¿Dónde has dejado mis cigarrillos? Estaba envuelta en un chal color vino, maquillada y exuberante, con una escotada

blusita de hilo que dejaba ver el nacimiento de sus pechos. Sería mejor que no fumaras tanto, respondió el Profesor. No seas pesado, ah, aquí están, dijo ella revolviendo dentro de su cartera. A los pocos minutos ya estaban las dos parejas en una de las mesas bebiendo vino. El Profesor sonreía vagamente. Su mujer balanceaba voluptuosamente su copa en la mano y contaba, divertida, el paseo que había hecho esa tarde por las callejuelas y los pedregales a pocos kilómetros del hotel. Era indudable que al señor Brondi le resultaba excitante la descripción que ella hacía de cualquier cosa, de las piedras y los cañaverales, del polvo, los algarrobos y los perros guardianes que pululaban por las esquinas del balneario ladrando furiosamente. La mujer pasó luego a comentar un artículo de Vargas Llosa publicado recientemente en una revista.

—¿El de Wittgenstein? —preguntó el Profesor.

—No, el de Máncora —le respondió su esposa.

—Es de Wittgenstein.

—Es sobre Máncora y no me gusta que me corrijas, el título del artículo es *Wittgenstein en Máncora*, pero el tema es Máncora —acentuó ella—. ¿O no?

—Sí, supongo que sí —exclamó él con incomodidad.

—Ese es el sitio donde yo quería estar, y no Punta Sal.

—Haberlo sabido antes —dijo él.

—Estoy segura de que Máncora no te hubiera gustado para nada, dirías que es demasiado ruidoso —continuó ella.

—Si tú querías ir ahí, hubiéramos ido —dijo el Profesor, y la miró con con ojos tristes—. ¿Por qué no me lo dijiste? —preguntó.

—¿Para qué?

La señora Brondi avisó que ya era tarde y que a ella le gustaría ir a bailar. "¿No te provoca, querido?", dijo, mirando a su marido. El hombre no contestó. "¿Vamos?", insistió ella. "Claro", respondió él. Y a continuación cayó un silencio tan duro como un bloque de hielo entre los cuatro. Cuando se marchaban alcancé a oír a la señora Brondi decirle al marido, *no sé qué te provoca hacer, exactamente*. El *exactamente* permaneció rasgando el aire. Recordé el verso de Octavio Paz:

Las palabras son inciertas
y dicen cosas inciertas.
Pero digan esto o aquello,
nos dicen.

Unos días después la temperatura ya había bajado ostensiblemente y la costa permanecía cubierta de brumas grises. Yo estaba batallando contra una nube de mosquitos que alteraban la serenidad de la mañana, cuando llegó una turba de ingleses de diferentes edades, de ese tipo de turistas a los que les han vendido la idea de que hacer turismo al estilo *homeless* es regresar a la naturaleza. En media hora armaron una docena de carpas al lado del hotel. Cuadriláteros diminutos de telas grises, regularmente precarios, colocados uno al lado del otro. En pocos minutos, sobre las tiendas colgaban ropas de baño, toallas, sábanas y algún pantalón. Los ingleses tomaron por asalto al hotel durante las horas siguientes. La mayoría de ellos eran de una blancura nívea, pero había unos cuantos con piel de tomate, por lo que deduje que llegaban de itinerario desde otra ciudad tropical de la frontera. Las dos muchachas hoteleras-recepcionistas-cocineras los atendían solícitas. Viajaban entre la cocina y el restaurante, llevando bandejas, platos y cucharas. La dueña, en medio de bostezos, me comentó que los ingleses llegaban del Ecuador y que estarían dos días en la playa. Eran sus últimos huéspedes de la temporada veraniega. Tenía un acuerdo con una compañía de turismo que

hacía itinerarios para sus clientes por la costa de la región una vez al año, por lo que el hotel les alquilaba un par de baños del primer piso y les preparaba las tres comidas del día. Las vendedoras de collares no tardaron en aparecer derramando sonrisas y simpatía. Su natural molicie les daba un aire más cercano a unas visitantes curiosas que a comerciantes. Rápidamente los corales y las piedras opalinas duplicaron sus precios y los caballitos de mar y los caracoles se disputaron de mano en mano.

Desde entonces los ingleses comieron en el restaurante, enjuagaron sus ropas en bateas colocadas en las terrazas, durmieron en las tumbonas sobre la arena e incursionaron por la cocina comprando botellas de agua, gaseosas y frutas. Oscilaban entre estar sentados, concentrados leyendo durante horas sendos libros, y en nadar en las olas del mar que seguía tan manso como en los mejores días del verano, aunque ya se sentían algunas corrientes de agua helada. Por las noches abandonaban sus libros, cantaban y pedían a la dueña del hotel que les pusiera música caribeña. Ensayaban algunos torpes pasos de baile en medio de un jolgorio de risas y voces arrebatadas por el alcohol. La noche del segundo día de su llegada se hizo insoportable gracias a la fiesta de despedida que armaron con música chillona y concursos de baile que no dejaban resquicio por ningún lugar. Hui del hotel y me desquité cenando con gula en un establecimiento cercano, un copioso plato de camarones con especies que repetí y que agotó mis reservas corporales de agua. En la madrugada me asaltó una sed avasalladora. Rebusqué entre mis provisiones y no tenía una sola gota de líquido, ni siquiera vino. Me asomé a la terraza con la expectativa de encontrar todavía a las empleadas limpiando los desarreglos de los *homeless*, pero el primer piso del hotel ya estaba a oscuras. Abajo, en el restaurante, en medio del silencio, escuché ruidos apagados. Bajé para comprar unas botellas de agua pero me tropecé con las puertas de la cocina cerradas. A unos metros de mí, semiocultas tras una tarima de caña, dos sombras

en movimiento se entrelazaban besándose ardorosamente. Reconocí inmediatamente el cabello largo de la esposa del Profesor y el cuerpo musculoso del señor Brondi. Me escabullí de regreso hacia la escalera con el mayor sigilo posible y me resigné a tomar el agua insalubre que me proporcionaba el caño del baño de mi habitación. El cuarteto había llegado a la cima del clímax o en todo caso se deslizaban por una amplia meseta. ¿Desde hacía cuánto tiempo? Supuse que desde antes de haber llegado al hotel.

Dos días después encontré al cuarteto en el pueblo. No los había visto en el interín y de alguna manera es posible que hubiera comenzado a extrañarlos. También extrañaba al perro que retozaba en la playa pero que ahora ya no encontraba. Ellos estaban donde casi todo el pueblo se había congregado, en el malecón, recibiendo a un grupo de pescadores a quienes se había dado por perdidos en el mar. Uno de ellos yacía muerto sobre la tierra cubierto con una manta descolorida. Una mano blanquecina, casi transparente, sobresalía de ella, mostrando los dedos suplicantes y tiesos de los cadáveres insepultos. Un niño lloraba desconsoladamente abrazado a las faldas de su madre que mantenía una expresión ciega y vacía.

—Se ahogó al tratar de salvar a su hijo —me dijo el Profesor, y me señaló a un muchacho encorvado de unos veinte años, de cabello alborotado y seco, con ojos aturdidos, medio desorientado en el grupo de cinco pescadores que eran recibidos con abrazos y lágrimas por las familias.

—Llevará ese dolor toda la vida —exclamó lúgubremente el señor Brondi.

—Es un chico, le pasará —comentó su mujer—. La gente joven se olvida del dolor más rápido que nosotros.

—Eso no tiene nada que ver con la juventud —respondió él.

—Oh, ellos son menos complicados que nosotros —afirmó ella.

—Pobre hombre —continuó el señor Brondi dirigiéndose a mí—, estuvieron perdidos casi seis días, sin alimentos.

—¿Sin alimentos? —terció la mujer del Profesor abriendo sus enormes ojos con sorpresa.

—Estos pescadores van con la alimentación justa para no llevar mucha carga —continuó el señor Brondi, suavizando la expresión de su rostro mientras le hablaba a la mujer del Profesor—, incluso salen al mar con el motor en mal estado de mantenimiento, a veces se les acaba el petróleo en plena faena.

—Será porque son pobres —intervino la señora Brondi— porque no es muy sensato eso de salir con pocos alimentos cuando se pueden quedar varados en alta mar.

—Los pescadores saben muy bien qué hacer y cómo hacerlo —siguió el señor Brondi sin desprenderse de los ojos abiertos de la mujer del Profesor—, es un oficio riesgoso.

—Es horrible —exclamó ella, volviendo la cara hacia un lado—. Es la primera vez que veo a un ahogado.

El señor Brondi se apartó con ella y continuó describiéndole pacientemente con voz queda las duras condiciones del oficio de pesca. La señora Brondi y yo los seguimos a pocos metros, dirigiéndonos hacia el muelle. Soplaba un vientecillo fresco, ligero, impregnado del olor salobre del mar y de la muerte, un olor putrefacto, medio dulzón. Atrás, al lado de la gente, la alta figura del Profesor, inmóvil, continuaba con la vista quieta sobre el cadáver del pescador.

—¿Qué tal las discotecas? ¿Se divirtieron el otro día? —le pregunté a la señora Brondi.

—¿Cuándo? Ah, sí, sí, un poco —respondió con expresión sombría—. Es que hace días me persigue el dolor de cabeza, creo que me he expuesto muchas horas al sol.

De vez en cuando echaba miradas rápidas y ansiosas hacia la parejita que iba delante de nosotros y cada vez más lejos.

—No me siento bien —dijo ella, vacilante—. Estoy tensa, no es normal. No puede ser que en plenas vacaciones de aniversario mi cuello siga tan rígido como cuando estoy en casa —dicho

esto, se colocó una mano en la parte posterior del cuello y ladeó la cabeza de un lado al otro—. Lo noto con facilidad, es una dureza que comienza en la base de la nuca —continuó—. Yo pensaba que venir a la playa y no hacer nada sería suficiente para descansar.

—Quizás cuatro personas son demasiadas personas —dije, interpretando su tensión del cuello.

—¿Lo dice por ellos? —exclamó ella, señalando a la parejita que ya estaba en la punta del muelle, a varios metros de distancia de nosotras—. Oh, no, los conocemos hace veinte años, quiero decir, a él. Ella era su alumna, tiene la edad de mi hija. Nos llevamos bastante bien. Mi marido fue docente en la misma universidad donde él enseña, y desde hace un mes ella ha entrado a trabajar en el estudio como asistente en mercadeo.

—¿Cuál estudio?

—Donde trabaja mi marido, ella no llegó a terminar la universidad, se casó y la dejó, pero luego hizo algunos cursos en un instituto —se dio media vuelta hacia el malecón, donde estaba el Profesor—. Oh, lo hemos dejado solo a él. Será mejor que regresemos —dijo—. Voy a llamarlos a ellos —exclamó, señalando a la parejita—. Además mi marido está desabrigado y está haciendo mucho frío.

Regresé hacia el pueblo en sentido contrario al de ella. La señora Brondi se alejaba con paso nervioso sin reparar en que algunos tablones del muelle estaban sueltos o simplemente habían desaparecido, lo que hacía que sus rápidos movimientos resultaran un poco riesgosos. Viéndola tan apurada, pensé que se estaba dando demasiada prisa para darle el encuentro a la parejita. ¿Sospechaba algo? Tuve ganas de acompañarla pero no lo hice. En semejantes circunstancias nadie es buena compañía.

—Creo que ya debemos volver —le dije al Profesor al llegar a su lado—. Son las siete y media y el camino hacia el balneario no está iluminado.

—Podemos ir en una mototaxi.

—Sí, la noche nos puede pescar en cualquier momento.

Aspiré su agradable olor a colonia. Bajamos por el pueblo entre las hileras de viviendas uniformes con techos de calamina oxidada y paredes descascaradas. A nuestro paso las mujeres sentadas en las puertas de sus casas se abanicaban con apatía, los hombres remendaban sus largas redes en los malecones o bebían aguardiente en las cantinas y más allá, en la plaza, los niños descalzos correteaban levantando nubes de polvo entre grupos de muchachas y muchachos. Cada sección de la especie humana distribuida según edad, sexo y actividad.

—¿Lo casual es causal? —me dijo él súbitamente. Lo miré desconcertada, mientras él añadía—: ¿No es lo que dice Schopenhauer? Mi mujer me comentó que usted estaba haciendo un trabajo sobre él.

—Ah, sí, claro.

Su mirada era distante.

—¿Y usted qué cree? —pregunté.

—Lo tomo como un detalle histórico. Ya sabemos lo mismo gracias al psicoanálisis. Es tan simple y tan obvio, ¿no le parece?

—No, no creo que sea tan obvio para todos —continué, y sin darme cuenta, no pude dejar de reparar en el trío que se nos acercaba. La señora Brondi seguía a la parejita, detrás, a una gran distancia. Creí percibir una brevísima perturbación en la cara del Profesor cuando los divisó.

—Esos pescadores —recordó el Profesor—. Qué situación dramática para un padre y un hijo. Esos últimos minutos que pasó el padre, sin saber si su hijo se salvaría, o si él mismo sobreviviría. La muerte pudo habérselo llevado antes de que tuviera una respuesta.

—¿Usted tiene hijos?

—No, no —declaró—, soy demasiado viejo.

—¿Por qué? Tiene usted una esposa joven.

Me respondió con una sonrisa fría. Nos detuvimos al lado de una hilera de mototaxis. El Profesor me dio galantemente el brazo para que me apoyara en él al subir a uno de ellos.

—Vayan ustedes ahí —indicó la mujer del Profesor a nuestras espaldas—. Nosotros los seguiremos en el otro mototaxi.

Sin darme cuenta de qué había pasado, me vi al lado del Profesor y en el otro extremo, incrustada en el asiento, a la señora Brondi más marchita que nunca. La otra parejita ya estaba trepada en el siguiente vehículo. Mientras me acurrucaba en mi sitio atisbé el semblante del Profesor. Estaba pétreo. No cruzamos palabra durante el viaje.

Esa noche trabajé en mi habitación hasta entrada la madrugada. Había encontrado un hilo conductor que organizaba mis reflexiones y ya era posible imaginar el final del manuscrito. Conforme pasaron las horas, una oleada de calor invadió el cuarto. Salí, encendí la luz de la terraza y coloqué mis libros sobre la mesa mientras me servía una copa de vino. Fue entonces cuando distinguí una sombra sentada en una esquina. Era el Profesor envuelto en una sábana.

—¿Tiene frío? —pregunté, entre sorprendida y extrañada. Quizás llevaba horas ahí.

—Me desvelé —respondió con su acostumbrada gentileza.

—¿Quiere? —señalé el vino. El hombre aceptó. Regresé al dormitorio y busqué otra copa, pero sólo encontré un vaso—. Disculpe —le dije—, le serviré aquí, no tengo sino este vaso —tras lo cual agregué, mientras servía el vino—, me asusté cuando vi su sombra.

—Bueno, tal vez sea verdad que las almas son sombras.

—Por la noche se ven mejor.

—Eso creo —afirmó con pesadumbre—. Estaba pensando en el sueño, los sueños; no recuerdo mis sueños.

—Yo tampoco. Alguna vez leí que generalmente la gente no los recuerda.

—Justamente estaba pensando en lo que pasa en otros lugares, pensaba en un pueblo de China, los nakhi. Se comunican con los espíritus de los muertos en un trance semejante al sueño,

cuando hay una grave crisis familiar o cuando alguien se va a morir, ¿sabe? Lo hacen en plena noche, cuando todos duermen. Pueden leer el futuro y creen en las predicciones, las consideran infalibles. En esa región se puede conversar con los difuntos en los sueños, porque la gente cree.

Había algo inaccesible en él, en su voz, la expresión de su rostro y sus movimientos. Algo que lo separaba de todo.

—La gente siempre quiere encontrar un oráculo —dijo.

—Bueno, para eso están los astrólogos, los sensitivos.

—Sí, pero a veces uno tiene algo de oráculo.

—A veces.

Nos servimos otra ronda de vino. Continuó con los nakhi y luego pasó a la muerte del pescador. Terminamos sin mucho esfuerzo una segunda botella de vino y abrimos la tercera. Creo que fue el efecto del alcohol, pero dijo algo así como que los muertos ya no estaban en su sitio, en el cuadro correspondiente; que por alguna razón ahora deambulaban en el mundo de los vivos. Pasó luego a hacer algunas confesiones. Me contó que hubo épocas en que él dormía mucho, cuando quedó viudo, veinte años atrás. Entonces estaba deprimido y no podía imaginar su futuro. Y ahora los fantasmas regresaban de nuevo.

—Me refiero a mi esposa, su muerte fue una experiencia extremadamente dolorosa.

—Se ha casado de nuevo.

—Sí, pero el tiempo es implacable. No perdona.

Calló. Al cabo de unos minutos, dijo: también hay culturas en las que no se habla del amor, no hay palabras para la ilusión o las mentiras.

Se le veía más relajado.

—Hay edades en las que uno ya no desea pasar por una segunda depresión, ya no hay tiempo —siguió, apurando los restos del vino—. Pero tampoco se puede evitar, uno no puede hacer nada. Sólo esperar.

Seguimos bebiendo un par de rondas más. Luego se levantó y dobló la sábana en su brazo.

—Le agradezco mucho su compañía —dijo.

Lo vi como si lo conociera desde mucho tiempo atrás, como alguien que cree que sólo le quedan el día siguiente y la tristeza. Pero ya era tarde y teníamos sueño. Se despidió y se marchó. Yo me quedé todavía unos minutos más. Hubiera querido ayudarlo a descifrar el lenguaje del destino, que él parecía estar tratando de desentrañar, pero quizás estaba demasiado lleno de soledad para entender.

La habitación en penumbra y mi desidia en consultar el reloj engañaban mis cálculos del tiempo. Leí un rato en la cama y al levantarme para tomar el desayuno ya era mediodía. Los *homeless* ya se habían marchado con sus carpas y bultos, las vendedoras de collares se habían esfumado y la playa volvía a su apacible estado original. El cuarteto almorzaba en el restaurante. La señora Brondi se quejaba de los caprichosos cambios de clima, de las oscilaciones entre el calor húmedo y el frío gélido. Eran demasiados días de vacaciones, deberían adelantar el regreso, decía. El marido, en cambio, no parecía muy entusiasmado con la idea. El Profesor dijo que le aguardaban algunos compromisos, un libro por terminar, y algunas decisiones que tenía que tomar el Comité de Becas de la universidad. Su esposa objetó que aunque no le gustaba especialmente el lugar, tampoco encontraba razones para regresar tan rápido al tedio de Lima. Pensé que el Profesor diría algo. Sólo se llevó con tranquilidad un pedazo de pez mero a la boca, como si ya supiera lo infeliz que resultaba regresar al tedio de Lima. Su mujer se levantó y en un gesto conciliatorio lo abrazó y le dio unas palmaditas en la espalda, semejantes a las que se dan a una mascota. Mientras tomas tu siesta, dijo, voy a dar una caminata para bajar la pesadez del

almuerzo. Se disgregaron. El señor Brondi estiró los brazos, bostezó y se dirigió hacia el toldo de la playa. Su esposa se levantó también e hizo el gesto de seguirlo, pero luego se detuvo en seco. Compraré unas botellas de agua, exclamó, dirigiéndose hacia el mostrador del hotel. Regresó al cabo de unos minutos.

—Solo encontré envases de medio litro y cuestan el doble que en el pueblo —protestó.

—¿Usted no se baña? —me preguntó.

—Me falta poco para terminar mi trabajo.

—¿La acompaño?

—Por supuesto, siéntese.

—El otro día que conversamos, creo que estuve un poco exagerada.

—¿Ah, sí? ¿Por qué?

—Le hablé de mi marido y de mí; en realidad, no estamos tan mal como le dije, no es que estemos en una crisis terrible. Hay dificultades normales, nada más. Él ha estado molesto en estos días porque no le gusta mucho el hotel, faltan algunas cosas, él hubiera preferido un alojamiento más formal, que tuviera servicio nocturno; es de los que les gusta tomar un café a medianoche y aquí no se puede pedir nada después de las doce… ¿qué hace? —dijo repentinamente, mirando hacia la playa. Su marido nadaba detrás del oleaje, a unos diez metros de la orilla—. Dijo que se iba a dormir y ahora se está bañando.

Lo contempló durante unos minutos. La esposa del Profesor había terminado su caminata y ya estaba a pocos metros de él con el agua hasta la cintura.

—Y usted, ¿no quiere bañarse? A esta hora el agua está deliciosa —le dije.

—No, no me apetece.

La dejé. Tres horas más tarde observé que continuaba sentada en el mismo lugar, inmóvil, rodeada de mesas y sillas. No había nadie más ahí ni en la playa.

Esa noche los Brondi volvieron a hacerse sentir a través del tabique. "Fumas demasiado", decía ella, "seguro que ya estás en dos cajetillas al día". "Eres exagerada, desde hace años fumo igual". "No, mientes, además me has convertido en fumadora pasiva. Eso me hace daño a mí también, querido, ¿no te das cuenta? Ahora acabas de encender otro cigarro y ni siquiera has apagado el anterior". "Está apagado". "No, no lo está, mira, humea". "¿Qué más da?, fumaré el último". "Espero que de verdad lo sea, porque en cualquier momento te puede dar un cáncer al pulmón". "No hay ningún cáncer en mi familia", anotó él. "Tú puedes ser el primero". "Por favor, no me tortures ahora con el cáncer de pulmón", protestó él. "Es que me moriría si te pasara algo". "¿Y por qué?". "¿Cómo que por qué? Porque no lo soportaría", gimoteó ella, "no sabría qué hacer". "Ah, encontrarías otra pareja", repuso él. "¿Qué dices? ¿Cómo puedes decir eso tan tranquilamente?". "Vamos, no somos tan indispensables", aseguró él. "Para mí nadie sería como tú, claro que eres indispensable, no lo soportaría", replicó ella con voz temblorosa, "y ahora me dices que no somos indispensables, ¿cómo puedes hablar así? No, no me toques", continuó ella, lloriqueando. Su llanto se hizo más imperceptible y luego cesó. Poco después, él roncaba acompasadamente. Me imaginé que ella, en cambio, debía estar con los ojos abiertos.

—Lo único que me faltaba —dijo la señora Brondi señalando su pie—. Me regreso a Lima.

Estaba recostada en una de las tumbonas de la terraza, con un pie tan hinchado y vendado que no se podía deducir si su colosal tamaño era producto de la inflamación o de las manos de una celosa enfermera que había decidido triplicar su volumen con un minucioso vendaje. En la primera hora de la mañana había sufrido una picadura de raya. La llevaron al Centro de

Salud de Cancas donde le extrajeron el aguijón del pez y la dieron calmantes para el dolor.

—Deberían habérnoslo advertido —continuó, con semblante adolorido—. Si hubiera visto el tamaño del corte que me hizo el animal y la cantidad de sangre que apareció en el agua, fue increíble. En el momento no sentí casi nada, sólo una picadura rápida, pero cuando vi la cara de mi marido, ahí sí que me di cuenta de lo que me había pasado. Él estaba tan impresionado que yo misma casi me desmayo sólo de verlo.

—¿No se lo dije? Aquí todos lo saben. Y cuanta menos gente haya en la playa, más probabilidades tenemos de tropezarnos con una raya.

—La gente del hotel debió habérnoslo dicho —se quejó—, ¿no le parece? Deberían informar obligatoriamente a todos los huéspedes lo peligrosas que son estas rayas. Seguro que no lo hacen para no ahuyentar a los turistas.

—Lo siento, es una lástima.

—Así que me regreso a Lima con esta herida.

—Lamento que haya cortado así sus vacaciones.

—Ni tanto, ya estábamos listos para partir, pero en fin. Nos vamos esta tarde —continuó aliviada.

—¿Todos? ¿Sus amigos también?

—Sí, ahora mi marido se ha ido de excursión a los manglares con ellos. Espero que cuando regrese a Lima nos vaya a visitar alguna vez.

—Claro, será un gusto.

—Qué vacaciones, no han sido del todo de mi agrado, y esta picadura fue el final más infeliz que haya podido tener. Aunque, después de esto, mi marido y yo hemos decidido que nos merecemos otras vacaciones mejores que estas. Nuestro próximo viaje será a la selva de Madre de Dios, a un albergue ecológico, algo diferente. Espero que allí no me muerda una víbora o me pique algún bicho —agregó, intentando bromear.

—Oh, será entretenido, supongo, más aún, ustedes solos.

—No, iremos con nuestros amigos. A ellos también les ha fascinado la idea.

—¿También? ¿Al profesor y su mujer?

—Sí, y además, a la selva yo prefiero viajar en grupo, por seguridad. Hay más posibilidades de que surjan situaciones inesperadas; y mi marido y yo necesitábamos algo más excitante, ¿sabe? Algo fuera de lo común —sonrió—, creo que es más excitante la selva.

—Hoy sí que la veo entusiasta.

—Será que me ha gustado la idea de buscar emociones —añadió.

—Sí, su próximo viaje será entretenido.

Aquella tarde de despedidas, la primera en aparecer en el restaurante fue la esposa del Profesor. Estaba más radiante que otras veces o me lo pareció. Me hizo un saludo cortés y se sentó a esperar el taxi en una de las mesas más distantes. A la media hora aparecieron los Brondi en la recepción. Ella caminaba con dificultad y él la llevaba de un brazo. La señora Brondi no estaba de acuerdo con la facturación del hotel que habían elaborado las muchachas recepcionistas-hoteleras-cocineras, e hizo algunas correcciones. Detrás de mis lentes para el sol pude observar la larga mirada que intercambiaron el señor Brondi y la esposa del Profesor. Luego los Brondi se acercaron a mi mesa. Ambos se despidieron de mí cordialmente.

—¿Se quedará todavía más tiempo? —me preguntó ella.

—Unos días más.

—Algún día, cuando se te acumule el trabajo, quizás podríamos regresar —le dijo ella al señor Brondi.

El señor Brondi asintió con la cabeza. En ese momento su semblante era completamente inexpresivo. El Profesor y su mujer se fueron un poco después que los Brondi. Según supe, se iban a Tumbes y luego al aereopuerto. Los vi irse. La mujer me sonrió

lejanamente. Le devolví también otra sonrisa igual de lejana. Cuando el Profesor me hizo un gesto amable de despedida, sentí en cambio, un poco de nostalgia. Esa es otra cosa que también suele ocurrir con la edad. Hay asuntos que dan demasiada pereza. Si yo hubiera sido más joven, me hubiera gustado convertirlo en candidato. El hombre tenía algunas buenas condiciones. Volví a mis libros. En frente de mí, de nuevo el mar. Las olas seguían batiendo las playas.

HAY QUE LAVAR

Ella tenía treinta y cinco años y la impresión de que la vida se le estaba acabando. Veía que se le iba cuando espiaba la calle detrás de las ventanas. Desde ahí llegaba el bullicio de los viernes por la noche anunciándole que su fin de semana no sería mejor ni diferente a los anteriores. Podía ver a la gente ataviada para ir al cine o a cualquier otro sitio; gente circulando en automóviles, gente apurada para no perderse la fiesta. Ella en cambio era una jornalera. Iba de su casa al almacén donde trabajaba y del almacén a su casa y ningún día se distinguía del anterior. Cada mañana se levantaba a las siete y realizaba las mismas actividades. Cada mañana también su padre la llamaba apenas sentía sus primeros movimientos.

El anciano estaba sentado sobre el borde de la cama vestido con el saco de un pijama y un calzoncillo que le colgaba semejante a una falda enorme sobre las piernas abiertas. En el centro de las sábanas se extendía una gran mancha amarillenta.

—Te has orinado otra vez —dijo ella.

Un olor ácido a medicamentos y orines caldeaba el ambiente de la habitación. Debajo de la esquina de la cama sobresalía una camisa sucia con el cuello deshilachado. Tres hojas de periódicos pasados yacían esparcidas sobre el piso. Frascos, cajas de pastillas y jarabes abarrotaban los cajones abiertos de la cómoda.

—¿Es que no te das cuenta cuándo te vas a orinar? —preguntó ella, intentando reprimir su irritación.

—No me doy cuenta —respondió el anciano con voz vacilante.

—Papá, papá, trata de hacer un esfuerzo —murmuró ella separando las sábanas mojadas del colchón—, puedo llegar tarde al trabajo y pueden despedirme, ¿y con qué vamos a pagar la luz, el agua, con qué voy a comprar tus medicamentos?

Cargó las sábanas hasta el patio y las depositó en un balde. Revisó el contenido de una canasta grande donde depositaba semanalmente la ropa para lavar. Estaba repleta. Bajó a la cocina, sirvió agua caliente en una taza, colocó una lata de té sobre la mesa y dispuso algunas galletas en un plato al lado de un frasco de mermelada. El desayuno estaba servido.

—¿Dónde están las sábanas limpias? —escuchó a lo lejos el reclamo de su padre.

En el dormitorio del anciano, trasladó a su padre a una silla, levantó el colchón y lo arrastró hasta un pasillo del segundo piso que daba al jardín interior.

—¿Para qué te has llevado el colchón?

—Tiene que airearse. Cuando regrese del trabajo, lo lavaré —advirtió ella, observando el soporte vacío de la cama—. No lo regreses de nuevo aquí, papá. La habitación está apestando.

El anciano la volvió a mirar con gesto sorprendido.

—Ven, que te voy a bañar —dijo ella, suavizando la voz y cogiendo a su padre del brazo y ayudándolo a levantarse.

—Déjame, déjame —pidió él, desasiéndose de las manos de su hija que lo sostenían por los antebrazos—, me duele, déjame.

—Por favor, papá, tengo que ir a trabajar.

Ella lo volvió a coger de los brazos y lo condujo despacio hasta el pasillo donde estaba el baño. Lo metió en la ducha. Le desabotonó la camisa de franela y tiró de ella por la cabeza hasta que logró desnudarlo hasta la cintura.

—Qué frío hace —dijo él—. Espera, voy a quitarme los calzoncillos.

—Por favor, papá —insistió ella—, voy a llegar de nuevo tarde al trabajo.

Mientras lo hacía, ella trató de no mirar los genitales de su padre pero no pudo evitarlo. Un apéndice delgado y rosado colgaba entre sus piernas, un apéndice que reclamaba piedad. Bajó la vista.

—Ten cuidado, papá, no salgas de la ducha hasta que yo vuelva.

En la cocina desayunó con una taza de té. La tomó lentamente. Observó caer un cuadrilátero de luz sobre los sillones grises y desvencijados. No se había cambiado el tapiz en más de diez años, desde el fallecimiento de su madre. En aquella casa la muerte avanzaba ocupando las superficies y oquedades que dejaban los muebles y objetos hasta cubrirlos con su manto. Ella presidía los funerales.

Su padre la esperaba en el baño bajo una nube de espuma blanca. Ella lo ayudó a ponerse de pie. Cogió sus dos manos y lo sujetó en la barra de metal que estaba en un costado de la ducha.

—¿Terminaste? Aquí viene el duchazo —advirtió ella y giró las llaves de la ducha. Los hombros de su padre temblaron bajo la ráfaga de agua. Hizo que el anciano se diera la vuelta. Luego cogió un par de toallas y lo envolvió en ellas.

—Ya estamos listos, papá, camina despacio, eso es, despacio —dijo ella llevando a su padre hasta el dormitorio. Luego recogió un maletín y salió de la habitación.

— Me voy, papá —se despidió.

En la calle tiró despacio y delicadamente la puerta de la casa hasta apagar el ruido breve y seco de la cerradura. Ya estaba afuera. Delante de ella se levantaban dos hileras largas de casas conocidas acompañadas de algunas palmeras de más de tres metros de altura que ella nunca había visto crecer. Estaban ahí desde que las recordaba. A continuación, media docena de torres de los

edificios que se habían ido construyendo en los últimos veinte años a un ritmo creciente, indistinguibles los más recientes de los antiguos, levantados como soldados de un nuevo ejército de cemento que iba dominando el perfil de la ciudad.

—He cancelado todos los recibos menos los impuestos municipales —le dijo su padre frente a ella, sentados en la mesa del comedor.

—No me gusta que salgas solo a caminar por ahí —contestó ella.

—El agua fueron veinticinco soles —siguió el anciano—; la luz, setenta. El teléfono, ochenta. Todavía no he pagado los impuestos, pero debe ser, debe ser, no sé. Espera, ahora te digo.

Su padre se levantó y se dirigió a un aparador al lado de la mesa.

—Está bien, no sigas —rogó ella.

El anciano abrió uno de los cajones del aparador.

—Siéntate, papá, vamos, siéntate —insistió ella.

—Aquí está la cuenta —dijo él blandiendo un puñado de papeles—. Yo la hice, anoté los totales.

—Termina de comer, por favor —contestó ella—; ahora no puedo revisar los recibos.

—Mira —señaló su padre acercándole un pedazo de papel— son trescientos treinta soles con los impuestos prediales incluidos.

—¡Basta, papá! ¡Siéntate!

El anciano la observó extrañado.

—Mira, revisa las cuentas —insistió él.

—Ahora no —dijo ella llevándose una cuchara de sopa a la boca.

El hombre depositó el papel sobre la mesa.

—Mañana pagaré los impuestos y ya no deberemos nada.

—Está bien —respondió ella.

—Caminé de un extremo a otro de la avenida Larco, desde la 28 de Julio hasta la Ricardo Palma.

Continuaba de pie al lado de ella.

—Está bien —repitió ella bajando la voz—. Papá, ¿por qué no te sientas y acabas tu comida?

El anciano se alzó de hombros.

—No tengo apetito —señaló.

Ella se levantó y recogió los platos.

—Entonces, es hora de ir a dormir —le dijo a su padre.

Observó al anciano dirigirse a las escaleras.

—Trata de usar el orinal, papá, ya no tenemos sábanas limpias.

Arrastró la canasta de ropa sucia hasta el tercer piso de la casa donde estaba el lavadero. La dejó remojando en agua y detergente. Hundió sus manos entre la ropa y las vio arrugadas y llenas de manchas. Era joven y sin embargo sus manos estaban viejas. Levantó la cabeza y vio el rojo profundo del crepúsculo detrás de los techos de las casas. Más allá estaba el mismo cielo y el mismo mar que no diferenciaban ni días laborales ni feriados, ni la brevedad y lentitud de las horas y los días. Ahí también estaban el parque y el hombre que la miraba. Se lo había encontrado por lo menos tres veces en las últimas semanas. Ella había reparado en él únicamente porque lo había descubierto observándola. Era un paseante. Igual que ella. A lo largo del malecón los vecinos daban largas caminatas al atardecer acompañados de sus perros y contemplando el paisaje.

—¿Dónde estás?

—Aquí, papá, en la azotea.

—¿Dónde?

—Estoy bajando, papá.

Su padre yacía sobre una silla en la cocina. Alrededor de él, un líquido amarillento formaba un gran charco.

—Oh, no —exclamó ella—. Te has vuelto a orinar.

El anciano bajó la cabeza y contempló sus pantalones mojados.

—No sentí nada —dijo él.

—Oh, no, otra vez —gimió ella.

El hombre apoyó sus dos brazos delgados y blancos en la mesa, haciendo un esfuerzo para ponerse de pie. El cojín de la silla mostraba una mancha redonda. Ella arrastró la silla hasta el patio trasero. Cogió una manguera y conectó uno de sus extremos en la boca del caño del lavadero de la cocina. Abrió el grifo y bañó la silla con un chorro de agua.

—¿Qué haces?

—¡Espérate, papá! Estoy ocupada.

La fuerza del chorro de agua empujó violentamente la silla contra la pared. Levantó hacia arriba el chorro y luego lo volvió a bajar con fuerza contra la silla, ladeándola, arrastrándola por el patio y golpeándola una y otra vez contra las paredes, hasta que los músculos de sus brazos se tensaron y cansaron.

En la cocina, su padre continuaba parado al lado de la mesa con aire perdido.

—Vamos a quitarte el pantalón y el calzoncillo para lavarlos, papá —dijo ella entregándole una toalla grande—. Cúbrete con esto.

El anciano se desabotonó el pantalón con manos temblorosas. Encorvando la espalda, el hombre hizo un esfuerzo para bajarse los calzoncillos. Inclinó su cuerpo hacia un costado pero sus piernas enflaquecidas se doblaron bruscamente. Trastabilló, soltando la toalla que sujetaba alrededor de su cintura. Un olor penetrante se extendió por el ambiente.

—Papá, así como estás ya no puedes salir solo a la calle. Nunca me haces caso. Tampoco quieres usar pañales y tengo que lavar,

lavar y lavar. A partir de ahora, tendrás que usarlos obligatoriamente.

—No.

—Sí, papá. Aunque no quieras, tendrás que usarlos.

—Ha sido un descuido, nada más que un descuido.

—No, papá. No es un descuido, ¡no lo es! —gritó ella—. No quiero seguir lavando, lavando y lavando.

Ella recogió la ropa, la metió en una cubeta y subió las escaleras hasta el tercer piso.

—Está bien. Hay que lavar. Lavar de nuevo —dijo en voz alta—. Hay que seguir lavando.

La puerta del cuarto de baño del segundo piso estaba abierta. El anciano, con la mitad del cuerpo envuelto en la toalla, sentado sobre el retrete, permanecía inmóvil con la mirada perdida.

—¿Qué estás haciendo, papá?

—Me voy a quedar aquí —respondió automáticamente el anciano, balanceando su cuerpo de adelante hacia atrás—. No quiero ensuciar más ropa.

—Papá, por favor, te vas a enfriar.

El anciano dejó escapar un gemido sordo.

—Me voy a orinar otra vez —dijo.

—Te va a dar una pulmonía si sigues ahí. Vamos, ven. Ahora te compraré algunos pañales descartables para cuando salgas a la calle, y cuando me paguen el mes, te compro más. Mientras tanto, te prepararé unos pañales de tela para cuando estés dentro de casa.

Vio que su padre se secaba una lágrima.

—Después, cuando vendamos la casa, tendrás pañales descartables permanentemente, y vamos a comprar una lavadora y contratar a una empleada para que lave, cocine y limpie la casa, papá, ya verás.

—Esta casa nunca se va a vender.

—Sí se venderá, papá, ya verás.

Habían colocado un letrero de venta sobre la ventana principal que daba a la calle hacía más de dos años. Inicialmente la gente llamaba por teléfono y hacían citas para visitar el inmueble. Se paseaban por los ambientes de las habitaciones, examinaban el piso de madera en busca de picaduras de termitas, abrían los caños e inspeccionaban la fuerza del chorro de agua de los baños del segundo piso. Cuando escuchaban el precio del inmueble, los visitantes asentían tímidamente con la cabeza sin preguntar nada. Luego desaparecían. "El mercado inmobiliario en Lima está colapsado", le explicó un agente corredor. "La recesión ha bajado los precios". Docenas de casas antiguas como la suya, están siendo rematadas a precio de terreno".

—Pida la mitad —le aconsejó el agente—, no la venderán a mayor precio.

Su padre se negó a rebajar la oferta.

—Es un bello chalet con cinco dormitorios, jardín interior y exterior —alegó él.

—Es una casa vieja de más de cincuenta años, papá. Las cañerías están en mal estado, los pisos y las puertas tienen huecos, la mitad de las tejas del techo se han caído y no hay un solo baño que funcione bien.

—Casas como ésta ya no se construyen. Es sólida y fuerte, ha resistido terremotos y temblores sin una sola rajadura —afirmó el anciano.

—Papá, la casa ahora está hecha una ruina.

Costó mucho trabajo convencer a su padre de que debían rebajar el precio en un tercio. A pesar de ello, ningún cliente mostró interés en comprarla. Apenas una que otra persona llamaba por teléfono preguntando desganadamente por el valor del inmueble. Ya ni siquiera iban a visitarla. A veces su padre se arrepentía de ofrecer la casa en venta.

—Viviré aquí hasta que me muera. Nadie me sacará de aquí —decía el anciano.

Ella lo escuchaba en silencio. Ya no protestaba.

Saldré a comprar los pañales, le avisó a su padre. Sintió la urgencia de respirar el aire de mar cerca al malecón, a unas calles de la casa. Caminó apresurada por la vereda. Ya era tarde y pronto se ocultaría el sol. El hombre de pómulos salientes debía estar ahí. Quizás lo descubrió por primera vez replegado tras unos arbustos frente al mar. Estuvo muy cerca de ella, pero luego él hizo un movimiento oblicuo y se perdió de vista. Otro día se encontró con él frente al malecón. Le gustaron las manos largas y delgadas del hombre apoyadas sobre el muro que daba al acantilado. Le gustó también su expresión distante que parecía perderse en el mar.

En el parque el césped estaba salpicado de petunias y pensamientos acomodados en almácigos de media luna. Más abajo, unas escaleras semicirculares caían hacia el mar formando un pequeño anfiteatro y en el extremo opuesto, un puente por el que vagaban parejas de ojos soñolientos y hombres solitarios. Cada uno de ellos tenía su vida. A ella nadie le había dicho cómo se vive una vida. La había recibido y la usaba. Se acomodó en un extremo del puente. A unos metros, una muchacha y un muchacho recostados sobre la hierba murmuraban y se reían. Luego se abrazaron y rodaron sobre la hierba soltando carcajadas. Se apartó de ellos y se sentó en una banca. Envuelta en los cálidos rayos del sol de la tarde, escuchó el rumor de las hojas inquietas en los árboles. Más abajo, una pareja caminaba lentamente paseando un gran perro. Ambos tenían el cabello plateado, el hombre llevaba a la mujer con un brazo sobre los hombros, ella hablaba y él asentía. En otra banca, dos adolescentes se decían cosas al oído.

Se amaban. En ese parque parecía que todos se amaban. Una mujer agitó su cabello ensortijado debajo del cielo. Comía un helado. Un niño daba pequeños saltos alrededor de una pelota azul.

Vio la figura del hombre recortada sobre el horizonte. Vestía la misma camiseta negra de otras veces. Levantó la vista y se encontró con sus ojos redondos, aterciopelados y curiosos. Entonces ella se puso de pie y se dirigió hacia el malecón. Al fondo del acantilado las olas reventaban con un estruendo tal que silenciaba los gritos de los niños que correteaban alrededor de ella. Ahora el hombre bajaba por las escalinatas apoyándose en una reja de madera al borde del desfiladero. Sólo necesitaba que él le hablase. El hombre estaba a unos pasos. Era alto y parecía delgado bajo las ropas. Su nariz delicada se destacaba en un rostro firme de mandíbulas cuadradas. Atisbó otra vez. Sus ojos se encontraron con los del hombre. Ella caminó despacio por el borde del malecón y se dirigió hacia un extremo del parque. La figura del hombre continuaba fija en el mismo paisaje. Ella siguió avanzando. Dejó que el viento sacudiera sus ropas. El hombre se había movido y se dirigía hacia ella. Ahora ambos caminaban, uno tras el otro. La sombra de él sobre la vereda se enredaba con la de ella. Al llegar a la salida del parque, se quedó quieta arreglándose un pliegue de la falda. La sombra del hombre estaba a unos metros. Demasiado lejos. Ella redujo la velocidad de sus pasos para darle tiempo. Torció una calle y al llegar a la esquina tuvo el presentimiento de que él le hablaría. Su respiración se aceleró. Notó una presencia junto a ella, luego un empujón y alguien se fue corriendo. Sintió que su brazo estaba ligero, su cartera había desaparecido. En el desconcierto y en el instante del empujón y del vacío, sólo pudo ver la figura del hombre que desaparecía al

final de la calle con el botín. Se quedó quieta. Sus brazos cayeron a cada lado de su cuerpo. Todavía estuvo unos minutos mirando la calle. Ya no había nadie.

Esa noche la cena estuvo fría.

—La carne está muy grasienta —masculló su padre—. Prefiero tomar un poco de té y galletas.

—Ya se acabaron las galletas —dijo ella—. Mañana a mi regreso del trabajo haré las compras.

Se levantó de la mesa y filtró un puñado de té con agua caliente.

—Este té tiene un buen aroma —le comentó a su padre—, te lo estoy preparando un poco ligero para que puedas dormir.

Bebieron el té en silencio. Luego ella acompañó al anciano a su dormitorio y lo acomodó en la cama. Se despidió de él con un beso en los ojos.

—Mañana también compraré los pañales —murmuró.

Antes de acostarse se acercó a la ventana de su habitación. Afuera, vio cómo el polvo continuaba cayendo sobre la tierra. Se preguntó si había algo más allá de las sábanas orinadas o limpias. Del té, las galletas y los pañales. Algo diferente. No sabía qué. No podía imaginárselo. Esperaba una especie de luz. Una señal. Pero afuera sólo vio las dos hileras conocidas de casas, las palmeras con sus hojas largas y caídas y docenas de ventanas encendidas iluminando los edificios de la ciudad.

JUBILADOS

El tiempo estaba bueno. Bueno para mí, no para los demás. El color grisáceo del cielo oscurecía la ciudad y una llovizna fina caía sobre ella. El aire estaba frío, muy frío, lo que era más agradable aún, porque con ese clima de niebla brumosa no se puede estar alegre ni feliz. Quizás por eso fue que me decidí a salir a la calle e ir a visitar a Micaela. A pesar de vivir cerca no nos vemos casi nunca, y dado que la conozco desde hace más de cuarenta años y es una persona naturalmente quejumbrosa e impredecible, la llamé para confirmar que pasaría a tomar un café con ella. Una semana atrás, yo había descubierto a través de una conocida común que andaba diciendo que yo era una mezquina que sólo la buscaba cuando la necesitaba y que ni siquiera le devolvía las llamadas telefónicas. No lo hacía porque mis pretextos para evadir sus invitaciones ya resultaban poco originales. El comentario me molestó sobremanera porque revelaba un espíritu venenoso. Y si bien es cierto que nos une una vieja amistad, en modo alguno estoy obligada a cultivarla de la manera en que ella lo decida. Pensé, sin embargo, que a mi edad una depende de otros, mal que bien, y no me podía dar el lujo de alimentar una fama que en ciertas circunstancias podría perjudicarme.

Cuando llegué, vi con una mezcla de alivio e incomodidad que Micaela tenía otra visita, probablemente inesperada, porque no me lo había advertido por teléfono. Supuse que podría retirarme aduciendo no querer interrumpir, pero comprendí rápidamente que sería una coartada burda porque Micaela no permitiría

que yo me fuera. Siempre está atenta al tiempo que una invierte en ella. Así que no me quedó más remedio que presentarme civilizadamente. Sobre la mesa Micaela había colocado café y un oloroso pastel de canela y manjar blanco.

El visitante era Aquiles Rávago, un profesor a quien yo había conocido en la universidad cuando todavía trabajaba como secretaria de la facultad. Me senté en frente de él y le miré la nariz. Era roja y grande.

—¿Cómo está? —me preguntó.

Yo me alcé de hombros. Siempre he considerado que esa es una pregunta estúpida. Él hizo una mueca y sus ojos se redujeron de tamaño hasta convertirse en dos pequeñas ranuras.

—Nadie está bien en estos tiempos —continuó.

Me pareció una reflexión algo metafísica para el momento, pero asentí para no ser descortés.

—¿Se refiere usted a la situación del país? —pregunté, para llevar su comentario en un plano más concreto. Recordé que había sido profesor de filosofía.

—¿Del país? —repitió él con aire expectante.

Micaela me sirvió un delgado pedazo de pastel. En cambio a Rávago le había servido casi el doble, lo que fue muy desatinado porque a mí me gustan los dulces y el pastel se veía bastante bien, y si yo me atrevía a pedir una porción más, Micaela era capaz de decir que quería guardarlo para sus nietos.

—Hablábamos de asuntos más domésticos —terció Micaela.

Argumenté, con ánimo de contradecirla, que la situación económica del país era *también*, acentué, un asunto doméstico, y me dediqué a resumir comentarios e informes que solía ver en los noticieros de televisión. Después de mi intervención hubo un largo silencio. Noté entonces que la sala estaba en penumbra quizás por la turbidez del clima, lo que daba una apariencia irreal a nuestras figuras erguidas como sombras entre los muebles. A través de la ventana las calles vacías aparecían como el paisaje

desolado de un cuadro estático y borroso pero a la vez reconfortante, tranquilo, sin ruidos. Quise hacer algún comentario respecto al frío, pero juzgué que ese no era un buen tema. Daría pie a que Micaela se quejara de su artritis.

—Usted siempre fue muy amable y considerada conmigo —dijo Rávago dirigiéndose a mí con tono gentil.

Afirmó que sabía que yo era valorada como una persona muy eficiente y que todavía había gente que se expresaba de manera elocuente respecto a mi trabajo en la universidad. Su voz se escuchaba monótona. A mí él no me parecía ni antipático ni simpático. No me interesaba. Era uno de esos hombres con los que una se ha relacionado obligatoriamente por necesidades laborales. En realidad no hay hombre que me interese ahora, particularmente. El profesor Rávago llevaba el nudo de la corbata torcida. Sus zapatos de cuero estaban tan gastados que lucían como zapatillas. Intuí que debía ser muy cómodo caminar con ellos.

Micaela desde el fondo de un sofá se quejó del malestar que le producía la artritis en las rodillas. Señaló que ya la habían evaluado e informado respecto del inevitable progreso de la enfermedad.

—Lo supe hace dos semanas, para ser exacta —señaló entristecida.

—Se te ve bien, sin embargo —dije.

—Oh, no, eso es aparente. No puedo caminar como antes. La artritis me está recluyendo —añadió, con tono lastimero—. Y casi no recibo visitas.

—No seas exagerada.

—Espero no quedarme paralítica. Aunque lo bueno de mi enfermedad es que me obliga a reconsiderar la lista de mis auténticas amistades.

Los deseos de marcharme reaparecieron. Deposité la taza de café vacía sobre la mesa. El profesor Rávago me lanzaba miradas exploratorias y fisgonas.

—¿Y usted, qué ha hecho en todo este tiempo? —le pregunté, para interrumpir su irritante estudio visual.

Era otra de esas preguntas tontas y aburridas, pero el ambiente también lo era. Rávago detalló artículos y ensayos que había escrito, conferencias que aún daba en la universidad o en provincias cuando se lo pedían, le gustaba viajar cuando se le presentaba alguna oportunidad, le resultaba entretenido, bastante entretenido, afirmó con disforzado entusiasmo. Se notaba que hacía el mismo esfuerzo que yo para sostener el hilo de una conversación sin sentido. Intento mantener las formas, pero mi paciencia es breve y tengo un límite, especialmente cuando siento que estoy perdiendo el tiempo en conversaciones insulsas. Me levanté.

—No te irás tan pronto —dijo Micaela—, nunca vienes y el día que lo haces ya te quieres ir apenas llegas.

—¿Cómo puedes decirme eso?

—Quédate una media hora más —continuó, sin ninguna amabilidad.

Otra persona en mi lugar se hubiera ido, pero yo me senté para evitar problemas y pensando que así me ahorraría el tener que conversar con ella en los próximos tres meses, por lo menos.

Micaela volvió a ofrecernos un poco más de café y cubrió el pastel con una servilleta, apartándolo hacia un lado.

—No quiero más —le dije, rechazando el café.

—Hemos estado hablando de ti antes de que llegaras —exclamó Micaela—, le contaba al profesor que eres soltera y que no tienes hijos.

Conociendo a Micaela, el comentario que podría ser absolutamente intrascendente encerraba algún detalle que yo no lograba percibir. No me gusta ventilar mi vida privada delante de extraños, y el profesor Rávago era un hombre desconocido al que sólo había visto unas cuantas veces en mi vida. Disgustada, le lancé una mirada cargada de odio a Micaela, pero ella no pareció darse por aludida.

Conversábamos de lo exiguas que resultan nuestras pensiones, siguió ella, y en ese momento lanzó un grito seco y abrió los ojos súbitamente. Luego emitió unos cuantos quejidos y se dobló en dos con la cabeza gacha. No supe qué hacer. Rávago me miró asustado y luego reaccionó. Se acercó a Micaela y le preguntó qué le ocurría. Ella emitió un largo quejido. La situación era alarmante ¿Sería un infarto? Ella nos rogó que la lleváramos al dormitorio, explicó que era el dolor de la cadera. Le venían unas punzadas agudas e insoportables. Mientras Rávago la arrastraba hacia su habitación, Micaela me pidió que llamara a su hija y agregó que el teléfono estaba anotado en la primera hoja de una libreta sobre la mesa. Así lo hice y al colgar el auricular regresé al infarto. Tal vez Micaela se muera hoy, me dije. La imaginé con los ojos cerrados metida en un ataúd. Arreglos florales alrededor, unas sillas alineadas contra la pared y algunos deudos vestidos de negro. En ese tipo de entierros, con personas ancianas, la gente no es muy melodramática. Los hijos venderían la casa de Micaela, ya que era propia, y se repartirían la herencia. Y todos dirían: murió tranquila, de un infarto, sin molestar a nadie. Estuve un rato entretenida mentalmente en el velorio, tratando de adivinar si sería en la iglesia cercana o en otra, próxima a la casa de la hija, que yo sabía vivía lejos y en ese caso tendría que tomar un taxi de ida y vuelta, lo cual sería mucho más caro y complicado. Rávago apareció abruptamente.

—Menos mal que en esta casa no hay que subir escaleras —dijo él.

—¿Cómo está?

—Bien, más tranquila, sólo ha sido un dolor.

—Raquel, la hija, vendrá en media hora según me ha dicho —contesté.

—Esperaremos.

—Sí, claro, ¿no necesitará algo?

—Ya le pregunté, dice que no, prefiere descansar. La he dejado recostada en la cama.

—Ah.

—¿Es usted muy amiga de ella?

—No nos vemos mucho.

—Me encontré con ella la semana pasada en el banco. Me invitó a venir.

—No esperaba encontrarlo aquí.

—Yo tampoco. Hace muchos años, ¿diez?, que no la veía a usted.

—Deben ser diez años. Es el tiempo que tengo de jubilada.

—De eso estábamos hablando con Micaela. Yo le decía que una sola pensión de jubilación es muy reducida. Mejor son dos pensiones.

—¿Dos pensiones?

—Sí, de eso hablábamos cuando usted llegó.

—¿Qué quiere decir?

—Que si dos jubilados se casan, tendrán dos pensiones. Y si uno queda viudo, tendrá la pensión del otro.

—¿Le propuso matrimonio a Micaela? —pregunté, sorprendida.

—No, no. Lo estoy pensando.

—¿De veras? —sonreí, pero Rávago estaba bastante serio—. Bueno, quién sabe, tal vez ella acepte. Aunque no sé si le interesaría vivir con alguien. Lleva sola más de treinta años.

—¿Y usted?

—¿Por qué me lo pregunta?

—¿Le interesaría?

—¿Me está proponiendo que nos casemos?

—No se trata de vivir juntos, ni nada de eso. Es sólo un acuerdo, un compromiso. En caso de que alguno quedara viudo, se quedaría con las dos pensiones, ¿para qué perderlas?

—¿Qué quiere decir?

—El matrimonio no implicaría ninguna obligación ni responsabilidades mutuas. Además, yo no tengo propiedades. No

tengo nada que dejar en herencia —continuó, con una sonrisa pueril.

—¿No tiene hijos?

—Tampoco, tampoco tengo hijos.

A continuación afirmó que era un caballero, un hombre discreto y reservado. Nadie tendría por qué enterarse del asunto. El trámite era sencillo y significaría la probabilidad de un beneficio, simplemente. El ruido de una llave en la puerta de calle lo interrumpió. La hija de Micaela, una mujer grande y gorda, entró a la sala con expresión agitada. No terminé de explicarle lo que había ocurrido, porque la mujer, sin contestarme, corrió como un torbellino por el pasillo hacia el dormitorio de su madre, dejándome con la palabra en la boca. Rávago la siguió detrás. Muy antipática, pensé, tampoco es que se haya muerto la madre para que se comporte así. Cogí mi cartera, salí y cerré la puerta. Afuera, las gotas de lluvia se habían vuelto más gruesas y hacía más frío. Lamenté no llevar mi bufanda de lana de alpaca para protegerme el cuello. La proposición de Rávago no era descabellada. De todas maneras había que tener cuidado. Existía gente capaz de asesinar por dos centavos. Si yo me casara con él no debería ser confiada, sería riesgoso; ¿pensaría él lo mismo que yo? Esa noche, ya acostada en mi cama, estuve dándole vueltas a la propuesta de Rávago. El tipo parecía hablar con sinceridad y con más ingenuidad que astucia. Y creo que yo soy más astuta.

FLAN DE CHOCOLATE

Era domingo. El día más inquietante de la semana porque mi familia viene a almorzar a casa. A mi casa. No es que yo visite a uno de mis cuatro hijos. Tampoco ellos me visitan a mí. Más bien llegan convertidos en un ejército invasor que planta sus banderas de ocupación en mis jardines. Lo que supone que debo levantarme temprano para recibirlos. Además tengo que exhibir una buena cara porque a la menor sospecha de desagrado, una de mis nueras o hijos, invariablemente, me hacen la pregunta acostumbrada, ¿te pasa algo? En ese caso, he soñado muchas veces en contestarles: sí, sí me pasa algo. Por ejemplo, detesto que mis cuatro nietos se envuelvan en la ropa de cama para ver televisión y la conviertan en un montículo desordenado de frazadas y almohadones. Que ensucien las sábanas limpias. Que mis nueras ordenen el escritorio, que cambien de sitio mis documentos y cartapacios, que echen a la basura los papeles que encuentran en el suelo sin dudas ni escrúpulos. O esa maldita costumbre de mi hijo mayor de abrir el mueble del bar y elegir los vinos para el almuerzo sin consultarme. Sin embargo, me callo. Soy un hombre de modales, lo que no es el caso de mis hijos, nueras o nietos. Así que era domingo y pude darme cuenta de la dimensión de la tragedia cuando llegaron mis nietos acompañados de tres primos de su misma edad, entre tres y seis años. Edades particularmente sobrecogedoras. Descubrirlos cruzando la entrada de la casa me anonadó de tal modo que no pude levantarme del sillón donde acababa de terminar de leer los periódicos del día.

Además, los leo de prisa, antes de que ellos lleguen, porque mis hijos están en muy mala situación económica y no los compran, sino que los leen en mi casa y luego uno de ellos se lleva alguno al marcharse.

Mi hijo mayor tenía una cara dominguera. Festiva y alegre. Olía a colonia. Los otros no desentonaban, lucían satisfechos, aunque no sé de qué, porque dos tienen problemas en sus trabajos, temen ser víctimas de despidos intempestivos, y el menor hace tres años o más que anda con una amante; hasta donde estoy enterado, su esposa no lo sabe. Yo continuaba sentado en el sillón. En la mañana me había levantado con grandes esfuerzos porque me sentía débil y resfriado. No tuve deseos de ponerme en pie para saludarlos. Fue una escena penosa, lo es cada domingo, el estar acomodado en el sofá observando fuentes y fuentes de comida y bandejas de dulces desfilar ante mis ojos. Esas fuentes terminarán dejando pequeños desperdicios en las esquinas de los muebles de cocina, engordando a las cucarachas. Era descorazonador saber que esas fuentes me obligarían a regar con insecticida el piso de las alacenas al día siguiente, lo que inutilizaba completamente dos días, por lo menos. Y así es cada semana. Ya una vez había encontrado a un ratoncillo saltar alborozado entre las repisas de las alacenas. Todavía debe estar por ahí. Mis nueras, sin embargo, se autocalifican de pulcras y limpias, y creen que soy un hombre negligente. Sus ojos me lo dicen.

Esbocé una sonrisa lo más amplia posible para evitar sospechas. Seguí sonriendo durante casi toda la hora siguiente mientras escuchaba una disertación acalorada de mi hijo mayor sobre el estado de la bolsa de valores. Una de mis nueras me había servido un vaso de refresco que continuó intacto sobre la mesa hasta el atardecer, cuando se fueron. En esas circunstancias yo no intervengo en las conversaciones. De los viejos días algo ha quedado entre nosotros, flotan en el ambiente breves entendimientos, jirones de memoria que murmuran palabras familiares, intimidades que sólo el azar despierta fugazmente, porque desde hace un tiempo he comprendido que ellos y yo nunca volveremos a caminar juntos, entregados como están a sus propios cálculos y miserias, circunstancias que a mí, por lo demás, un extraño en mi propia casa, me tienen sin cuidado puesto que no suelo ingresar al escenario que ellos van disponiendo.

Estaba yo absorto como nunca en mis propios asuntos porque había conseguido, venturosamente, una cierta ubicuidad, quizás por mi sonrisa idiota y mi concentrada expresión de atención, cuando una de mis nueras, la esposa de mi segundo hijo que estaba colocando los platos sobre la mesa del comedor, hizo un comentario con un tono de voz tan alto que nadie podía dejar de escucharlo.

—¡Qué vajilla tan extraordinaria!

La exclamación detuvo la conversación por un instante, pero nadie dijo nada al respecto, y a los pocos segundos reanudaron las intervenciones. Yo continué sonriendo con los ojos entrecerrados porque comenzaba a tener algo de sueño y fatiga de verlos, o para ser más justo, de soportarlos, pero no soslayé la exclamación. Miré con disimulo a la esposa de mi hijo mayor y observé su gesto adusto, sus ojos turbios con la vista fija en el comedor, específicamente, en la figura de mi otra nuera, la que preparaba la mesa, la que levantaba sentimientos de discordia disimulados en una capa de materia sólida hecha de dobles frases lanzadas al aire con propósitos codiciosos que sólo algunos logramos captar. En cualquier otra circunstancia, hubiera restado importancia a hechos tan banales como los anteriores. Pero desde la muerte de mi mujer, quien me enseñó, tardíamente, el valor de algunos pequeños detalles, no podía permanecer indiferente. La vajilla en mención, la única que tengo, fue adquirida por mi esposa en un remate hace muchos años. Está completa, tiene más de ochenta piezas, es de porcelana inglesa y según he sabido en una casa de empeño recientemente, es de una firma antigua de gran

prestigio que actualmente ya no existe. No es tampoco la primera vez que suscita estas exclamaciones entre mis nueras. La esposa de mi hijo mayor contó las piezas, una por una, hace ya un buen tiempo, alegando con delicadeza de anticuaria que había que mantenerlas debidamente organizadas en el aparador del comedor. Sé que será un motivo de disputa entre mis hijos cuando yo muera, así que la venderé muy pronto. Espero con impaciencia el domingo en que regresen y descubran que el lugar de la vajilla inglesa ha sido ocupado por otra más sencilla y barata, acorde con mi situación de empleado retirado sin ambiciones de opulencia.

El almuerzo ya estaba listo. Mis hijos lo traen, así que no hay más que calentarlo y servirlo. El tránsito de la sala hacia el comedor es uno de los momentos más deseados por mí. Divide el día domingo en dos partes: la mañana, de extensión interminable, y la tarde, generalmente más corta porque suelo ir a mi dormitorio a echar una siesta, esperando, secretamente, un artificio mágico que disuelva el paréntesis del encuentro entre el pasado sosegado de nuestra vida familiar y estas escenas descoloridas y ruinosas a las que uno asiste con el decoro de un espectador cortés.

Mis nietos y sus respectivos primos, ignoro qué estaban haciendo en mi casa, por qué habían venido, y si desde ese día en adelante se convertirían en nuevos visitantes, se habían sentado apretujados unos contra otros y gritaban entre sí con voces agudas. La perspectiva de las próximas horas y de los próximos domingos me alteró un poco. Desde que llegaron, sus gritos resonaron por toda la casa ese día más que nunca, ya que el número de los pequeños bandoleros se había duplicado. Me pregunté si todavía sería posible dormir la siesta, puesto que la casa es reducida, de una sola planta, y mi habitación queda a pocos metros de la sala. Tuve un ataque de tristeza y deseos de llorar. Mis ojos se humedecieron mientras me servía un pedazo de pan, el único que

había quedado después de que una docena de pares de manos arrasaran con el resto. Para expresar mi protesta por lo que consideraba un atropello a mis derechos sobre el pan, un molde de pan integral que yo había comprado el día anterior y que sólo elaboraban en la panadería los días sábados y que además debía haberme durado toda la semana, cogí la bandeja vacía y la miré largamente con pesadumbre.

—Sírvase, abuelo —dijo la esposa de mi hijo, el que tiene una amante.

Me colocó la sopera delante de mi plato, de una manera bastante ruda, de esas que, imagino, sólo emplean los guardianes embrutecidos y cansados de las cárceles cuando distribuyen las raciones, por lo que me serví cuatro grandes cucharadas —aunque la sopa no es un plato que me guste— calculando que así no alcanzaría para el conjunto de comensales.

Tomaba lentamente cuchara tras cuchara, sin perder de vista hacia dónde iba la sopera. Observé que ellos se servían cada vez menos cantidad. A medida que la sopa fue llegando a los niños, el volumen en los platos era cada vez menor. Con el segundo plato no pude repetir el gesto. Era un detestable arroz con frejoles y pedazos de carne, que es de los que me producen gases y no debería comer, por lo que me serví una cantidad diminuta. Pero el postre era un ostentoso flan de chocolate coronado con docenas de cerezas y crema de leche.

Mis hijos habían terminado dos botellas de vino, y hablaban algo enardecidos. Los pequeños estaban aburridos pero no por eso dejaban de gritar. Contemplaban con ojos ambiciosos el flan de chocolate y sin considerar que ya habían comido lo suficiente, continuaban por la ruta de los excesos acompañados de los adultos completamente ajenos a este alarde impúdico de comida, a la glotonería de sus cuerpos y a las mejillas mofletudas de mis nietos, señales premonitorias de una salud que muy pronto estaría baldada por el sobrepeso. Cogí el dulce, me serví un pedazo

de proporción regular, y deslicé suavemente la bandeja hacia el suelo. Contemplé el flan de chocolate esparcido sobre las losetas. Algunas cerezas todavía rodaban velozmente en direcciones opuestas sobre la superficie de un ancho mar de crema y trozos de materia gelatinosa.

—¡El flan! —gritó una mis nueras.

Sí, el flan había estallado en miles de pedacitos. En ese momento todos me miraron desconcertados. Algunos se agacharon a ver el espectáculo del despedazamiento del dulce. Creo que los chicos, especialmente, no lo podían creer. Me parece que a esa edad todavía piensan que los placeres son ilimitados. La pérdida del postre disminuyó notablemente la excitación en la mesa. Casi todos estaban un poco decepcionados y me miraban con reproche disimulado. Por mi parte, y así lo pensé en el momento, no tengo por qué ser bondadoso con el género humano, llevo años contemplándolo y si no he visto mucho, por lo menos sí lo suficiente. Los adultos hicieron que los chicos se levantaran y se fueran a jugar a la sala. Yo continué comiendo mi pedazo de flan, el único que había sobrevivido al incidente. Una tetera humeante de café sustituyó el postre para el resto. Me limpié los labios con una servilleta.

—Me disculpan —les dije a todos—, voy a tomar mi siesta.

Como yo no tomo café porque sufro de taquicardia, ellos no insistieron en que me quedara. No sé, en realidad, si es que les alivia verme partir. Lo que sí puedo asegurar es que no expresan deseos de conversar conmigo sobre algún punto en particular. Los dejé ahí, todavía sentados alrededor de la mesa. Ya en mi cuarto, cerré la puerta. Sobre mi mesa de noche, el reloj marcaba las tres. Si con un poco de suerte, me dije, me levantaba dos horas después, quizás ellos ya estuvieran a punto de partir. Y esa es entonces la hora del domingo en que las aguas mansas regresan a la casa y yo vuelvo a las contadas amenidades que me pertenecen, colgándome de la vida que aún me queda.

¿ALGUNA NOVEDAD?

La tierra, sin embargo, no nos salva
de la astucia de los dioses.
GEORGE TRAKL

La señora Salinas estaba en un verdadero problema. Y el hospital sólo fue el comienzo de todo. Desde la noche en que dejó internado a su marido en el servicio de emergencia, sus horas de sueño quedaron completamente perturbadas. A las cinco de la mañana ya estaba con los ojos abiertos aguardando que el cielo azulado comenzara a empalidecer. Se duchaba con agua fría porque el calentador del baño ya no funcionaba. Cerraba bien puertas y ventanas para evitar corrientes de aire y se jabonaba y enjuagaba rápidamente el cuerpo. Salía de la ducha tiritando, pero se tranquilizaba recordando que el agua fría tonifica los músculos y es saludable para las articulaciones. Su cara borrosa, bañada por la luz opalina del espejo, la miraba con indolencia mientras se peinaba el cabello plateado tirándolo hacia atrás con movimientos secos y rápidos. Le avergonzaba abrir la boca. Los colores de su dentadura llevaban el sello de los setenta y dos años. Primero fue una suave variación marfileña, apenas visible, y luego la vejez cayó sobre ella. Había perdido tres dientes inferiores y los demás estaban amarillentos y grisáceos. En la penumbra, sin encender la luz eléctrica y dispuesta a iniciar su jornada, se sentaba en un sofá de la sala esperando que los ruidos de la calle le avisaran que el momento de actuar había llegado. Así lo hacía desde que comprendió que su marido estaría hospitalizado por un tiempo indefinido. Ella nunca sabía si saldría de alta en dos o en quince días. Los médicos le habían dicho que todavía faltaba completar algunos exámenes.

—¿Pero cuándo va a salir?

—Dentro de unos días, nosotros le avisaremos.

—¿El lunes próximo?

—No lo sé, señora, todavía no le puedo responder —decía el médico.

Ella había intentado explicarle que no tenía agua caliente, que las tuberías del baño de su casa estaban bloqueadas y necesitaba reparar el retrete. Debía contratar los servicios de un gasfitero y, sin embargo, no tenía dinero y le preocupaba que su esposo saliera del hospital en esas condiciones. Recién operado, sería muy incómodo soportar la lluvia fría de la ducha. Él se quejaría y se sentiría contrariado. En cambio, si tuviera la seguridad de que su esposo saldría de alta pasado el fin de mes, no tendría por qué prestarse dinero y arreglaría los desperfectos de los servicios higiénicos con la pensión de jubilación que cobraba mensualmente.

A pesar de haber planteado sus preguntas numerosas veces a médicos y enfermeras, no era posible determinar la fecha del alta. Veía que los días corrían en el almanaque, y esperaba con temblorosa ansiedad cualquier indicio que presagiara una intempestiva decisión hospitalaria. Una auxiliar de salud le había dicho que cuanto más tarde se marchara del hospital sería mejor, porque estaría más recuperado, con la cicatriz cerrada y sin necesidad de recibir curaciones.

—En caso contrario, usted tendrá que aprender —le advirtió la auxiliar—. Deberá limpiar las zonas más distantes de la herida con bencina, y después aplicar alcohol yodado. Alrededor de la incisión sólo usará una gasa con agua oxigenada.

Ella no entendió. Era demasiado complicado.

—Tiene que perder el miedo, estar atenta y observar las curaciones que realiza la enfermera —le aconsejó la auxiliar.

Cuando insistió ante un médico que le diera la fecha precisa de alta, éste contestó malhumorado que las camas se ocupaban sólo por el tiempo estrictamente necesario, como si ella estuviera

pretendiendo retener a su marido en el hospital. Desde entonces había optado por una expectativa silenciosa. Alguien le había dicho que se avisaba a los familiares con veinticuatro horas de anticipación. Tal vez hoy me informan que sale mañana, se decía. Y aquello parecía inaugurar otra etapa de su vida. Imaginar cómo sería la casa con su marido convaleciente se le hacía difícil. Lo habían operado del intestino dejándole una abertura en un costado del cuerpo desde la que pendía una pequeña bolsa que le permitía defecar.

—Usted debe cambiarle la bolsa de la colostomía periódicamente y mantener la zona desinfectada —le había indicado la enfermera—, hasta que él pueda hacerlo por su cuenta.

La primera vez que vio la bolsa colgada del cuerpo de su marido se estremeció. Una cosa era manipular esa bolsa en el hospital, donde estaban los médicos y las enfermeras a quienes podría consultar ante cualquier emergencia y otra sería hacerlo estando en casa sin ayuda.

La señora Salinas colocó pan remojado con leche en el plato que su gato tenía en la cocina. El pobre animal parecía presentir que algo ocurría en el ambiente. Permanecía discretamente retirado en el patio interior, y sólo cuando ella regresaba por la noche, se acercaba a recibir su dosis diaria de caricias. Miró el reloj. Procuraba llegar muy temprano al hospital, justo cuando él despertaba. Ella lo acompañaba a tomar el desayuno y le untaba mermelada y mantequilla en el pan, no porque él no pudiera hacerlo, sino porque así había sido la costumbre entre los dos desde hacía casi cuarenta años y los hábitos se habían mantenido inalterables durante la hora de las comidas. Era adecuado mantener una que otra costumbre como si él aún estuviera sentado frente a la lumbre de la cocina, algo inocentemente engañoso pero que lograba imponer la seguridad de la casa en la desganada languidez del hospital. Y especialmente porque el médico había enfatizado que su marido tenía un problema en el corazón y no

era conveniente darle disgustos, aunque después afirmó que las tensiones pasarían pronto, al cumplirse el tiempo prudencial postoperatorio.

—¿Y cuándo se cumple el tiempo prudencial? —preguntó ella.

—Ya veremos —contestó el médico pensativo—, se lo diré más adelante.

Aquello era confuso, casi todo lo que escuchaba en el hospital era confuso, las palabras se perdían entre los mandiles blancos que corrían de un extremo a otro de los pasillos hasta disolverse en un ruido monótono y triste.

Al dirigirse hacia la calle para tomar el microbús, se volvió para contemplar una vez más el jardín de la entrada de la casa con el césped seco y los geranios con sus hojas frágiles y raquíticas. En otros tiempos no hubiera partido sin podar y regar los tallos sedientos. Ahora ya era demasiado tarde para ocuparse del jardín. Su marido había firmado una letra que garantizaba un préstamo que no había podido pagar, y pronto les embargarían la casa. El abogado había dicho que necesitaban depositar una gran cantidad de dinero para evitarlo. Pero la hospitalización, los medicamentos y la operación habían consumido sus ahorros y ella no encontraba solución alguna. Estaba realmente aturdida. Cada vez que salía, el jardín le recordaba la amenaza de embargo. Luego trataba de borrar la idea de su cabeza y cuando llegaba al hospital pretendía haberse olvidado de ella. No se puede alimentar dos dolores juntos, meditaba. En lo inmediato, lo principal era que su marido abandonara el hospital. Sin embargo, los esfuerzos que desplegaba para evitar acrecentar su angustia resultaban inútiles porque en el más inesperado momento la imagen del embargo aparecía como un flash en su imaginación. Veía a unos hombres vestidos de negro llegar con una camioneta y tocar la puerta. Veía cómo sacaban de su casa el televisor, la cocina, el refrigerador y los muebles. Veía sus viejos colchones descoloridos, exhibiendo los huecos que ella había parchado con pedazos de

tela y cinta adhesiva, sin sospechar que algún día lucirían públicamente sus torpes remiendos. Había sido un error pretender ahorrar la costura profesional de sus colchones. Los consideraba una prenda íntima y colocarlos a la vista del mundo era semejante a enseñar su ropa interior mal cosida. Tendría que exigir a esos hombres que los cargaran cubiertos con mantas o sábanas.

En la habitación del hospital, su marido ya estaba despierto. Ella le dio un beso en la frente, y depositó sobre la cama un pequeño maletín de plástico donde guardaba galletas y gaseosas que solía comprar a los vendedores ambulantes que merodeaban en la puerta de entrada del hospital Dos de Mayo, a pocos metros de la ruidosa avenida Grau. Aquello representaba otro gasto adicional, pero no podía contener la avidez de su impulso para proveer a su marido con lo que consideraba necesario, aunque después tuviese que contar cada una de las monedas que le restaban para completar los pasajes de la quincena. Le habían aconsejado que él tomara abundante líquido y en el hospital no le daban el volumen suficiente. La mayoría de pacientes se procuraba sus propios complementos de dieta. Su esposo estaba cada día más enfadado. Nunca le había gustado estar enfermo porque era un hombre muy libre, y ahora se podía decir que odiaba estar en cama porque odiaba verse sometido a la voluntad de otros.

—Anoche vino la enfermera a darme las pastillas a las doce, cuando me tocaban a las diez —le contó a ella—. Le dije que me entregara el frasco, que me encargaría de tomarlas en la hora correspondiente. Me contestó que yo era un paciente conflictivo.

—No te quejes. Después te van a tratar mal.

—Pero el doctor dijo que tenía que tomar las pastillas en horario exacto.

—No hay nada que hacer. Estás en sus manos.

—Le conté al médico.

—¿Y?

—Me dijo que no me peleara con las enfermeras.

—¿Ya ves?

—Aquí los médicos están tan apurados que no quieren ni hablar. Hasta ahora ni siquiera sé realmente qué es lo que tengo.

Ella asintió pacientemente porque entendía las sombras melancólicas que cruzaban los ojos de su marido.

—Te han operado del intestino y eso es todo —respondió al cabo de un rato.

—Pero encontraron un tumor.

—Ellos tampoco saben más. Van a hacerte otros exámenes.

—¿Para qué? Si ya me extirparon el tumor.

—Es por precaución.

—¿Será un cáncer?

—No, eso no. Nos lo hubieran dicho.

—No lo creo. Ellos no te dicen nada —repitió él.

—Eres terco. No nos mentirían.

—No me siento bien. Ya no estaré como antes. Ahora no podré ir al baño normalmente. ¿Cómo voy a caminar con esto? —protestó él, palpando con su mano el bulto de la bolsa recolectora bajo el cubrecama.

—Te acostumbrarás. La enfermera me contó que los pacientes viven así veinte años, sin problemas.

—Eso es falso.

—A tu edad, no deberías preocuparte tanto. No nos quedan treinta años por delante.

Intentaba animarlo, pero ella también tenía sus propias dudas. Quizás no le quedaba mucho tiempo de vida y era posible que los médicos estuvieran esperando la programación del alta para darle la noticia.

—No le crea una palabra a los médicos —le había asegurado la hija de una paciente vecina—, ellos revelan la verdad al

final, cuando usted está por irse. Es una forma de ahorrarse los minutos que tendrían que dedicarle a la familia y resolver las preguntas que uno tiene.

Era verdaderamente extraño que, a pesar de la intervención quirúrgica y la extirpación del tumor, continuaran haciéndole a su marido más pruebas y análisis. Cada día, un laboratorista entregaba papeletas con resultados que la enfermera colocaba en la historia clínica. Lo peor era que esos exámenes incrementaban la cuenta que al final tendrían que cancelar al hospital.

—¿Alguna novedad? —preguntaba ella ensayando un tono de voz indiferente.

—Ninguna —le respondía secamente la enfermera.

Estaba segura de que aunque esas papeletas informaran cualquier cosa, tampoco se lo dirían. Años atrás, cuando aún trabajaba como obrera en una fábrica textil empaquetando rollos de tela, le había llamado la atención una gran máquina nueva que habían comprado los dueños. Las piezas de género ingresaban por un circuito móvil hasta las entrañas del artefacto y después reaparecían dentro de una empaquetadura sellada.

—¿Cómo lo hace? —había preguntado estupefacta al técnico que entrenaba a un obrero en el manejo del aparato.

El hombre la había mirado de la misma manera que lo hacía la enfermera cuando preguntaba por los resultados de los exámenes.

—Tiene un mecanismo complejo —le explicó—, con unas poleas y un plastificador tibio.

El técnico no pretendió que ella entendiera. Esa gente cree que pierde el tiempo por hablar con nosotros, le comentó a su esposo por la noche. No insistas, le respondió él, no te humilles. Pero ella continuó preguntando diariamente al obrero que manejaba el aparato. Miraba hipnotizada cómo ingresaba las piezas por un sitio y aparecían por otro, milagrosamente empaquetadas. El hombre también ignoraba cómo funcionaba la máquina, sólo se ocupaba de subir y bajar unas palancas con cierta fre-

cuencia. La señora Salinas dejó de admirar el procedimiento cuando los empresarios la despidieron junto al resto de las obreras empaquetadoras.

—No importa —dijo ella—, ellos no me van a encadenar.

Pero no fue sencillo aceptar el sorpresivo despido y dejar de ir con las otras obreras con caras suplicantes los días y las semanas siguientes, a pararse en la puerta, a ver si se presentaba otra oportunidad, aunque fuera un pequeño trabajo eventual. Ella fue sólo una vez y se arrepintió de haberlo hecho. Era preferible aguantar un tormento atroz corto que uno largo, y no volvió más a la fábrica. Le invadió entonces un gran pesar, pero esperó. Sabía que el tiempo se encargaría de borrarlo. Fue como cuando se enteró de que Artemio se acostaba con La Toña, la vecina que vivía a unas calles de su casa. Entonces le dijo que se fuera del cuarto que compartían, que no lo necesitaba. Y en realidad sí lo necesitaba. Se despidió de él mordiéndose los labios, y siguió mordiéndoselos hasta hacerlos sangrar, y estuvo despierta muchas noches preguntándose por qué todo no era más fácil. Por qué tenía que estar condenada a sufrir por una decisión que deseaba. Si la gente supiera lo fastidioso que puede ser el amor, no se enamoraría, se decía. Igual que cuando las mujeres dan a luz, después se olvidan de los dolores de parto o no les importan porque lo que viene con los hijos tiene que ser mejor. De lo contrario, nadie tendría hijos. Y Artemio no fue recibido nunca más por ella. Golpeó la puerta, la siguió, le pidió perdón. No, le dijo, no. Y no quiso explicarle las razones que cerraban su corazón, ni a él ni después a nadie. Hasta que conoció a su marido y vio que él sí venía con algo bueno que no tenía Artemio. Era de esos hombres con los que una podía contar para levantar una casa o un negocio. No tuvo ninguno de los cinco hijos que Artemio regó por el barrio, ni volvió a escuchar las palabras elegantes y bellas con las que la encandiló desde el primer día, pero reconoció que no hubiera sido más sabia ni descubierto a su marido sin Artemio.

—No tenemos que depender de la fábrica, ni pedir, ni rendir cuentas a nadie —la consolaba su marido.

Y ella lo entendía y le gustaba que él organizara su vida con la terca voluntad del que no acepta servidumbres.

—Somos muy parecidos —contestaba ella.

Y ahí fue que tuvieron la idea de invertir para abrir una tienda.

—Seremos independientes —dijo la señora Salinas cuando inauguraron el local.

Y sin embargo la vida al final parecia querer demostrarle que uno no era mejor que un perro, que uno no se libraba de los otros. Dio un largo suspiro. La sala del hospital era grande, de techos altos de madera y paredes de adobe recorridas por grandes manchas de humedad. Dos hileras de camas, una frente a otra, se prolongaban hasta la puerta de entrada, la que daba a una galería basilical y un patio abovedado desde donde llegaba una velada luz y una leve brisa que no lograban ventilar el ambiente cargado de olores espesos de comida, alcohol y podredumbre.

—¿Ha llegado alguna notificación del juzgado? —inquirió su marido.

—No lo sé, el abogado está viendo eso.

—Tengo que salir de aquí para trabajar —masculló él.

Pero él ya no podría continuar en el negocio. Tendría que estar en cama y en reposo por unos cuantos meses. La tienda había acumulado pérdidas en los últimos años, por lo que habían recurrido a un prestamista para modernizar y ampliar el local. Compraron anaqueles, pintaron las paredes, cambiaron las losetas del piso y refaccionaron la trastienda levantando un techo con material ligero. Ambos estaban convencidos de que diversificando la oferta de productos recuperarían el ingreso que les permitiría sostenerse. Al principio, pagaron puntualmente las letras de la deuda a medida que las ventas fueron aumentando.

—Me duele el pecho —se quejaba él por las noches.

—Tienes que ir al médico.

—Ya se me pasará —objetaba él.

El dolor nunca se fue y el médico diagnosticó una insuficiencia cardiaca. Poco después empezó a tener malestares en la digestión y le advirtieron que tendrían que operarlo. Él ya no podía caminar con facilidad y continuamente sufría de náuseas. Fue entonces que el prestamista los conminó a pagar. Como no había dinero, amenazó con embargarles su única propiedad, la casa donde vivían. La deuda fue creciendo debido a los altos intereses y al cabo de un año era casi el doble de la cantidad inicial. La señora Salinas nunca sospechó la magnitud de los intereses hasta que él fue hospitalizado y ella tuvo que hablar con el abogado. ¿Qué haría con una deuda, un juicio, un embargo y un enfermo? El abogado requería dinero y ya no había con qué abonar sus honorarios. Trató de llegar a un acuerdo con él prometiendo que pagarían después, aunque ella misma no estaba convencida de que podrían hacerlo. El abogado la escuchó amablemente, pero no mostró mayor interés. Ni siquiera alcanzó a decirle que su esposo estaba con un tumor, que probablemente moriría, que la tienda estaba arruinada y la vivienda era lo único que les quedaba. La mirada del hombre parecía decirle "nadie trabaja gratis, señora", y dejó de ir al estudio del abogado. No tenía a quién recurrir. Su única pariente era la hija de su hermano, con quien ocasionalmente se visitaban en celebraciones de cumpleaños y se saludaban en Navidad. Años atrás su sobrina la había llamado para proponerle colocar mercadería en la tienda.

—Y además te ayudaremos en las ventas porque ustedes están solos, la tienda es grande y ustedes son nuestra familia —le comentó su sobrina entonces.

Ella titubeó ante la propuesta.

—Quiere vender confecciones y piezas de género importadas que trae del sur —le dijo la señora Salinas a su marido en aquella época.

—Pero nuestra tienda es de abarrotes.

—Eso no importa, tenemos espacio, el local es de ciento veinte metros cuadrados y está bien situado.

—No sé, decide tú.

—Su hijo es un muchacho fuerte, puede aliviarnos en el trabajo, ya no necesitaremos acarrear las bolsas de menestras y arroz que son tan pesadas.

Finalmente su sobrina y su hijo levantaron dos escaparates en la entrada del negocio donde colocaron rollos de telas, mercería y vestidos de estación. Tiempo después se les ocurrió ampliar el horario de atención y le pidieron a la señora Salinas la llave del establecimiento para abrir más temprano y cerrar más tarde.

—Inclusive, ustedes pueden tomarse el tiempo libre cuando quieran, nosotros podemos supervisar la tienda —le aseguró su sobrina.

La señora Salinas y su marido no hicieron caso a la sugerencia de la sobrina y continuaron yendo en diferentes turnos, aunque el local ya resultaba demasiado pequeño para tantos tenderos juntos. El hijo de la sobrina necesitaba espacio.

—Es un chico joven, ya ves cómo se mueve por aquí y por allá —decía la madre.

El muchacho había colocado un par de escaleras para treparse hasta los anaqueles más altos y se colgaba de ellos haciendo piruetas. Entonces comenzaron los problemas con las cuentas. Es que tu marido tiene la mala costumbre de fiarle a cualquiera en un barrio de pobres, y encima le está fallando la memoria porque se olvida de registrarlo en el cuaderno, dijo la sobrina a la señora Salinas.

—Siempre hemos trabajado así porque conocemos a la gente, son nuestros vecinos y por eso es que nos prefieren. Ahora tu sobrina se ha propuesto controlar el negocio —aseveró su marido una noche durante la cena.

—Todavía no nos tiene suficiente confianza.

—Además quiere cambiar la licencia y transformar la tienda en un bazar.

—Es un poco dominante —juzgó ella.

—Estará encendiendo velas para vernos muertos.

Las relaciones con la sobrina y su hijo se volvieron tensas. El muchacho no sólo manejaba sus ingresos, sino también una moderna máquina registradora de su propiedad que centralizaba todas las boletas de venta, y no dejaba que ellos la manipularan.

—Ahora la tienda se ve tan diferente y distinguida que hasta da vergüenza preguntar precios —exclamó una vieja clienta.

La señora Salinas observó que, sin consultar a nadie, el muchacho había ido desterrando los comestibles a los compartimentos más alejados y altos de los estantes, de tal manera que eran casi invisibles al público.

—¿Y qué tiene de particular? —rezongó el chico—. Tía, tienes que darte cuenta, ya tenemos un establecimiento de mejor categoría.

En ese momento la señora Salinas tomó una determinación. Sus familiares se irían del negocio.

—Terminemos esto de una vez. Fue una equivocación aceptar que vinieran —le aseguró ella a su marido—. Nos ponen mala cara cuando aparecemos, como si sólo al caminar ya estuviéramos cometiendo torpezas.

Su sobrina reaccionó airadamente ante la noticia. ¿Cómo me haces esto? ¿Tú, la hermana de mi padre? Hemos invertido y ustedes están cometiendo un abuso, protestó la mujer. Se marcharon sin despedirse y en venganza se demoraron más de dos meses en llevarse sus mercaderías. Después de aquel incidente la comunicación entre ella y su sobrina se interrumpió. No volvieron a llamarse más ni por festejos ni por cumpleaños. Más tarde, cuando la señora Salinas recuperó el tradicional horario de atención y organizó de nuevo sus cuadernos de cuentas con los clientes, pudo regresar al silencio del local vacío al atardecer, escuchando la cálida algarabía de los chicos jugando en la calle y comprendió cuánto amaba su soledad. Los viejos lazos familiares sólo

traían desorden y discordia. Nadie los elegía y, sin embargo, estaban ahí, desde que uno llegaba al mundo, imponiendo obligaciones misteriosas y creciendo como una tela de araña destinada a reducir la libertad de sus víctimas. Lo comprendió incluso mucho antes, un día de verano, mientras su sobrina y ella bebían unas tazas de café.

—Qué buena idea hemos tenido de trabajar juntas, ¿no, tía? Antes de que ustedes renueven el contrato de alquiler, ¿por qué no nos ponemos de acuerdo para incluir mi nombre? —y a continuación su sobrina le había pedido los originales del contrato y la licencia municipal del negocio afirmando que era conveniente evaluarlo con un abogado.

—Faltan semanas para renovarlo —había contestado la señora Salinas con gesto ambiguo.

—Mira, ni te preocupes del asunto, para eso soy tu sobrina, dame los documentos que yo me hago cargo.

No se los dio y solo se libró del pesar que le producía conversar sobre el tema cuando su sobrina se marchó de la tienda. Aquellos malos ratos pasados la enfurecían más, cuando ahora, sentada ante la cama del hospital, recordaba que en cualquier momento podría llegar la gente del juzgado y echarla de la casa.

—Has sido un insensato, vamos a perderlo todo. ¿Cómo me engañaste aceptando semejantes intereses? ¿Por qué no me dijiste nada? Has tenido que enfermarte para que yo me enterase.

—Tonterías, no es como tú crees. Cuando salga de aquí cancelaré la deuda, ya verás.

La señora Salinas consideraba que aún no era el momento de referirle a su esposo que la enfermedad lo había convertido en otro hombre. No volvería a ser el mismo de antes.

—Creo que debo venir menos aquí para volver a atender la tienda —exclamaba ella compungida. No quería mencionarle que ya debían dos meses de alquiler del local.

—No vengas. Nadie te lo ha pedido —refunfuñaba él.

Siempre llegaban al mismo punto porque ella sabía que si no iba diariamente al hospital, tal vez su marido dejaría de comer, se agravaría y podría sufrir un infarto. Lo había pensado incansablemente. El comercio estaba abandonado, no había cómo incrementar sus ingresos. Tal vez los ratones ya habían dado cuenta de los sacos de menestras. Iré al hospital solo tres días y me dedicaré el resto de la semana al negocio, se decía, por lo menos para cubrir el alquiler. Él entenderá. Sin embargo, cuando llegaba al lado de la cama y lo veía adelgazado, con los huesos prominentes, las mejillas blancas, los ojos hundidos y sin brillo, se arrepentía. Especialmente después de lo que ocurrió con una señora cuyo esposo ocupaba una de las camas vecinas. La mujer se las ingeniaba para ingresar al hospital desde el alba, pero un día llegó pasadas las doce y descubrió que el médico la esperaba en el pasillo. El marido había muerto después de tomar el desayuno. Cuando ella ingresó a la sala, el hombre ya había sido envuelto en sábanas, como se hace con los difuntos. La esposa no pudo verle el rostro.

—¡Tan de repente! —lloraba la mujer en el pasillo—. ¡Tan de repente!

El señor había estado muy bien. Tenía un gracioso bigote recortado como un cuadradito sobre el labio, y su voz sonora y sus risas llenaban de jolgorio la sala del hospital. El día de su muerte había bromeado desde la primera hora de la mañana.

—Qué mala suerte —cuchicheó la enfermera a la señora Salinas—. Llegó por una apendicitis, ¿sabe? Es una operación muy sencilla, y fíjese, se muere de un infarto.

—Una nunca sabe cuándo puede ocurrir —le aseveró la auxiliar que barría los pisos—, la semana pasada fue igual. Un paciente de veinte años de edad, que ya iba a salir de alta fue encontrado muerto en su cama por una insuficiencia respiratoria aguda.

—¿Tan joven, cómo así? —interrogó la señora Salinas—. ¿Para qué están los médicos? ¿Acaso no saben que alguien se va a morir?

La auxiliar movió la cabeza negativamente.

—Sólo Dios, señora, pregúnteselo a él.

Cada mañana la señora Salinas temía encontrar a su esposo envuelto en sábanas, hecho una momia. Por eso trataba de llegar apenas abrían las puertas del hospital. Pero cuando entraba a la habitación y lo veía sentado en la cama, tan vivo y natural como el día anterior, la cólera la invadía otra vez.

—Cómo nos has colocado en este problema —le increpaba—. No puedo dormir pensando que nos van a embargar.

Aunque él parecía restar importancia a sus comentarios, en ocasiones ella notaba preocupación en su rostro. El pasar del tiempo la sosegaba un poco, hasta que de nuevo aparecían los flashes con los hombrecitos vestidos de oscuro y ella volvía a ver sus muebles viejos en la calle.

—No sé qué vamos a hacer —aseveraba la señora Salinas como en una letanía.

Aquel día, cuando le trajeron el almuerzo a su esposo, ella ya estaba impaciente. Le aburría pasar tantas horas sentada en la única silla pequeña e incómoda que el hospital destinaba para cada enfermo.

—Saldré a dar una vuelta por el patio —dijo ella.

Él se quedó dormitando después de comer.

Caminó por el pasillo ensimismada y, cerca de la estación de enfermería donde había unos sillones para los familiares que llegaban en las horas de visita, se aproximó a un ventanal muy amplio para recibir los rayos tibios de sol.

—Esto es demasiado —dijo—. Demasiado.

Al lado de ella estaba sentada una mujer mayor.

—¿Cómo? —preguntó la desconocida.

—Nada, nada.

—No le escucho, hable más alto —insistió la mujer.

—¡Es demasiado! —le gritó. Se sorprendió al oír esa voz que no parecía la suya.

Las enfermeras de la estación la miraron y ella se avergonzó, bajando la cabeza.

—Siempre es un problema estar aquí —exclamó la desconocida.

—¿Y usted por qué viene?

—Mi hijo está mal —contestó la mujer con la vista perdida en el horizonte del paisaje tras el ventanal.

—Mi esposo también —dijo ella—. Le han hecho una colostomía y ya no puede hacer sus deposiciones normalmente.

—Hable más alto, no escucho bien.

—Mi esposo se va a morir —respondió la señora Salinas—. Entonces tendré que ir a un asilo.

—¿No tiene parientes?

Ella negó con la cabeza.

—Oh, bueno, en el asilo una no la pasa tan mal. De todas maneras tiene que ser precavida. Es difícil conseguir vacante en un asilo —la mujer ahora la contemplaba con detenimiento.

—¿Conoce usted alguno?

—Una vez fui a visitar a una comadre que se alojaba en uno. Los viejos cantaban y bailaban.

La señora Salinas dibujó una sonrisa breve.

—Tratan a los viejos como imbéciles o borricos, eso es lo desagradable —continuó la desconocida—, pero es conveniente estar con alguien, ¿no? Porque vivir sola es un calvario cuando una no tiene fuerzas ni para cargar un mueble.

—Me gustaría que el asilo tuviera un jardín y flores —comentó ella—. De tanto venir aquí ya no tengo tiempo para nada. Mis geranios se han secado.

—¿No tiene amigas?

—Sí, varias —replicó inmediatamente.

Pero no era cierto. Ya no tenía amigas. Las dos más cercanas habían muerto en los últimos años. Su vista se nubló.

—Entonces con ellas ya no se sentirá una tonta. A veces suelen ser mejores que la propia familia.

—Es cierto —contestó ella débilmente.

Se despidió de la mujer y echó a caminar titubeante porque las piernas se le doblaban. Decidió buscar un lugar solitario donde pudiera estar sin ser importunada. A corta distancia del hospital había una iglesia que a media tarde estaba vacía. Cruzó el parque de la Historia de la Medicina sorteando los pilares que sostenían estatuas de médicos célebres y bajó por el jirón Huánuco. Una masa de escolares inundaba de bullicio las calles. Esperó que apuraran el paso. En una ocasión uno la había empujado bruscamente y a duras penas había logrado sostenerse en pie. Con su marido hospitalizado, ella debía evitar accidentes. Caminó pegada a las paredes de las viviendas. Las pistas eran estrechas y algún carro desbocado podría trepar la vereda, darle un empellón y partir dejándola abandonada. Examinó un lado y a otro de la calle. No se veían vehículos.

El ambiente al interior de la iglesia estaba fresco y se podía sentar cómodamente frente al altar de la Virgen del Carmen, donde había un par de sillas mullidas y forradas de terciopelo. Una sustancia pastosa, producto de la humedad, emergía del pedestal de yeso que sostenía a la virgen y avanzaba hacia arriba, deteriorando la pintura celeste y dorada, deshaciendo los bordes cuadrangulares de la cornisa y amenazando peligrosamente el manto de la estatua que caía hasta los pies. Estiró el brazo y su mano se hundió en el yeso sin ninguna resistencia. Hurgó con los dedos y pulverizó la masa suavemente. Una nube de polvo cubrió el piso. Nada es duradero, se dijo. El corazón comenzó a

palpitarle. Los latidos ascendieron hasta su cuello y llegaron a sus oídos desatando una oleada de calor en su cabeza. El taconeo de unos zapatos le hizo darse la vuelta. Una mujer salía de uno de los confesionarios situados en el ala izquierda de la nave central y luego desapareció en el portal que daba a la calle. La señora Salinas se quedó unos segundos con los ojos clavados en el confesionario. Se levantó y se aproximó a él. Detrás del rectángulo cubierto por una celosía se percibía la sombra de un cura. Acercó su rostro. Una voz ronca la saludó. Ella abrió la boca pero no supo qué contestar. El cura repitió el saludo pegando su cara en la malla tan cerca de ella que podía escuchar la respiración del hombre. Le respondió que en lugar de confesarse deseaba conversar porque su esposo estaba muy enfermo. Y tenía miedo. Miedo de la inminencia del embargo.

—La casa es pequeña, de cuatro habitaciones, aquí nomás en Cocharcas. No puedo dormir, padre. Y por más que siempre he trabajado duro sigo siendo pobre. ¿Por qué todo continúa igual?

—Es una pregunta difícil de responder.

—¿Usted qué cree?

—Pues que hay que luchar sin perder las esperanzas.

—Antes, cuando trabajaba en la fábrica, los pobres éramos los explotados, teníamos contra qué luchar; ahora solo somos unos pobres diablos.

—A veces Dios nos envía pruebas para medir nuestra fe. Desde los tiempos de Job nos sigue enviando pruebas.

—Por lo menos, cuando yo trabajaba en la fábrica funcionaba el sindicato y ahí sí que era otra cosa, los abogados nos protegían porque una iba y recibía orientación de verdad, hay que hacer esto o lo otro, te decían.

—Si lees a Job en las Sagradas Escrituras, te darás cuenta del valor de la paciencia.

—Estoy atrapada, padre, y yo sólo quiero saber por qué.

—¿Y quién no está atrapado? Fue Job el que le preguntó a Dios: ¿por qué me has creado? ¿Por qué me haces sufrir así? El Libro de Job nos hace ver que todos los dolores son soportables mientras exista la esperanza.

—Y bueno, ¿qué le contestó Dios a Job?

—¿Qué le contestó? Pues no recuerdo exactamente, lo que Dios hizo fue demostrar que los hombres no siempre estamos preparados para comprender la justicia divina. Conclusión, hay preguntas que Dios no responderá.

El cura permaneció callado unos segundos. La señora Salinas aguzó el oído contra la celosía.

—Qué va padre, no se haga el ciego. La respuesta es clara, él sabe muy bien cómo funciona la maquinaria —dijo ella, y ya no escuchó más el murmullo del hombre.

Al levantarse del reclinatorio, las caderas de la señora Salinas crujieron dolorosamente. Así no podía andar. Regresó hacia el altar de la Virgen del Carmen para recostarse. Se acomodó en una banca y encogió su cuerpo tratando de relajar los músculos. Cerró los ojos y pronto comenzó a cabecear. Al cabo de un rato, un aire frío se filtró por debajo de su traje y la despertó bruscamente. ¿Qué hora sería? Las visitas terminaban a las cuatro y si no llegaba antes, no la dejarían ingresar al hospital. Salió precipitadamente de la iglesia y atravesó las calles sin fijarse en los semáforos.

Llegó jadeante. Su marido yacía con la mirada fija en el techo. A lo lejos se escuchaba la música de una radio.

—¿Qué has estado haciendo? —preguntó él.

—Conversando con un cura.

—¿Sobre el embargo?

—¿Por qué lo dices?

—Últimamente no hablas de otra cosa.

—No es para menos —contestó ella sacando un tejido de su maletín. Comenzó a colocar los puntos de lana en las agujas—. El cura me aseguró que siempre seremos tan pobres como viejos.

—Qué cura para idiota. Espera que salga del hospital. Pagaremos hasta el último centavo. Y luego ahorraremos y te compraré un nuevo televisor a colores de pantalla grande. Uno bueno, aunque sea caro, uno al que no tengamos que cambiarle la antena como hacemos con el de ahora.

—Te haré una bufanda grande para el invierno —comentó ella.

—Pero ahora va a comenzar el verano.

—Será para el invierno —afirmó ella sin levantar la vista del tejido.

—Hazme una gruesa, negra y gris, como la que me hiciste hace años, me la ponía todos los días, ¿recuerdas?

—Esta también te va a durar años, tantos como el nuevo televisor a colores que dices que comprarás —respondió ella.

Luego ambos callaron. Ella siguió tejiendo, ajena a las luces que comenzaban a encenderse sobre los pasillos y el patio, al frío sombrío que caía sobre las calles de la ciudad, contando los puntos de lana, contándolos una y otra vez.

—Ya debo irme, tengo que atender al gato. Hoy ha sido un día agitado —dijo ella al anochecer, guardando su tejido en el maletín de plástico.

Se acercó a su marido y le arregló el cuello de la camisa del pijama que lo tenía doblado al revés. Luego le dio un beso en la cabeza.

—No te pelees con las enfermeras —le aconsejó—, no te conviene.

Su marido le respondió con un gruñido ininteligible. Antes de partir, ella le echó un último vistazo desde el fondo del pasillo. Él le devolvió la mirada y levantó la mano a manera de despedida. Afuera del hospital soplaba un viento ligero cargado de humedad. En el parque de la Historia de la Medicina, frente al

atrio de entrada al nosocomio, los bustos de bronce de los ilustres galenos rodeaban una fuente circular. Uy, pero qué hombres tan serios, pensó. Sus piernas entumecidas le pesaban más de lo acostumbrado. Decidió sentarse unos minutos en una de las bancas próximas a la pileta. Las copas frondosas de las palmeras que bordeaban los jardines se agitaron sobre ella produciendo un vago rumor de voces. Tuvo la inmediata sensación de estar rodeada de gente. Levantó la cabeza. Se tropezó con las estatuas cubiertas por un manto de excrementos de paloma, que había borrado de los semblantes de aquellas figuras todo signo de orgullo. Ahora la contemplaban quietamente desde algún remoto y callado lugar. Creyó escuchar cantos de pájaros entre las hojas. Observó que las caras de las esculturas, vistas de cerca, se animaban con el reflejo de la luz bailando sobre las cuencas vacías de los ojos de metal y los labios, como hablándole, susurrándole palabras agradables que, sin embargo, ella no llegaba a descifrar. Continuó sentada, con la cabeza ligeramente ladeada. Así encontraron su cuerpo al día siguiente, con las manos agarrotadas y lívidas, asidas a su pequeño maletín de plástico.

AEDA

Antes que tu corazón existirá y seguirá también después.
Tan sólo esto ten presente: Cuanto salves en el rayo
se conservará puro eternamente.

ODYSSEAS ELYTIS

El olor a mar era tan intenso como la neblina brumosa que cubría el malecón en aquella mañana de otoño, cuando Lanfranco leyó distraídamente el periódico. Entonces su andar era ya el de un hombre fatigado y de ánimo decaído. Fue así como se enteró de que Aguinaga había sido galardonado con el Premio Nacional de Poesía de la IV Bienal de la Biblioteca de Autores. Sus manos se crisparon entonces sobre el papel, y continuaron ateridas como manos agarrotadas de muerto, más frías, delgadas y blancas que nunca, hasta que regresó con paso lento a la quinta donde vivía. Saludó a la vecina que barría la puerta de la entrada, e ingresó a la sala de su casa, silenciosa, sin ruido, sin mujer ni hijos. En la soledad del espacio murmuró las lánguidas palabras que repitiera Kafka en su propia habitación, *hermosamente vacía*, y se tendió en el sofá, respirando hondamente. Aguinaga había ganado. El premio era económicamente sustancioso y representaba la consagración de la obra de un poeta de larga trayectoria. Uno de esos premios que se conceden una sola vez en la vida y generalmente cuando uno ya se está acercando a la muerte. Desde que ambos eran muchachos y se conocieron en los recitales de poesía, Aguinaga actuaba como un gran maestro. Sus ambiciosas vanidades le granjearon el desprecio de mucha gente, pero aquello no era extraño entre poetas que no pasaban de los veinte años y que soñaban con ser originales transformando el mundo de la retórica académica. Participaban en los manifiestos públicos con

apasionada violencia, como si cada acción fuera la más genuina o la única posible. Lanfranco, demasiado tímido para la exhibición y los enfrentamientos, prefería la opacidad de un lugar callado, y aparecía en el estrado sólo cuando era llamado.

Aguinaga era el virtuoso de las imágenes metálicas, duras y contradictorias cuyo magnífico ritmo volvía coherentes. En el transcurso de sus sesenta años de vida, había recorrido el mundo con una beca tras otra. Estudios en Europa, Estados Unidos y México, algunos meses en la Argentina, y una larga estancia en el Japón. Lanfranco, mientras tanto, viajaba desde un colegio hasta otro de la ciudad, dando clases de literatura a los alumnos de secundaria. A veces conseguía trabajos extras haciendo ponencias en algún evento, o escribiendo uno que otro artículo en los periódicos, pero siempre escasos y mal pagados. A Lanfranco lo llamaban el poeta de la adolescencia, porque su poesía expresaba un estado indefinido entre la vigilia y el sueño, como si en cada momento naciera y descubriera los pequeños objetos del mundo, revistiéndolos de sentido y de luz. Pero él no tenía la fuerza seductora y el aliento épico de Aguinaga, quien dotado de un gran carisma convocaba a la prensa y a los circuitos sociales de intelectuales, empresarios del comercio y las finanzas. La culminación de su periplo vital como un laureado poeta nacional había sido el premio de la Bienal. Lanfranco no lograba entender qué había pasado. La única buena poesía de Aguinaga era la de su juventud. La de los primeros años, cuando aún no había llegado a la treintena. Luego comenzaron los versos melosos, complicados, que emulaban un vanguardismo epigonal que resultaba incomprensible. Un mundo barroco de flautas y voces farragosas con las que pretendía representar extrañas alegorías. Pero había sido incorporado a la Academia Peruana de la Lengua, y los

artículos de crítica que eventualmente aparecían en la prensa no dejaban de mencionarlo y exaltarlo. Cuando llegaba alguna figura célebre de la literatura internacional, Aguinaga era el indiscutible abanderado de las letras nacionales. Dictaba conferencias, asistía a universidades extranjeras como profesor invitado, y se mostraba como un erudito conocedor de la producción artística. Lanfranco había seguido sus pasos discreta e insensiblemente. Por más que su voluntad se resistiera, Aguinaga aparecía como un soplo de mal viento de vez en cuando. En los momentos libres que tenía entre clase y clase, mientras revisaba pruebas sentado en el salón de maestros del colegio donde trabajaba, Lanfranco reflexionaba. Había llegado a la conclusión de que el país estaba poblado por un conjunto de asnos que se pavoneaban entre los periódicos y las universidades. Y sufría. Sufría mientras escuchaba las opiniones de sus colegas en las conversaciones de todos los días. Sufría también cuando ellos lo invitaban a beber cerveza y hablaban de mujeres, cuando lo único que él deseaba era estar escondido en algún lugar para leer a Henri Michaux, entregado a la construcción de las frases que aparecían en el universo de su imaginación y que eran constantemente interrumpidas por el ruido diario de los otros. Le costaba trabajo concentrarse en su cuaderno de notas, rememorando una y otra vez cada metáfora antes de que se perdiera en el vacío. Pero a veces la realidad parecía abrumadora. ¿No se estaría equivocando? Se preguntaba entonces por el sentido de sus versos, y no encontraba respuesta. Ya no entendía para qué o para quién escribía.

Mirando el almanaque que tenía en frente de él, vio que no sólo era el día en que Aguinaga había ganado el premio, sino también la fecha de pago de su cesantía. Se levantó del sofá y decidió recoger los platos del desayuno que había dejado sobre la

mesa. Observó que aún quedaban dos panes, pero ya no podría guardarlos para el día siguiente y tampoco le gustaba echarlos a la basura, así que decidió comerlos por la noche con un par de huevos fritos. Los envolvió en papel y los depositó cuidadosamente, como dos hijos pequeños, sobre el aparador del comedor. Pero por si acaso prefiriera untarlos con mantequilla, la dejó fuera de la refrigeradora, porque le gustaba hundir el cuchillo sobre la superficie blanda y después esparcir la crema sobre la corteza del pan. Pensó que freiría los huevos con aceite virgen de oliva, que le decían era bueno para evitar el colesterol. Luego pasó un trapo húmedo sobre la mesa y dejó la madera brillante, como era su costumbre. Era el único lugar de la casa en donde podía sentarse a leer o a escribir porque la luz llegaba potente y directa desde un ángulo exacto que no había logrado encontrar en ninguna otra parte. Aquel hábito era un legado de su infancia, de la época en que su madre y su abuela se sentaban para ver pasar a la gente desde una ventana que asomaba sobre una pequeña avenida de Miraflores. Él las contemplaba instalado en la mesa del comedor, en el lado más luminoso de la sala, el ángulo preferido, el único sitio, además, en que era posible estudiar y no había rumas de ropas o telas desperdigadas como en el resto de la casa. Ellas casi no hablaban. Solían pasar horas observando la calle hasta que la oscuridad anunciaba la cena. Entonces él cerraba los cuadernos y esperaba en silencio. Tarde o temprano una de las dos aparecería con el plato humeante, la jarra de agua, el pan tibio y calentado en el horno. Se sentaría frente a él y comenzaría a comer. Así era todo.

Lanfranco, con ademán melancólico, extrajo de uno de los cajones del aparador un sobre grueso en donde tenía guardados sus documentos. Los colocó en el bolsillo del pantalón y salió hacia la calle. Prefería ir a pie la mayor cantidad de trecho posible. Al llegar a una esquina, un muchacho le dio un breve empujón colocándolo casi al borde del sardinel. Vio que el chico partía

sin volverse atrás. Pensó que, como todos los jóvenes, aquel era un petulante que no se preocupaba de sus actos, al estilo de los noveles poetas, cuando creyeron que su canto duraría tanto tiempo que vencería a la muerte y lo demás no importaba. Cruzó la pista y alcanzó a subirse a un colectivo que iba por la avenida Arequipa. Las calles pasaron veloces ante sus ojos, pero él ya no las veía. Imaginaba las pilas de ropa sobre la máquina de coser, el ruido sordo y constante del aparato y las manos diestras de su madre tensando la tela, cortando los hilos con los dientes, estirando las camisas y blusas recién cortadas y cosidas. Entonces los géneros de diversos colores yacían regados sobre los muebles y sólo eran recogidos cuando alguna de las elegantes clientas buscaba desdeñosamente un lugar donde sentarse. Él continuaba en la mesa del comedor, sobre los cuadernos, escuchando las conversaciones de las mujeres. Aquel era el único mundo que había conocido.

Cuando llegó a la oficina de pagos, todavía era uno de los primeros. Por eso le gustaba llegar temprano, para evitar las colas. Solía encontrarse ahí con antiguos compañeros de la universidad, maestros como él, gente que inclusive había conocido en la misma oficina a lo largo de los años, siempre en las mismas fechas. Lanfranco permanecía callado, aunque a veces alguien lo reconocía y lo observaba con respeto. Él ya conocía aquellas miradas de las que había gozado intensamente en otras épocas. En ocasiones, sobre todo en los años de sus primeras publicaciones, los cuchicheos que su presencia despertaba en los otros, le indicaban que había alcanzado cierta notoriedad como poeta. Aquello arrancaba algunos gruñidos confusos en su abuela, que jamás entendió el sentido de los libros y mucho menos el de los versos. En su pequeña percepción del mundo, pensaba Lanfranco,

la gente común y corriente no comprendía el lado oculto de las cosas terrenales, aquel que sólo podía expresarse a través del goce de las palabras. Cuando ganó el Premio Nacional de Poesía, su abuela ya había fallecido y su madre vivía sumida en el desconcierto. Todavía podía verla, caminando torpemente entre la gente, buscando algo con la mirada, quizás alguien, entre las butacas de la primera fila el día en que le entregaron el premio. A lo mejor pensó que el padre del poeta estaría ahí, oculto entre los invitados, como ella, viendo al hijo crecido y triunfante, pero aquel hombre no llegó nunca. Después ella descubriría entristecida que Lanfranco, joven universitario, era asiduo concurrente de bares y cafetines acompañado de indeseables que proclamaban manifiestos insultantes en los periódicos, anunciando la destrucción del mundo y de sus leyes. A veces aparecía desaseado y de mal humor, con signos inconfundibles de haber bebido. Si sigues así, nunca serás nada, repetía ella con voz profética. Cuando Lanfranco terminó los estudios, y como si fuera un dictamen inapelable de las parcas, murió su madre, y con ella todo lazo terrenal que lo hubiera atado al mundo. Sin parientes ni padre conocido, le dejó como herencia algunas pequeñas deudas y el contrato renovado del alquiler de la casa.

Al recibir el cheque en la ventanilla, vio con sorpresa que le había venido con un descuento mayor de lo habitual. Le preguntó a la señorita en voz baja si tenía alguna explicación, tratando de no alarmar a la gente que esperaba detrás de él. Pero fue inútil, los de la cola estaban siempre atentos a la menor merma del sueldo y cualquier cambio generaba expresiones de disgusto y protesta. La muchacha no sabía nada, porque nunca sabía nada, esa era la respuesta inevitable. Arrepentido de haberla interpelado, Lanfranco se retiró mientras escuchaba el rezongo de su vecino expresando su propio malestar. La chica seguía respondiendo invariablemente las mismas palabras. No estaba al corriente, no podía dar ninguna razón. Caminó lentamente hacia la salida, sintiendo

que él también era parte del murmullo quejumbroso que se había iniciado a sus espaldas e iba surgiendo a lo largo de la cola. En la calle, un grupo de chicas frescas y alegres, vestidas con colores veraniegos, cruzó frente a él sin mirarlo, y siguió rumbo a la avenida. Vio cómo se perdían entre las bocinas de los automóviles y no dejó de contemplarlas hasta que desaparecieron. Le gustaba observar a las muchachas y los muchachos caminando y riendo juntos, en grupo, con sus cuerpos delgados y musculosos, los cabellos sueltos y hermosos, llevando todavía la sorpresa retratada en el rostro, con cierta ingenuidad, con todo el poder y la audacia de la inexperiencia. A veces se fijaba en ellos cuando iba al supermercado que estaba por su casa. Los veía recorrer los estantes y cargar su carretilla con gaseosas, licores, embutidos y galletas. Generalmente eran muchachos que se proveían de alimentos para una reunión, porque no se detenían a comprar legumbres, carnes, pastas y detergentes como las amas de casa. Llevaban vinos o quesos, ingredientes de comidas rápidas y ligeras. Entonces Lanfranco sentía que su corazón se arrugaba, que ya había pasado la buena época, cuando las aulas de los anfiteatros se llenaban para presenciar la declamación de los poetas y los asientos estaban abarrotados de bellas muchachas que los observaban y quizás admiraban con curiosidad. Así descubrió un día el rostro inquieto de Matilde, escuchándolo atentamente, acompañándolo en los pasillos de la universidad, en los jardines y los patios.

Matilde lo siguió a cuanto recital hubo en que él se presentara, dando inicio así a un amor apasionado que guió e hizo expirar con la misma intensidad con la que comenzó. Ella le enseñó a escudriñar sus propios sentimientos. Lanfranco se deleitaba con nombrarlos, convertido en un pescador que espera tranquilo sobre la mar calma mientras escruta la red sumergida. Cuando aparecía la sensación, sabía que aquel era el momento de recogerse porque ya el agua se agitaba con hervores que indicaban la presencia de la presa. Entonces intentaba capturar con palabras

aquello que emergía desde lo más profundo de sí mismo, breve, fugaz. Matilde quería casarse como todas las chicas. Tenía una seguridad conmovedora en la familia, los hijos, el futuro. Y también en las economías de la casa. Cuando Lanfranco llegó a la madurez, Matilde no quiso esperar más. La mayoría de los amigos comunes se habían casado y algunos tenían hijos. Pero los poetas se resistían porque sabían que el matrimonio y las responsabilidades lo alejaban a uno de los tiempos necesarios para el oficio. Los que sucumbían, que eran la mayoría, terminaban exhaustos y rendidos entre los pañales, el llanto de los chicos y los peregrinajes a causa de los alquileres inaccesibles. Uno los veía andar presurosos de un lugar a otro, buscando nuevos trabajos, y quejándose de la escasez del dinero. Cada vez publicaban menos, hasta diluirse en un sombrío anonimato que los iba aplastando. Lanfranco supo que el estado del poeta era parecido al de los futbolistas o las aeromozas. Siempre jóvenes. Las muchachas no querían a poetas canosos o gordos y calvos. En su lugar aparecían los nuevos, aprendices del oficio, que inflamaban otra vez sus corazones. Y las antiguas chicas que poblaban los anfiteatros y los cafés se convertían en matronas que paseaban a sus vástagos y contabilizaban los billetes de sus maridos. Matilde significó el descubrimiento de las fibras más profundas de una desconocida intimidad, que partía de la otra orilla del mundo y la soledad, pero también representó la tristeza que creía haber olvidado, desde los tiempos en que veía a su madre, como una planta mustia, extinguirse bajo el ronronear inalterable de la máquina de coser. Así un día Matilde se fue con otro. Y aunque la buscó y le prometió lo que jamás podría hacer, ella siguió su camino por otros rumbos, aquellos que la gente elige para cumplir con las tareas de la vida como buenos alumnos, que era a fin de cuentas lo que ella quería.

Al llegar a la quinta, notó que se veía bonita y llena de plantas. Y a pesar de las paredes sucias y los chicos que jugaban pelota en las calles, y el ruido a veces atroz, vibrando en el calor sofocante, Lanfranco pensó que ahí bullía un océano cálido de sonidos y sensaciones que todavía lo complacían. La vecina de la casa de al lado, que cultivaba hortensias en grandes macetas, estaba sentada en la puerta con ojos despiertos y vivaces, abanicándose como una antigua española con pendientes largos que colgaban como aderezos sobre su grueso cuello. La señora lo descubrió un día en una foto del periódico. Desde aquel momento comenzó a saludarlo con grandes gestos de admiración, como si él fuera un personaje que había descendido desde el Olimpo hacia el lado de los mortales. Una vez, cuando él regresaba de pagar sus facturas de agua y luz, la mujer se le acercó rápidamente, y llevándolo con frases entrecortadas hacia su casa, le presentó a una muchachita que no tenía más de veinte años. Para que conociera a un poeta famoso, le dijo, porque su hija lo admiraba y también otros condiscípulos suyos, y si él aceptaba, ella deseaba invitarlo alguna vez a su casa, y quizás podría declamar los bellos versos que, estaba segura, él guardaba. Lanfranco hacía muchos años que vivía recluido y aquel súbito reconocimiento le disgustó. La mujer le presentó a su esposo, a un sobrino y a dos vecinas que lo miraron asustadas, no sabiendo bien qué decir ni cómo decir. La salita de la señora era tan pequeña como la suya, con unos muebles desvencijados cubiertos por una tela grisácea y sucia, adornados con flores artificiales que decoraban un recipiente de latón brillante. Un gran retrato de la Mona Lisa colgaba de la pared central en un marco antiguo de pan de oro, que la mujer le mostró con orgullo, explicándole que una amiga había traído la reproducción de Italia. El piso de la sala estaba comido por las polillas, y sus pies crujían sobre la madera, lo que le provocó a Lanfranco una sensación vertiginosa de hundirse hacia un fondo oscuro. Los escuchó en silencio, les agradeció el interés

y rogó que lo disculparan porque tenía que irse. Desde aquella vez se sintió avergonzado en cada encuentro con la señora, porque temía parecer antipático y le incomodaba tener malas relaciones con el vecindario. La mujer, al verlo, se levantó rápidamente y le contó, hablando muy de prisa como acostumbraba, que había llegado de Tacna un muchachito amigo de su hija, que quería ser poeta. Ellos se sentirían tan felices si él pudiera hablarle, le explicó. Lanfranco se excusó atropelladamente e ingresó a su casa.

¿Por qué no lo dejaban en paz? Que buscaran a Aguinaga, sería más adecuado, pensó con amargura mientras cerraba suavemente la puerta. El éxito social le había dado a Aguinaga un aplomo y una seguridad que él, en cambio, había perdido. Reclinado sobre el sofá, recibiendo el sol del mediodía, recordó el único viaje que hizo en su vida, el año nefasto en que se fue Matilde. Tres meses después de su partida, el gran poeta Marini, enfermo de tifoidea, no pudo aceptar una invitación a Santiago a un encuentro de poesía latinoamericana. Marini le tenía estimación y lo llamó por teléfono. Le explicó que la invitación era para Lanfranco o Aguinaga. Y él había optado por Lanfranco. Usted, profesor, se lo merece, le había dicho. Y así lo había propuesto a los organizadores. Lanfranco, haciéndose algunos préstamos, se compró lo necesario para el frío invierno chileno: una bufanda de alpaca, un abrigo, un gran maletín, y marchó hacia la ciudad desconocida. Apenas llegó le dio una gripe con fiebre, y tuvo que estar enclaustrado en el hotel casi todos los días que duró el evento. Iba a lo que resultaba indispensable, pero se sentía ajeno al ambiente, la gente circulaba alrededor de él con indiferencia, y cuando mencionaba quién era le sonreían desconcertados, como si fuera un intruso. Se cruzó con los grandes poetas, los famosos. Laurenti, Robles, Adoum, Lieberman. Ellos eran perseguidos por enjambres de estudiantes que buscaban autógrafos y los atendían embelesados. Lanfranco vivía tan sorprendido

como los propios estudiantes y también hizo firmar subrepticiamente algunos libros como cualquier muchacho. Gozó secretamente con las voces soberbias de Lieberman encandilando a la concurrencia que no cesaba de aplaudir al poeta, enorme, fuerte y entrado en carnes como un monumento nacional. Regresó a Lima seguro de que no tenía ni podría tener nunca más otra pasión en la vida distinta a la que había elegido, aunque el camino fuera árido y condenado de antemano al sacrificio. Pero el trabajo, los quehaceres nocturnos corrigiendo pruebas, los interminables viajes en el transporte, las colas en las oficinas públicas, le habían apagado el ardor y la convicción. Con renovada energía comenzó a quedarse en la madrugada casi hasta el amanecer ensamblando palabras, leyendo en voz alta con empecinado denuedo, repitiendo ritmos como los sones de una canción. Esperaba impaciente durante el día el momento de llegar a su casa y le irritaba cada vez más el timbre escolar anunciando el lento paso de las horas. Dos años después sacaba a la luz pública tres poemarios que merecieron el Premio del Patronato de la Banca. Aunque no era mucho dinero, fue suficiente para permitirle volver a publicar otro libro al año siguiente. Esta vez su nombre apareció con frecuencia en la prensa. Lo invitaron a congresos y recitales, donde difundió sus libros y declamó para los jóvenes, compartiendo las mesas públicas de nuevo con otros poetas de su generación. Aguinaga, con varios libros traducidos fuera del país, estaba en la gloria de los poetas que ya pertenecían a una tradición. El auditorio que lo seguía fielmente quedaba atrapado con sus dotes actorales, su mímica desbordante, su lenguaje gestual. A veces, en encuentros que duraban varios días en alguna provincia a la que llegaban los poetas, Aguinaga destacaba sobre los demás. Los organizadores se sentían gratamente beneficiados si se podía contar con él. Lanfranco pertenecía al resto. A los otros. A la masa informe de poetas que se sucedían eventualmente en las presentaciones. Y tal vez todo hubiera quedado ahí, imperceptiblemente, si no hubiese sido por un hecho que lo sacudió profundamente años más tarde.

Se trataba de un recital municipal con participación de invitados internacionales. Le habían entregado la invitación anticipadamente, y él había seleccionado poemas inéditos con minuciosa preocupación. Sus pequeños éxitos anteriores habían sido, como otros de antaño, efímeros. Hacía ya algún tiempo que no se presentaba en público, comenzaba a bordear la madurez y el olvido, y aquel evento significaba una renovación y un reconocimiento más de su labor creadora. El acontecimiento fue cubierto ampliamente por los medios de comunicación, y el presidente de la República inauguró el acto en una ceremonia oficial. En una de las mesas estaban programados Aguinaga y Lanfranco. De pronto se cambió el orden de las presentaciones. Aguinaga apareció acompañado de otros poetas venidos de países vecinos. Aunque los organizadores fueron reservados, se filtró la noticia. Aguinaga se había negado a presentarse con un poeta menor, desconocido, y alguien mencionó la palabra injuriosa: *mediocre*. Lanfranco, orgulloso y dolido, no tuvo coraje para ausentarse y se presentó finalmente al lado de unos jóvenes en el lugar al que lo habían relegado. Pero apenas terminó su lectura, se retiró a su casa y no volvió a estar presente en ningún otro momento. Desde aquel tiempo, y durante los años siguientes, no aceptó participar en actos oficiales y se encerró en el mutismo. Continuó publicando y conquistó un premio internacional en Colombia, del que salió una breve nota en una revista. Pero ya frisaba los sesenta años, y se sintió demasiado viejo para volver a viajar. El monto del premio no fue nada espectacular, pero le permitió operarse de una hernia inguinal que le molestaba desde hacía varios meses. Un día una maestra le indicó con una media sonrisa, al salir del salón escolar, que llevaba la bragueta abierta. Añadió amablemente que no era la primera vez que le ocurría. Más tarde, recostado en el pupitre de la clase, Lanfranco observó

que la tela de la manga de su saco estaba desprovista de la pelusilla de paño. Gastada tal vez de tanto que había recorrido la superficie de las mesas y escritorios donde reposaba su brazo para poder escribir, ahora era una tela delgada, con algún brillo, pero con la consistencia que aún guardaba la línea de la costura con cierta dignidad. La contempló con amor y con sorpresa pensando que aquel saco era una parte de él, más íntima y cercana que cualquiera de aquellos extraños escolares que lo escuchaban por obligación y con desinterés. Lanfranco estaba cada vez más distraído y a veces aparecía en el colegio con calcetines de diferentes colores o con la ropa sucia, despertando burlas entre los alumnos. Una vez, caminando por las aulas de un colegio, un chico, un adolescente, lo detuvo sorpresivamente preguntándole si él era el poeta Lanfranco. Sin saber por qué, lo negó. En otra oportunidad alguien lo detuvo en la calle, pareciendo querer decirle algo. Él se marchó sin volver la cabeza.

Se había quedado dormitando sobre la cama en el calor del verano. Se levantó y vio que el reloj de la tarde daba las seis. Acostumbraba a dormir la siesta, supuso que aquel día se había agitado un poco. Salir hasta el centro de la ciudad para recoger el cheque. Ir luego al banco, hacer cola, quizás aquello lo había extenuado. No le provocaba comer huevos fritos. Tenía, en cambio, una sopa sintética que podía preparar con un poco de agua caliente. Era de frejoles y algo picante. Pero su organismo parecía no responderle, estaba como entumecido. Reparó entonces en que las emociones lo agotaban tanto como las actividades, y la desazón que lo había acompañado todo el día continuaba ahí, invariable. Un par de moscas zumbaban por el ambiente y se posaban sobre el tapiz de los muebles y las cortinas opacas de la sala. Encendió la lámpara, que estaba junto a unos libros, y pasó la

mano sobre ellos para quitarles la gruesa capa de polvo que los cubría. Pedazos de papel estaban arrumados en un costado ¿Cómo habían llegado hasta ahí? Azorado, contempló aquellos montoncitos de color claro sobre el piso negro. Eran pedacitos insignificantes, unas cuartillas que debió haber borroneado y que luego había arrojado sin darse cuenta. Los levantó y desdobló cuidadosamente. Distinguió su letra débil, temblorosa, que había delineado algunos versos inconclusos. Trató de leer, pero no tenía a la mano sus anteojos. Las letras bailaban sin concierto, no lograba captar el sentido de las palabras. Estaba tratando de distinguir las frases cuando la hija de la vecina le tocó la puerta acompañada de un desgarbado muchacho.

Los hizo pasar, invitándolos con desgano a ocupar los muebles de la sala. El chico le explicó tartamudeando que lo había leído en la secundaria y desde aquella época quiso poder escribir como él. Lanfranco lo atendió con paciencia, pero comenzó a hastiarse cuando el mozalbete habló con juvenil intensidad sobre su obsesión por las palabras, su aprehensión por la muerte y la comunión entre la estética y la podredumbre final del cuerpo. El joven también quería ser un poeta, pero un escritor como Lanfranco, un artista que vivía como lo hacen los auténticos, sin traicionar la libertad que sólo pueden dar la paz y las sombras. Mientras el muchacho hablaba confusamente, Lanfranco notó que estaba verdaderamente famélico, era pálido, vestía un polo raído y llevaba zapatillas gastadas. Hizo un esfuerzo tratando de concentrarse en la voz del muchacho, pero el aburrimiento lo invadía. Viendo que la atmósfera era fresca e invitaba a estar fuera de las casas pequeñas y cerradas, sacó un par de sillas, aceptando resignado que el jovencito de cabeza plena de rizos siguiera explayándose. De pronto éste intentó recitar, con emoción, con insistencia. Lanfranco asintió con la cabeza haciéndole una venia. Y la voz famélica fue escuchándose cada vez más nítida y clara en el silencio del pequeño patio de losetas. *Pájaro*

de fuego, montaña serpenteante, y ruinas y crepúsculo, alzándose vibrante, ocupando el ruido de la noche, como si ya no hubiera más lugar en el mundo fuera de aquellos sonidos sin edad que eran los suyos, los que había trazado con candor su mano principiante y que de pronto regresaban transformados en ecos de antiguos aedas desde un tiempo inmemorial. Entonces vio, estremecido, que la luna blanca, imperturbable, generosa, estaba sobre su cabeza. Que había estado ahí desde siempre y continuaría en el transcurso de las horas, cuando su casa estuviera cerrada y las cortinas cubrieran las ventanas. Y no pudo dejar de verla en la penumbra de su cama, cubierto por las sábanas, esperando que el día amaneciera de nuevo, sobrecogido por aquella luz tan pura y penetrante como en los primeros días.

Índice

Los días y las horas....7
A mí no me importa....14
El desayuno....35
Dime sí....39
Las chicas de la yogurtería....48
Apúrense, por favor....61
Tomando sol en el club....70
Los guiños del destino....77
Hay que lavar....109
Jubilados....120
Flan de chocolate....127
¿Alguna novedad?....133
Aeda....154

Serie del Río Hablador
Otros títulos de esta colección:

ALFREDO BRYCE ECHENIQUE
- *Guía triste de París*
- *La amigdalitis de Tarzán*
- *No me esperen en abril*
- *Tantas veces Pedro*
- *Un mundo para Julius*
- *La última mudanza de Felipe Carrillo*

LUIS HERNÁN CASTAÑEDA
- *Hotel Europa*

ALONSO CUETO
- *Demonio del mediodía*
- *Pálido cielo*
- *El otro amor de Diana Abril*
- *Grandes miradas*
- *La hora azul*

PETER ELMORE
- *Enigma de los cuerpos*
- *Las pruebas del fuego*
- *El fondo de las aguas*

FERNANDO IWASAKI
- *Mírame cuando te ame*

JOSÉ EMILIO PACHECO
- *Las batallas en el desierto*

ABELARDO SÁNCHEZ LEÓN
- *La soledad del nadador*

EDGARDO RIVERA MARTÍNEZ
- *País de Jauja*
- *Libro del amor y de las profecías*

MARIO VARGAS LLOSA
- *Conversación en La Catedral*
- *La casa verde*
- *La ciudad y los perros*
- *La guerra del fin del mundo*
- *La tía Julia y el escribidor*
- *Pantaleón y las visitadoras*

BERND ZETTEL
- *Lima la fácil*

28869

Los cuentos que integran este volumen fueron seleccionados por su autora poco antes de morir, en 2006. Se trata de un conjunto de relatos que permanecían inéditos y que ella ha reunido con otros que pertenecen a sus libros *La premeditación y el azar* y *Ave de la noche*.

Dueña de una fina sensibilidad y una cultivada sabiduría, Pilar Dughi emprende en *La horda primitiva* una exploración de los avatares y dilemas que marcan el pulso de la vida cotidiana. Aborda, asimismo, el papel que juega el azar y se detiene a constatar la indeleble huella que deja la experiencia en cada uno de los individuos.

Dughi tiene la capacidad de contar sus historias con habilidad y gracia. Sus personajes, colocados por lo general en situaciones críticas y de profundo sufrimiento, despiertan el interés del lector: suscitan piedad y comprensión. Pero es la irrupción de lo insólito en las situaciones comunes –en las que tienen lugar sus historias– lo que le da una notable originalidad a su arte narrativo.

Pilar Dughi aprendió la técnica de la construcción de la intriga en los clásicos del siglo XIX y se nutrió, con natural avidez, de la narrativa y la filosofía contemporáneas.

Como bien pudo ocurrir en uno de sus relatos, la vida de la escritora se interrumpió en plena madurez literaria, cuando se aprestaba a dar nuevos frutos.

ISBN: 978-9972-40-418-4

SERIE DEL RÍO HABLADOR / PEISA